







DA
A

~~No~~ d

Sy G-E

252

No 119

PARTE
PRIMERA

L. 135807

CB 1172894

Joaquín Meliá
de Llanos
HISTORIA

DEL MAS FAMOSO ESCUDERO

SANCHO PANZA,

DESPUES DE LA MUERTE

DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

[por el Bachiller Gatell]



V. Huetano y
G. Palencia
May. 1793

CON LICENCIA:

MADRID, EN LA IMPRENTA REAL,

AÑO DE 1794.

HISTORIA

DEL MAS FAMOSO ESCUDERO

SANQUIO PANZA

DE LOS REYES DE LA UNIVERSIDAD

DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA



COMPRADO EN

MADRID, EN LA IMPRINTA DE

ALFONSO



R. 103579

PREVENCIONES

AL QUE LEYERE ESTA OBRA.

No falta quien afirme que por hallarse corrompido el corazón humano se resiste, si no se niega de un todo, á recibir la doctrina de la verdad, la ciencia sublime de la virtud, por medio de discursos serios. Por hallarse enfermo su paladar no le agradan las bellas y sazonadas cláusulas; y por tanto necesita de nuevos condimentos, de sales activas, ya punzantes, ya picantes, ó bien de superfinos almíbares; y ademas de esto

que los alimentos de espíritu le sean presentados con colores atractivos, ridículos, ó extravagantes. Conoció muy bien esto nuestro inmortal Cervantes, y así consiguió desterrar el espíritu caballeresco que dominaba á la nacion, dorando sus remedios, matizándolos con brillantes discursos, haciéndolos resaltar con sencillas sombras, y por último adornando el todo de su obra con una muchedumbre de sales las mas graciosas que se pudieran jamas inventar. Animado de todo esto, despues que habia concluido *la Moral de Don Quixote*, y *la de su Escudero*, me propuse escribir un rasgo

de su imitacion; se me ofrecié-
ron miles de dificultades; pero
resistiéndome á todas por el es-
píritu intrépido que me anima,
eché mano á la obra, como si
no fuese menester mas que pen-
sarlo y hacerlo. Se me presentá-
ron diferentes objetos, mas nin-
guno me acomodó como la Vi-
da de Sancho despues de la muer-
te de Don Quixote. Al comen-
zar por aquello: "Aquí quedarás
"pluma colgada de esta espete-
"ra, y de este hilo de alambre,
"no sé si bien cortada, ó mal ta-
"jada, á donde vivirás luengos
"años, si presuntuosos y malan-
"drines historiadores no te des-
"cuelgan para profanarte", no

puedo decir lo que me aconteció: me se enfrió la nariz, me temblaba la barba, y pluma y tintero todo se me resistia. Pareciame que me decian: ¿qué vas á hacer? ¿quién diablos te ha metido en eso; quixoton? Tente, dexa esa empresa para los Cervantes futuros, si viniesen. ¿No miras, insensato, la muchedumbre que han pensado inútilmente imitarlo? ¿No te conoces? ¿Ignoras quan difícil sea imitar á los grandes maestros, á los modelos sin segundos? Si Virgilio imitó al grande Homero, fué consumiendo todos los dias de su vida, borrando aquí, enmendando acullá; y tú, solo con

1
pensar, ya creés que tienes lo bastante. Parece que me decia la pluma: yo no quiero ser instrumento de follonerías; y que el tintero clamaba: no, no he de consentir en servir de borron de la literatura Española, tan brillante en el día. Por último, como que oía varios ecos semejantes á los gritos que daba Sancho á su amo en la aventura de los Disciplinantes, Exércitos, Molinos &c. Con todo, yo en mis tres les vencí con la siguiente reconvençion: señores, dixé, oygan por un instante, y si no les parece que me fundo, desistiré de la empresa. Ea, pues, diga el malandrin, respondieron.

Pues, señores, dixe, ¿no es cierto que quantos mas intenten imitar á Cervantes en su Quixote, y no lo lleguen á conseguir, aunque sea de mil leguas, tanto mas brillará la gloria de nuestro héroe? Perplexos quedáron todos los opositores á esta corta pregunta; enmudeciéron, y entónces seguí diciendo: que algunos de superior talento lo hayan intentado en vano ¿há inferido algún perjuicio á nuestro nunca bien ponderado? ¿No gana cada vez mas y mas nombre? ¿Qué decís? Razon tienes, respondiéron, pon pronto mano á la obra; pero con tiento, de modo que á lo ménos parez-

ta que te apròximas, como los
astrónomos en sus cálculos. Con
esto puse en execucion mi pro-
yecto, y salió lo que Vmd. lee-
rá; pero ántes es indispensable
que tenga presente que he divi-
dido mi obra en primera y se-
gunda Parte: que los primeros
discursos no pueden excitarle á
risa, pues solo se dirigen á re-
tratar á Sancho dolorido y su-
mamente pesaroso con la pérdi-
da de su señor tan amado; á dar
una idea de lo que debe recono-
cerse el bien que se recibe de un
bienhechor, y á enseñar un me-
dio de manifestar el agradeci-
miento que merecen las accio-
nes ó los beneficios de un amo,

de un señor que hace los oficios
de padre.

Le observará Vmd. Poeta, y
que sus versos son algo macarróni-
cos, nada parecidos á los que
se leen en la Historia de su amo,
tachándome el que en un santi-
amen le constituya Poeta; pero
tengo á la mano la disculpa,
pues el arbitrio que se lee en el
Arte Poética castellano me exime
de toda crítica. Aconseja el au-
tor que el que quiera hacerse
Poeta no tiene mas que apren-
der de memoria algunos frag-
mentos de los mejores Poetas,
repetirlos á menudo, y á fuer-
za de mucha repetición de actos
dice que engendrará un hábito

de no excederse ni en el cotexo de las sílabas, ni en la combinacion de la rima: doctrina que creo ha criado tanto Poeta de todas clases como tenemos hoy en España. Con que no hay que extrañar que Sancho haga versos sin leer ni escribir, por la frecuencia con que se los oia á Don Quixote; ni ménos el que los autores dramáticos actuales vomiten piezas como llovido, por la mismísima regla.

Ultimamente si bien parece que me valí de la inscripcion que se lee en los Teatros: *Riendo y cantando corrijo las costumbres,* le advierto que le añadí: *y llorando;* lo primero por los gemitos

dos y lágrimas de Sancho; y lo segundo porque se pareciese á las comedias, que envuelven las tres cosas; y no se pareciese de ningun modo á las tragedias, que por mas que se maten todos los críticos, no serán jamas ni nunca del gusto del público: vea Vmd. la razon, perdonándome que me meta en digresiones. ◻

El pobre artesano, el infeliz jornalero &c., vive trabajando con afan toda la semana: espera el Domingo para dar algun descanso á su mullido cuerpo, y suavizar con algun recreo las pesadas fatigas y afanes. Ha encontrado su mayor deleyte en la comedia, no para instruirse, co-

mo quieren algunos, sino para hallar algun placer en cosa que le distraiga de sus cuidados y miserias. Considerándose capaz de un voto decisivo por una parte, y por otra espectador de gusto, coge un copioso fruto de dulzura siempre que consiga reirse mucho con las graciosidades del bufon, verse sorprendido con la travesura de los lances, é inflamarse con las acciones de alguno de los héroes. Con este objeto se quita de la boca el pan para asistir al teatro: le llaman con mas atencion las piezas nuevas; corre desde las dos á ocupar un asiento, ó un pedazo de patio; desea con ansia se corra

el telon; pero el desdichado no ve mas que tramas de asesinar, de traicion, y por último la muerte alevosa de uno de los hombres mas grandes, tal vez un exemplo de los héroes, como sucede en la tragedia de *La muerte de Cesar*, y otras de la misma especie. ¿Cómo será posible que no maldiga la pieza y su autor, si en lugar de explayar su oprimido corazon se le encoge mas; efecto natural, pues no mira mas que horrores, objetos dignos de la mayor compasion y del mas vivo dolor? Jamas se acomodará á semejantes piezas: se oponen por naturaleza al objeto que le mueve á gastar su

dinero; y siempre apreciará mas una comedia antigua, ó bien sea moderna de las que pretenden desterrar los críticos, que no la mejor tragedia. Ni es extraño que no sean del gusto del populacho otras piezas que las expresadas; los hombres mas cultos, los de mas negocios y ocupaciones, de quienes es compañera inseparable la melancolía, no pueden llevar con gusto las tragedias, y deben de preferir las que complacen al pueblo, porque es claro que quando alguno de estos sujetos se va al teatro, no es con el fin de ver tiranías, crueldades, horrores y desgracias que acrecienten su me-

lancolía, sino acciones que de-
leyten su espíritu, y modifiquen
la dureza de sus ocupaciones. Es-
to es indubitable: todos cono-
cimos á uno de los mas ocu-
pados, y tal vez mas sabios de la
Monarquía, que solo le miraban
en el teatro quando se represen-
taba alguna de figuron. Nues-
tra nacion será siempre enemiga
de la tragedia por su carácter;
así como la Inglesa es amantísi-
ma de ella por el genio que pro-
duce el clima, y demas circuns-
tancias. Que tengan muy enho-
rabuena algo de *llorando*, pero
sin que falte el *cantando* y *riendo*,
como observará Vmd. en esta
obra.

on Apostara yo qualquiera cosa que si no hiciera esta preven-
cion, serian muy contados los que al empezar á leer la vida de Sancho, despues de muerto Don Quixote, no tirasen el libro, por tantas lágrimas y tantos lamentos como refiero. No valdria la consideracion de que era indispensable empezar por los funerales de D. Quixote; y por consiguiente por los sentimientos del bueno de Sancho. Pues sírvale á Vmd. de aviso, y cuente por seguro que despues del llanto vendrá la risa. Con todo, leer con tiento para aprovecharse de lo que pretendo inspirar en los mas de los períodos. Hago este

encargo porque confieso que no
satisfará quanto digo leyéndolo
solo para reir, como sucede á
algunos con la Vida de D. Qui-
xote; pero sí me parece que lle-
nará, procurando extraer lo dul-
ce con lo útil. Si me engaño en
esta primera Parte, no sucederá
en la segunda; la razon yo me
la sé.

HISTORIA

DEL MAS FAMOSO ESCUDERO

SANCHO PANZA,

desde la gloriosa y envidiada muerte de Don Quixote, hasta el último dia y postrera hora de su vida.

Por más que me he desvelado en averiguar la causa por que Cide Hamete Benengeli no continuó escribiendo la Historia de Sancho Panza, esto es, de los dias que sobrevivió á su querido amo, no he podido conseguirlo. Solo he venido á traslucir que una vez concluida la de quien fué el objeto principal de sus desvelos, arrimó á un lado la

pluma, y nos privó de un beneficio tan grande como nos hubiera hecho. Si consideró á Sancho acreedor á que fuese atendido de todas las gentes como un segundo héroe de su Historia ¿por qué se habia de contentar con publicar sus hechos, sus dichos, y sus refranes solo hasta la muerte de aquel? ¿A qué fué dexar de remitir á la posteridad mas remota la vida exemplar que haria Sancho lleno de las sabias máximas de su señor? No podia ignorar la memorable conducta de este, como supo tan por menor las hazañas del Caballero de la Triste Figura, de los Leones, Cuevas de Montesinos, y demas dictados. Luego ¿por qué nos negaria una noticia tan singular? Pero si atendemos á las palabras con que concluye su Historia: "Aquí quedarás, pluma, colgada de esta espetera y de este

»hilo de alambre, ni sé si bien cor-
 »tada, ó mal tajada, á donde vi-
 »virás luengos siglos, si presuntuo-
 »sos y malandrines historiadores no
 »te descuelgan para profanarte.....»
 se debe inferir que creyó haber
 desempeñado su empresa concluyen-
 do con la muerte de Don Quixote:
 engaño que me obliga á descolgar-
 la, á pesar de estar hace tantos años
 colgada, y seguir yo hasta concluir-
 la, sin ser presuntuoso ni malan-
 drin, sino un bien intencionado es-
 tudiante. Ya se ve que no desempe-
 ñaré el objeto con la brillantez y
 elegancia de Cide; mas sí en quan-
 to á decir cosas buenas, y dignas
 de ser escritas.

No desamparó Sancho la casa
 de su amo hasta acompañarle á la
 tumba. Ayudaba al ama y sobrina
 en todo quanto ocurría, y lloraba
 sobre el frio cadáver los ratos que

ofrecian los intermedios de las haciendas. A voces declamaba al principio la pérdida de un amo tan sobremanera benigno, pero reprehendido del Cura, con sollozos sorbia las lágrimas que sin duda salian de su corazon oprimido de no poder á voces desahogarse por no acrecentar el dolor á todos los dolientes; deseaba salirse al campo, y estos mismos deseos le hacian mas penoso su sentimiento. Desgreñado el cabello, pálido y macilento, acompañó hasta el sepulcro á quien habia servido en vida: allí fué mayor el sentimiento; allí fué donde creido que no lo veria mas, redobló su pesar. Retiráronse todos los que en el entierro fuéron, pero Sancho quedó en la Iglesia, y arrodillado sobre la sepultura de su estimadísimo amo lloraba y suspiraba sin cesar. Vino la noche, y tan embe-

bido estaba Sancho con los coloquios que tenia con su difunto señor, que á no haberle visto el Sacristan, allí hubiera pasado gustoso la noche. Las buenas razones de aquel no fuéron bastantes para hacerle que dexase el lugar, y que se fuese á su casa, hasta que enfadado tomando otro tono mas grave, y valiéndose de la fuerza tal vez, logró conseguir que se fuese. Aquí fué donde levantando la voz, y con tristes y pesarosos gemidos se despidió de quien tanto amaba.

Parado estuvo en el atrio de la Iglesia hecho una estatua con los brazos abiertos; ya miraba al cielo, ya baxaba los ojos al suelo. Teresa, que cuidadosa y cansada de esperar habia ido á la casa del difunto, pues dos dias hacia que no le veia, no habiéndolo encontrado, asegurada de lo mucho que amaba á D. Qui-

xote, creyó que Sancho, desesperado, habia hecho algun absurdo, y así ansiosa corrió del Lugar las casas, preguntando por su esposo; visto que no le hallaba, lloraba ya la pérdida de su amado: sin consuelo corria de un lado á otro, hasta que al fin le encontró donde le dexamos como un tronco, pero en pie. Sancho mio, le dixo, ¿qué haces que no te vienes á casa? ¿por qué me has tenido en tanto cuidado? Nada respondió Sancho: solo los suspiros significaban á Teresa su profundo pesar. Vente, esposo, le decia; ven, Sancho mio: mas no se movia el miserable. En fin á fuerza y á empujones pudo conducirle á su casa.

Apénas hubo entrado de la banda de adentro del umbral de su casa, quando fuéron tantas y tan grandes las voces que daba, tantos y tan repetidos los ayes, y tan copiosas

las lágrimas, que pasmada Teresa, alborotada Sanchica, cada una por su lado, y asombrados los vecinos, formaban una farsa la mas rara, y por otra parte la mas lastimosa. Cada uno gritaba por su lado: unos ocurrían á sosegar á Teresa, otros á acallar á Sanchica, y otros en fin á consolar á Sancho. Lo mas de la noche se pasó en esta tragedia, y toda ella hubiera durado á no haberse cada uno y cada una retirado, y dexádoles á los tres en el empeño. Por fin logró Teresa que se acostase su marido, é hicieron lo propio madre é hija.

No fué posible que Sancho conciliase el sueño; todo era dar vueltas de un lado y otro, gemir y suspirar: tampoco Teresa pudo envelesarse, pero cansada de predicarle buscó el remedio en el silencio. No bien habia amanecido quando dexó Sancho

la cama, se fué á misa, y renovando sus llagas con la vista de la sepultura de su amo, volvió á su casa, donde empezó de nuevo los clamores, el llanto y los gemidos: aturrida Teresa no sabia qué medio tomar para suavizar el dolor de su esposo. Sanchica de su parte procuraba tambien consolarle, y á lo mismo ocurrían los vecinos; mas él, léjos de callar, seguía con el mismo tono. Ya decia clavados los ojos al cielo: cielos ¿por qué no me llevaste á acompañarle despues de muerto, ya que en vida fuí su compañero? ¿ó por qué no me quitaste ántes la vida? Sus prendas le hacían amable: ¿cómo podrá vivir quien las disfrutaba? El era mi amo, pero mejor mi padre: era mi señor, pero mas bien mi amigo. ¿Pues cómo he de dexar de sentirle? Siempre lleno de bondad me aconsejaba. Si me

reprehendia era con una suavidad tan dulce, que léjos de lastimarme me daba las mas positivas muestras de lo mucho que me amaba. La confianza que de mí hacia no cabe en comparacion: yo era el depositario de su caudal; yo le distribuia á mi gusto; en fin era yo mas dueño de sus cosas que su merced. Era tanta su benignidad y docilidad, que le llevaba por donde quería, y le merecia tan buena opinion, que en todo me daba crédito. Hasta sufría que le respondiese. ¡Ay Dios! ¿puede decirse mas de su bondad? ¿Cómo es posible dexé de sentirle todos los dias de mi vida? ¿Cómo es dable que olvide ni un momento sus beneficios, sus consejos y paternal amor? No, no es posible: ¡ay Señor mio de mi ánima! ¡Ay amo mio de mi corazón! ya no volveré á veros; ya se me acabáron aquellas delicias que

disfrutaba en oiros, en veros siempre justo, siempre exemplar.... Con estas y otras cosas parece tapaba la boca á quantos pretendian sosegarle, y á quantos intentaban persuadirle.

Verdaderamente sentia Sancho con justicia la muerte de su señor tan bueno, tan benigno, tan humano y tan amable. No es de extrañar quanto digo, y mucho mas que sucedió. Esto se ganan los amos, los señores que tienen tan buenas propiedades. No hubiera Sancho manifestado las obligaciones que le debia, si no hubiera sentido una pérdida tan digna de llorarse; mejor se hubiera manifestado ingrato: á veces es de justicia el sentimiento, y poca correspondencia lo contrario.

Conocia bien Teresa que era justo el pesar de su esposo Sancho, y por tanto le era mucho mas sensi-

ble el ver que en tres días no había probado bocado: mirábalo descolorido, flaco, y con todas aquellas señales que imprime en el semblante un tan amargo sentimiento. Ya temia llegase á perder el juicio, no perdiese la vida. Estos recelos la obligaban á redoblar las súplicas, y aun á sufrir quasi los mismos dolores. Le amaba como era tambien bueno, como que sabia que se hallaba tan bien correspondida; y estos conocimientos la ponian en la mayor consternacion. No se veia en aquella triste casa mas que llantos, ni se oian mas que gemidos y sollozos. Ya Teresa, abismada en el sentir, no atinaba, ni tampoco Sancho, en los queaceres de la casa. Toda ella respiraba lúgubres sentimientos, y cada vez parecian todos incapaces de remedio. Condolíanse los vecinos de una situacion tan infeliz;

cada uno discurría nuevos medios á fin de aplacar tanto dolor. Mas en vano se molestaban. Terrible era para Sancho el recuerdo que no podía olvidar, y lastimoso era para Teresa el triste y cruel estado de su amado esposo. Ya le miraba de mente ó muerto, y por tanto no podían dexar de ser infructuosos todos los medios que practicaban los que bien les amaban.

Eso tiene el proceder bien, el ser justo: todos participan de los aviesos y desgracias de aquel, porque todos le aman. No es de admirar que los vecinos tomasen parte en las desgracias de sus convecinos, en los sentimientos de los que miraban como hermanos.

Toda la aldea estaba cubierta de lutos, no tanto por la muerte del Hidalgo Alfonso el Bueno, como por la situación de Sancho el Bueno

y su familia. Solo el Cura, el Bachiller Sanson Carrasco, y el Barbero estaban ignorantes de lo que pasaba en la casa de Sancho; pero no es de extrañar, porque tambien lloraban, tambien honraban con lúgubres sentimientos la muerte que tanto sentia Sancho. No fuéron tantos los extremos de estos, porque habian recibido ménos beneficios. No obstante vivian sumergidos en el dolor de haber perdido un amigo tan apreciable: los tres conocian el mérito de Alfonso, sus bellos portes y circunstancias. Todos y cada uno por su estilo tenian contraida cierta obligacion de amistad, con que no es extraño el sentimiento, ni tampoco que no supieran del estado de Sancho. El Cura la sintió con mas fuerza que los otros dos, porque al acordarse de las conversaciones que tantas veces divirtiéron

sus melancolías, el hacer memoria de quando le llevó enjaulado, en fin á la menor especie de tantos acontecimientos como presenció, y en especial de que le habia visto dar las últimas boqueadas, y de que habia observado en su muerte la muerte de un justo, no podia tampoco contenerse; lloraba amarguísimamente.

El Bachiller por su parte, y el Barbero por la suya, hacian reminiscencia de los buenos ratos que con él tuviéron, y ya que no fuéron tan vivos sus sentimientos, sin embargo fuéron bastantes para no saber de Sancho. Esta fué la razon de que no voláron á consolar á aquella triste y afligida familia.

Ocho dias se pasáron Sancho, Teresa y Sanchica en tan deplorable situacion; hasta el noveno nadie se acordaba de llamar al Cura, que era el único que podia remediar

tantos males. En efecto Teresa, como mas interesada en la salud de Sancho, el dia noveno se acordó de este único recurso, y volando, aunque penetrada de dolor, se fué para su casa; tocó presurosa á la puerta; respondió un criado preguntando quién era y qué queria. Llorosa respondió: yo soy la muger de Sancho Panza; abra Vmd., que tengo preciso que hablar con el Señor Cuta. Imprudente con máximo modo respondió aquel: no está su merced para escuchar á nadie; ha pasado muy mala noche, y está aun en cama. Con las mas rendidas súplicas instó llorando Teresa que abriese; pero el indiscreto criado respondió con callar. — Segundó, y repitió Teresa los golpes, pero sordo el sirviente: volvió despues de un largo rato á repetir las llamadas, á las que salió

el Cura á la ventana.—¿Quién es? preguntó.—Señor Cura, respondió Teresa, yo soy; ¿no me conoce Vmd.? la muger de Sancho Panza. ¿Qué quiere, replicó el Cura?—Ay Señor, mi marido está muy malo, quisiera que por Dios se llegase á verle.—Hija mia, respondió el Cura, por ahora me es imposible. Voy á disponerme para decir Misa; luego voy á celebrar, y al novenario de Alonso: con esto se ha de pasar toda la mañana, y en tanto no puedo ir.—Ay padre, por vida suya haga por ir siquiera por un instante.—No puedo, Teresa; á la tarde iré.—Padre hágame Vmd. la caridad de ir, porque segun como va mi esposo, pienso que no llegará á la tarde: vaya ahora, Padre, por vida suya.—No seais cansada Teresa, no puedo ir: ¿y qué tiene vuestro marido?—Señor, llorando está

desde que su amo murió; no hay consuelo para él; apenas ha comido bocado en estos nueve dias.—¡Válgate Dios! dixo el Cura; á la tarde iré.—Sea por amor de Dios, dixo Teresa; pues Padre, por la Virgen no dexé de ir: y con esto se volvió un poco consolada para su casa. Parecíale siglos los momentos que faltaban para llegar á la tarde: tanto era lo que se interesaba en la salud de su marido.

El Cura, así que se fué Teresa, quedó diciendo á sus solas: razon tiene Teresa para sentir, y Sancho para llorar. Toda mi reflexion no es capaz de vencerme; en verdad que no hubiera creído el pesar que me habia de ocasionar la muerte de Alonso: ¡lo que puede la amistad y el atractivo de un hombre virtuoso! No se me separa tan fácilmente de mi imaginacion; no he senti-

do tanto la muerte de mis padres: con razon estará inconsolable Sancho, pues yo lo estoy sin haber comido su pan, sin haber disfrutado tanto de su bondad, amabilidad y generosidad. ¡Bueno es que vaya yo á acrescentarle el dolor en lugar de aliviárselo! porque considero difícil contener las lágrimas. Sancho es otro buen varon: conozco su sencillez é inocencia, y será preciso que su llanto renueve en mi corazon la amargura que ha ocasionado una muerte tan sensible, á tiempo que es digna de apetecerse. Memoria déxame por un instante; no me atormentes. ¡Feliz Alonso! Mejor será que me vaya para la Iglesia á encomendarle á Dios.

Impaciente estaba Sancho de ver que tanto tardaba Teresa: ella era su consuelo, y la que le ayudaba á sufrir con paciencia los tristes pa-

tos de su carrera; pero apenas llegó quando con una voz lastimosa la dixo: ¿Teresa de donde vienes? ¿cómo has tardado tanto? Disculpóse Teresa; volvió de nuevo á aconsejarle ocultando su sentimiento, y así pasáron hasta la tarde.

Dudoso salió el Cura de su casa si iria ó nó á visitar á Sancho, persuadido á que mas bien avivaria su dolor. Resistióse sin embargo á las reflexiones que le insultaban, y sin pensar se entró en la casa del triste Sancho, armándose de valor para aparentar mas resignacion de la que en realidad tenia. Teresa se llenó de gozo al verle entrar, como que en él fundaba la esperanza de la salud de su Sancho. Pero este, léjos de dar muestras de que moderaba su sentimiento, echó á llorar con tales voces como si entónces principiara. El Cura necesitó todo el

favor de Dios para no acompañarle, y lo hubiera hecho á no haber visto á Sancho seco, desgreado, amarillo, los ojos hundidos, y en una palabra mortal. Esto le obligó á deponer toda señal de sentimiento, y á ocurrir al remedio. Empezó el Cura á persuadirle con mil reconvenciones, con otros tantos cargos, pero inútilmente. Acordóle los consejos que le daba á su amo despues de vencido por el Caballero de la Blanca Luna. Reconvéniale con algunas reflexiones; mas Sancho en sus tres de que queria ya acompañar á su señor; que no queria vivir, muerto quien tanto le habia honrado, quien tanto le habia favorecido. Lo mas de la tarde pasó el Cura en persuasiones hasta que al anochecer se retiró, ofreciendo volver al otro dia. Pasado dexó Sancho al Cura; y si

ántes le amaba como á uno, al ver su buena correspondencia, le amaba despues como á ciento. Toda la noche la pasó en discurrir de qué modo podria aligerarle el sentimiento. Quantas razones le he dicho, decia para sí el Cura, ninguna le ha convencido; si será porque le he hablado en tono baxo, esto es, considerándole un ignorante. Ello no puede negarse de que con el exemplo de su amo se ha limado en tanta manera, que ya parece otro en su racionio. Puede ser muy bien; pues mañana voy á hablarle por el estilo de Alonso: vamos á ver si conseguimos el fin. Con esto se acostó mi Cura, y al dia siguiente, en quanto dixo Misa y se desayunó, volvió á la casa de Sancho, y le habló de la manera que se verá luego.

La buena de Teresa, que estaba

viendo que su marido se empeoraba léjos de mejorar; que ya no podia mantenerse en pie, y que apénas se le oia el metal de la voz, desconfiaba por una parte de su salud, y deseaba con mas ansias el remedio. Viendo que su compadre el Cura no venia tan pronto como ella le esperaba, crecian mas sus congojas; pero al oir que tocaba á la puerta, corrió luego á abrirle, y le dixo: compadre, ya me creí que Vmd. no venia.—¿Pues cómo está Sancho? la preguntó el Beneficiado.—Ay compadre, de peor en peor: ya hoy no puede ni mantenerse de pie; pero Padre no puede ser ménos, porque no toma alimento.—Ea vamos á verle. Entráron el Cura y Teresa en el aposento; saludó á Sancho el Cura, y ya mas tranquilo, respondió diciendo que para qué se molestaba. A esto le dixo el Cura: vuestra

poca resignacion y ninguna conformidad me obligan á venir á veros; y tenga entendido, que si no hace por tomar alimento, que no habrá para él remedio. Dichoso Vmd., dixo Sancho, que tan á mano halla la resignacion y la conformidad. ¿Es poco el bien que he perdido?— Ya veo que es sensible la pérdida de un buen amigo, de un padre, que como á tal le considero, segun los buenos officios que hacia con vos; pero no por eso es menester entregarse tanto al sentimiento, haciéndose homicida de sí mismo.— Compadre, contestó Sancho, veo muy bien que es así como Vmd. dice; mas no me puedo contener. Este pesar me ha de acabar la vida: no, no puedo desechar de la memoria tanta bondad. Ya toco la falta que me hace cada instante; y esto mismo no dexa que me desentienda de

sentir.—Sea muy enhorabuena que lo sintais, pero no con tanto extremo; y luego divertid en otras cosas la imaginacion.—¿Es eso posible? preguntó Sancho.—¿No lo ha de ser?—¡Ha compadre! no hallo yo esas facilidades.....A esto entró Teresa con una taza de sopas para que Sancho se desayunase: con mucha disposicion tomó el plato Sancho; pero á la primera cucharada ya le entró el llanto, y con mucha fuerza la pudo atravesar. El Cura le reprehendia; Teresa le suplicaba, y Sanchica le decia llorando: padre tómelas Vmd. por vida suya; mire que se morirá. No hubo forma. Entónces mandó el Cura que le traxesen un poco de vino; lo bebió, y ya con súplicas, ya con amenazas, pudo lograrse que tomara tres ó quatro cucharadas de sopas. Con esto volvió á sosegarse;

y empezó el Cura con el siguiente discurso:

—Ea Sancho, un favor he de mereceros, y es que oigais por un rato sin replicarme. La religion, la amistad, y mi estado me obligan á persuadiros lo que os conviene; y ya que no lo hagais por mí, hacedlo por Dios, y por lo mucho que amais á Teresa y á vuestros hijos.— Diga Vmd., respondió Sancho.— Pues hombre, prosiguió el Cura, me es muy sensible el ver lo poco que os aprovechais del exemplo de sufrimiento y paciencia que os dió vuestro amo, y de los conocimientos que bebisteis de sus conversaciones. ¿Quántas veces le mirasteis estropeado, y aun herido, y le visteis sereno, y sin que le incomodasen los golpes que le deparaban sus aventuras? ¿Quándo le visteis quejar por mas aventuras que le pre-

sentase la fortuna imaginaria, que con tanta ansia buscaba? Por último, ¿quándo no os dió la verdadera doctrina de la paciencia, sufrimiento é insensibilidad? Pues si para todo os depara la memoria exemplos para imitarle, y en verdad en todo le imitasteis, ¿por qué no en esto? Confiesoos que hay casos en que los hombres de mayor firmeza flaquean en el particular; y que teneis razon para sentir una pérdida tan grande; pero para esto sirve el entendimiento; para estos casos está reservada la reflexion. Mucho aprendisteis de tan gran maestro; pero para no practicarle, para no valeros de ello en esta ocasion. Dispertad, Sancho; mirad por vos, por vuestra muger y por vuestros hijos.

„Nadie ignora lo que vos hicisteis por vuestro amo ya quando D. Qui-

xote , ya quando Alonso el Bueno. Todas las gentes de la aldea saben lo mucho que habeis sentido su muerte, y están cerciorados de lo mucho que le amais, y de la gratitud con que vivís á sus beneficios: luego ¿á qué es entregarse de esa manera al sentimiento? Ocurrid, Sancho, á la razon y á la religion; ved lo que os manda esta, y lo que os dicta aquella. Del mismo modo crece el dolor que la afliccion, si se alimentan con la misma amargura. Sancho mio no la abrigueis mas; dad algun alivio, algun desahogo á vuestro corazon. ¿Para qué son las luces que el Señor os ha dado? ¿para qué os sirve lo que aprendisteis de aquel Mentor?

„Murió vuestro padre y vuestra madre, y á fe que no llorariais tanto; al pesar tanto no os entregariais.” —Permítame Vm., compadre,

dixo Sancho, que responda á esta última reconvencion.—Vaya decid, replicó el Cura.

○ No conocia entónces lo que perdía; eran cortísimos mis alcances, y mucha ménos mi reflexion. Al lado de mi amo aprendí á pensar y racionar; y como debo á su merced, fuera de los demas beneficios, el saber estimar las cosas, por esta razon me es mas dolorosa su pérdida. ¡Quánto no me deleytaba en sus pláticas quando estaba de buenas! y si no, me enseñaba ya con las palabras, ya con las obras. Es indecible, Señor Cura, lo que le debo; y aunque muera de dolor no le pagaré lo mucho que le amaba: sentia sus cuitas, porque él sentia igualmente las mias. En los contratiempos que yo tuve en su compañía no sabia cómo consolarme: era tanta en fin su caridad y humanidad,

que mas de una vez se le asomaron las lágrimas á los ojos. ¡Quántas veces no comia porque á mí no me faltara! ¿Y podré yo pagarle tanto bien? Solo muriendo satisfaré tanta buena obra. Déxeme llorar, déxeme Vmd. sentir, porque no tengo otro consuelo.

Sancho, Sancho, dixo el Cura, ¿con que de nada os sirven mis consejos? ¿Para nada vale vuestra reflexiòn? A esto entró Teresa diciendo: bueno es eso, Sancho mio; ¿qué nada habemos de conseguir? Mira que te habla el Padre Cura. No desprecies el bien que se entra por las puertas de tu casa sin merecerlo.—Dexadle, Teresa, repuso el Cura, dexadle que se sosiegue. Yo volveré á la tarde. A Dios.

Válgate Dios, le dixo Teresa; ¿es posible, Sancho, que hagas tantos desayres al Señor Beneficiado? ¿Es

posible que mires tan poco por mí y por tus hijos?—Tienes razon, respondió Sancho; no puedo mas conmigo: yo haré por enmendarme.—Sí, hombre, dixo Teresa: mira que es de agradecer que este buen hombre venga á consolarte. Fuese á componer la comida, y se llevó á Sanchica: lo dexó solo para ver si se sosegaba. En efecto quedó silencioso Sancho, y como que le hacian alguna fuerza las reflexiones del Cura. Entraba uno y otro vecino á preguntar por el enfermo; mas Teresa los despachaba con agrado, diciendo que estaba descansando, y para evitar que le recordasen nuevos motivos de sentimiento. En esto llegó la hora de la comida, y la prudente Teresa mandó á Sanchica que la sirviese. En efecto entró la hija, yá avisada de su madre que no le dixese cosa; pre-

sentóle el plato, y luego que se hubo sentado, miró para Sanchica, y extrañó la novedad. No obstante empezó á comer, pero dando mil vueltas al bocado. La muchacha le rogaba cariñosa que comiese; él se esforzaba, pero admirado de que su madre no parecia, la dixo: ¿y tu madre, Sanchica?—Está ocupada, respondió esta.—¿Qué hace?—Nada, dixo.—¿Nada? ¿está ocupada? replicó Sancho.—Nada, porque no puede mirar á Vmd. tan afligido, y porque no quiere Vmd. tomar los consejos que le dan, dixo Sanchica. ¿Qué será de nosotras si Vmd. se muere?—Teresa, Teresa, gritó en alta voz Sancho; Teresa, repitió: á esto entró Teresa. Muger, prosiguió Sancho, ¿es posible que así me abandones? ¿Quieres aumentar mi sentimiento? ¿Por qué no has venido?—Por ser vos temera-

rio, dixo Teresa.— Ven acá muger, ¿acaso yo lo puedo remediar? Como tú no lo conocistes sino de puertas afuera, por eso te parece tan fácil. ¡Ay Teresa mia! es mucho el bien que he recibido, y el que hemos perdido.— Mas perderemos nosotras, replicó Teresa, si vos faltais: eso mismo os habia de contener. Enmudeció Sancho á estas palabras, y tomó algun mas alimento; y pidió que le dexasen solo, que queria hacer por dormir un rato. Diéronle gusto las dos.

Allá á solas comenzó á pensar sobre las últimas razones de su muger: como que la amaba tiernamente, y porque tambien Sancho era todo bondad como su amo, sentia vivamente la fuerza de la razon de Teresa, y meditaba la infeliz situacion en que quedarian si faltase: con esto se propuso la en-

mienda, y se quedó dormido.

Teresa, que le vió tan callado, quiso ver si estaba dormido; entró de puntillas en el aposento, y viéndole dormido se volvió á sus quehaceres algo mas consolada de lo que estaba. ¡Lo que puede el amor! por cierto que era exemplar este matrimonio; se pagaban mutuamente uno y otro; sentian mutuamente sus desdichas. ¡Qué bello exemplo para muchos y para muchas! ¡Qué pocos Sanchos, y qué contadas Teresas se ven en el mundo! Y así si falta el amor, primer móvil de todas las cosas, ¿qué se puede esperar? ¿Qué diligente no andaba Teresa, y qué cuidadosa no estaba de su esposo? ¿Pero cuál era la causa? Amor; ¿y qué amor? Un amor sencillo, casto y honesto; no el amor que reyna en la época presente; amor interesado, y nada puro el mas; amor aparente-

te, que dura solo, que solo se manifiesta en el exterior, y cuyas demostraciones son solo hijas del por-que no digan. ¡Triste época la presente!

Teresa aunque estaba hilando tenia el oido centinela de su esposo: oyó que hablaba, y creyéndole despierto, quedito se entró dentro del aposento. Vióle con los ojos cerrados á tiempo que estaba diciendo: ¿señor, y á dónde iremos á vivir pastorilmente? Callaba un rato, y volvía: ¿y cuándo nos vamos? será menester que llevemos todos los menesteres. Calló otro rato, y dixo solo: ¿la olla, la sarten y la comida? Ea, que sea breve. Mañana voy á avisar á Teresa, y á decirla que se llama la pastora Teresayna; Vmd. el pastor Quixotis; el Bachiller el pastor Carrascon; el Cura el pastor Curiambro; y yo el pastor Sanchi-

no. Al acabar estas razones dió una grande carcaxada de risa, con la que despertó; pero visto que todo era sueño, acordándose de nuevo de su amo, y no viendo á Teresa, empezó á dar nuevos gritos, á gemir y llorar tan sin consuelo, que la pobre Teresa se vió con muchos trabajos para consolarle. Estuvo así un largo rato, hasta que volvió á obrar la razon, que fué quando ya bien despierto sentia las amarguras de su muger y el tierno llanto de su hija. Calló de nuevo, y lo mismo hiciéron Teresa y Sanchica; y despues de un gran rato refirió el sueño á pesar de resistirse Teresa á oirlo, por temor de que no volviesen las lágrimas; y no hubo acabado Sancho, entró el Cura lleno de buenos deseos de reducir al doliente.

Sentóse, y dirigiéndose á Teresa, la dixo: ¿qué tal se porta este hom-

bre?—Algo mejor, respondió Teresa; pero lo de antaño fué ogaño. Si Vmd. hubiera venido un poco ántes, hubiera visto lo que era bueno.—¿Para qué es el entendimiento? preguntó el Cura.—¡Ha Señor Beneficiado! ¿quién quisiera la salud mejor que el enfermo? No puedo vencerme.—Ahora ha dado, dixo Teresa, en la gracia de no querer que entre nadie á verle, de modo que ya no tengo cara ni palabras con que satisfacer á los que nos hacen la buena obra de venirnos á visitar.—Ya esto toca, Sancho, en locura, dixo el Beneficiado.—Pero Señor, respondió Sancho, ¿qué les va ni les viene á los demas en que yo sienta ó no sienta, y en que me muera? Si yo hubiera hecho lo que hacen muchos, y pensara como ellos, el muerto al ollo, y el vivo al bollo, dirian que era un ingrato, un sin

vergüenza, y que bien se conocia, y por fin era un..... —No se dice que no debeis sentir, mas no con ese extremo; escuchad: los dolores, las enfermedades, las pérdidas, y las demas desgracias, aunque son compañeras inseparables de nuestra miserable naturaleza, por mas que sabemos que son indefectibles, y por mas que todos hemos de morir necesariamente, y que todas las cosas perecen, con todo no por eso podemos separarnos de sentir la impresion que nos hacen; mas el propio hecho de ser irremediable, de que es una ley general á todos, y sin excepcion, nos debe mitigar la pena y el sentimiento. Este remedio solo puede subministrar uno solo mismo ocurriendo á la reflexion. ¿Qué hubiera sido de aquellos Emperadores, que del colmo del placer, de la satisfaccion, de la gloria, del

aplausos, en fin de todas las dichas mundanas, viniéron al abismo de la infelicidad, se viéron cargados de cadenas, y arrastrando los carros triunfales en que entráron otros, talvez por unos medios los mas atroces, los mas horrorosos? ¿Qué caso podreis darme mas fuerte y de mas sentimiento? ¿Qué mayor dolor puede sufrir un hombre que de la cumbre de la dicha verse en un momento en la mas profunda desdicha? ¿Será esto digno de sentimiento y de un dolor que acabe con la vida? ¿Quién lo dudará? ¿Y acaso muriéron? ¿No sobrevivieron muchos años á tan terrible y horroroso catástrofe? Por cierto hubieran perecido si la razon no hubiera en ellos obrado con el mas poderoso influxo; si hechos cargo de la miseria á que está expuesta la naturaleza humana, á las continuas

vicisitudes que ofrece su constitucion, no hubieran consoládose con decir: este es el mundo; esta es la rueda de todas las cosas, y esto es lo que puede dar este mundo lleno de engaños, y donde los placeres son momentáneos, ni se experimentan de larga duracion. Poneos pues, Sancho, en lugar de uno de aquellos; comparad vuestra situacion con la de aquellos, y ved luego si os asiste la justicia para entregaros de esta manera al sentimiento.

Dice Vmd. muy bien, respondió Sancho; me acuerdo que mi difunto señor me lo decia algunas veces, que habia sucedido á algunos que desde el Trono baxáron á ser el escarnio y el oprobrio de la mas ínfima plebe. ¡Ha padre mio! todas estas reflexiones le oí á mi difunto amo; pero esto mismo me recuerda la falta que me hace, lo mucho

que perdí, y me renueva el dolor de modo que no me da lugar de pensar. En el instante que veo ú oigo alguna de las cosas de mi amadísimo D. Quixote, se me oprime el pecho, me se anuda la garganta, y me parece que muriera si no desahogara con el llanto: y ahora me siento tan angustiado, que me parece que voy á alargar el alma, y si no me dexan llorar, reviento.— ¡Hombre! ¡Sancho! ¡darase mentecato como este! ¡Sancho! me voy, y no vuelvo mas. Este hombre va muy á pique que pierda el juicio. Callad, Sancho. Esto y otras cosas le decia el Cura, y ya cansado de ver que era inútil toda reconvencion, se salió sin despedirse. Teresa y Sanchica quedáron bregando con él, y en mas de una hora no dexó de llorar. Dexemos á Sancho con su muger y con su hija; y vamos á la

tertulia de casa del Cura en aquella misma noche.

El Bachiller Sanson Carrasco, y el Barbero pasaban todas las noches á divertirse un rato en casa del Cura; pero la muerte de Alonso el Bueno, y algunos quehaceres, ocasionó que por muchas noches no se veian; esto es, desde que cayó en cama D. Quixote, sin que supiera uno de otro, se juntaron en casa del Beneficiado, que á la sazón habia ido su merced á dar el Viático á un enfermo. Toda la conversacion de ámbos fué ponderando la venturosa muerte de Alonso el Bueno.

No habia mucho rato que estaban allí quando entró el Señor Cura; se saludaron mutuamente alegres, pues dias habia que no se veian, y luego que tomó asiento el Beneficiado dixo: me alegro mucho,

Señores, que hayan venido esta noche, pues á no haber sido así, les hubiera enviado á llamar. Antes de todo me han de decir si saben de Sancho Panza. Uno y otro respondieron que no. El Bachiller dixo que habia estado ausente desde el dia del entierro de Alonso; y el Barbero que habia estado ocupado en coger el trigo de la conducta. Pues han de saber me tiene Sancho partido el corazon, dixo el Cura. Está inconsolable: si le vieran no le conocieran, tan flaco, amarillo y macilento. No es posible hacer que tome bocado, y por mí creo que de esta va á acompañar á su amo.—¿Es posible? dixo el Bachiller.—Pues sí, Señores, se halla en la mas terrible situacion. No lo hubiera creido si no lo hubiera visto. Antes de ayer estuvo acá Teresa su muger; fuí á verle, y le hallé como he di-

cho : volví esta mañana , y creí haber conseguido algo ; pero esta tarde observé que estaba mucho peor. No hay mas ; si Dios no lo remedia se muere.—Pobre Sancho , dixo el Barbero. ¿ Vm ds. saben que en medio de ser un ganso siempre ha manifestado que tiene luces ? ¿ Vm ds. no han visto que tomó los golpes de D. Quixote quasi enteramente ?—Es muy cierto , dixo el Cura ; y por esta razon , visto que las comunes y vulgares persuasiones no surtian efecto , me fué forzoso valerme de algunas algo mas limadas y particulares. Sé muy bien que todós los que pretenden dar consejos comienzan por los principios , y acaban con los exemplos ; pero algunas veces es menester cambiar este órden , porque es forzoso obrar distintamente , segun la diversidad de espíritus. Algunos se dexan conven-

cer de la razon, y es menester oponer á otros una autoridad tan poderosa que no les dexẽ libertad de reproducir: con relación á esto empezé con Sancho por los medios que me dicta la razon, y me ofrecen sus conocimientos. Enseñado ya por el ejemplo de su amo, ilustrado con sus conversaciones, y ayudado de algunas luces naturales, es muy otro Sancho de lo que podia pensarse de un hombre tosco y sin letras. Bien que á veces están los talentos envueltos en unas masas informes, que no representan lo que son hasta que se llegan á desenvolver. Aseguro á Vm. que ha vertido proposiciones, que me han dexado parado, y me han dado que discurrir. En fin es menester una tecla algo delicada, de modo que tenga de bronca y de fina, para persuadirle: yo le amo mucho, y

quisiera sacarle del estado fatal en que le miro. Por tanto si Vmds. discurren algun medio mas poderoso, estimaré que me lo digan, porque ya digo me intereso mucho en su salud; me compadezco de su suerte, y mucho mas al contemplar que todo esto es un efecto de su bondad.

¿Quién habia de pensar tal de Sancho, dixo el Bachiller? Bien se echa de ver que le anima un alma sensible, y no tan brisca como demuestra su catadura.—Ya yo lo decia, y admiraba lo que Sancho habia adelantado al lado de su amo, dixo el Barbero: vamos á verle.—No me parece, dixo el Cura; dexen que yo le dé algun otro tiento; y si acaso yo les avisaré.—Yo pienso, dixo el Bachiller, que si yo le entrase ponderando las hazañas de D. Quixote, y exâgerando sus buenos servicios, que entónces quizá,

divirtiendo en esto su imaginacion, olvidaria mucho el pesar.— Dice muy bien el Bachiller, dixo el Barbero.— No me parece á mí, respondió el Cura: Vmds. crean que es menester arte para conseguir algo. Saltó el Barbero, y dixo: yo no dudo que si fuese á trabajar al campo, que entónces curaria breve; porque no hay como la ocupacion para estar divertido. Cavando ó arando, con el cuidado de su hacienda, poco lugar tendria de acordarse de D. Quixote.— No dice mal, respondió el Bachiller. A esto dixo el Cura: sí, no hay duda que el remedio mas seguro es el que Vmd. propone, mas no se puede practicar, ni ménos aconsejárselo, porque no tenemos ya hombre, ni se puede mantener en pie.— ¿En tal estado está? preguntó el Bachiller.— En este, dixo el Cura: como logra-

ramos que se reformara, entónces yo haria que se fuese á la labor. El trabajo es conseguir que se alimente y nutra, y para ello se debe discurrir el remedio.—No he visto caso igual, dixo el Barbero; si fuese por sus padres, ya lo entiendo; ¡pero por un amo!—Ay, amigo, quando se ama de veras, de veras se siente: le reconvine, dixo el Cura, con esa reflexiõn, y á fe mia que me cerró los labios con decirme, que no conocia entónces lo que perdía; pero que comprehendia que en Don Quixote habia perdido un padre, un buen amo, un maestro, y un señor. Miren que son muchas expresiones estas.—A mi ver una de las pruebas de poco talento, ó mucho saber, dixo el Barbero, es el no sentir.—Dice Vmd. muy bien, respondió el Cura: el que no tiene talento no da el valor que exige lo que se pier-

de; y el que lo tiene considera por una parte lo sumo de la desgracia, y por otra que es propia de la naturaleza humana. Tambien el buen Christiano se hace insensible á los mas fuertes golpes de la fortuna, porque se resigna y conforma con la voluntad de Dios, atribuyendo sus trabajos á justo castigo de sus pecados, ó á particulares recuerdos del Criador.

Vea Vmd. ahí un buen medio, dixo el Bachiller, para tranquilizar á Sancho: él todo el tiempo que le hemos conocido ha dado pruebas de buen Católico.—El primer paso mio, dixo el Cura, fué ese; pero ciego tal vez, no pensará, ó no creerá en que ofende á la divina Magestad. He conocido á sugetos muy timoratos que no les han bastado las amonestaciones de que pecaban mortalmente. No olvido, ni

olvidaré este medio, pero pienso al mismo tiempo valerme de otros. Ya es hora de retirarnos. Yo avisaré á Vnds. mañana del estado en que se hallare, y á la noche podremos conferenciar. Despidiéronse los dos amigos admirados de lo que habian oido de Sancho, y empeñados en discurrir el medio de su alivio. Pasemos ahora á Teresa y Sanchica. Como el Cura se fué, á su parecer, enojado, empezaron ámbas á reñir á Sancho, reprehendiéndole del poco aprecio y respeto que habia tenido con él, y aun le amenazaron de que le habian de dexar solo. Fué esto un puñal que atravesó su corazon en tal manera que á gritos llamaba á la muerte. Intimidáronse á lo sumo madre é hija, y acompañaron con el llanto al afligido Sancho. Una hora poco ménos duraria esto. Luego que los tres se sose-

gáron, dexáron Teresa y Sanchica á Sancho con el pretexto de ir á hacer la cena, y en la cocina consultáron las dos lo que habian de hacer. Ya que fué hora de hacerle dar la cena entró ántes Sanchica, y con las mas dulces y tiernas expresiones logró satisfacer á su padre, y aun animarle á que tomara algun alimento. Puede mucho un buen hijo con sus padres; penetra hasta el corazon mas empedernido la voz dulce y cariñosa de una hija; tienen quasi igual influxo las lágrimas y blandos cariños de una esposa amable. En Sancho se echa de ver, pues cenó aquella noche con tanta disposicion, como si nada hubiera sucedido. Contentos se acostáron, como si ya estuviera Sancho del todo bueno; pero algo despues de media noche, entre soñando y dispier-to daba tales voces, que dispierta

Teresa se mantuvo quieta escuchando lo que decia para informar al Cura: Señor Doctor Pedro Recio de Mal-agüero, natural de Tirteafuera, Lugar que está á la mano derecha como vamos de Caraquel á Almodovar del Campo, graduado en Osuna; quíteseme luego de delante, si no voto al sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar Médico en toda la Insula, á lo ménos de aquellos que son ignorantes, imprudentes é indiscretos: que se vaya Pedro Recio de aquí; si no tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza.

Desdichada de mí, exclamó Teresa, que ya se le ha vuelto á Sancho el juicio. ¡Ay pobre de mí! ¿qué será de mí si sigue esto? En esto habia de venir á parar la tristeza del pobre de mi marido. ¡Oxalá

que jamas hubiera conocido á Don Alonso Quixano! ¡Quánto mejor estuviera que hubiera guardado sus cabras, ó que hubiese seguido en la labranza! Por fin entónces nunca nos faltó que comer; pero sin juicio ¿qué será de mí? Así siguió lo restante de la noche, llorando, gimiendo y maldiciendo su fortuna. En esto despertó Sancho, y oyendo las voces y lamentos de su Teresa, que andaba como loca por la casa, empezó á llamarla: como no oía, no podia responder. Levantóse Sancho, y fué á buscarla, y la dixo: ¿qué tienes Teresa? ¿qué te ha sucedido? ¿por qué lloras? Ya estoy bueno, á Dios gracias. Calló Teresa; sentóse, y mirando de hito en hito á su esposo, dixo despues de un fuerte suspiro: ¡Qué noche me has dado Sancho! — ¿Yo? dixo, ¿yo? ¿por ventura he tenido jamas

mejor noche? toda la he pasado durmiendo: tú sueñas Teresa.— Soñarias tú. ¿Qué no te acuerdas de las voces que dabas? ¿Quién era ese Pedro Recio de Tirteafuera, que con tanta ira despedias?— Ahora sí, dixo Sancho, que creo era yo el que soñaba. Has de saber que allá en el Gobierno me acompañaba en la mesa un endiablado Médico, que por un tris me mata de hambre: le cogí tal ojeriza, que no le puedo olvidar: quando me recogí estaba precisamente haciendo memoria de él; y colérico le diria las cosas que tú dices.— Pues hombre yo me consentí que estabas ya furioso, dixo Teresa.— No lo permita el cielo, dixo Sancho. Oyes no le oí soñar á mi señor en todo el tiempo que anduve á sus alrededores.— Idos á acostar, dixo Teresa, que aun no es de dia.— Vamos: pero

dime, Teresa, ¿no es de extrañar que no soñase jamás D. Quixote?— Déxese ahora de Don Quixote, y váyase á acostar, respondió Teresa.— Pero dime muger ¿no es extraño en un hombre, que lo mas del tiempo lo gastaba en ilusiones, el que jamás...?— ¿Sancho? válgate Dios; idos á acostar, que yo tengo sueño.— Vamos: pero es dolor que no me habeis de responder.— Sois cansado Sancho: no he de responderos. Volviéronse á acostar, y durmiéron lo que quedaba de la mañana. Levantóse á su tiempo Teresa y Sanchica. Contóle la madre lo que habia sucedido, y con esto entró el Cura.— Pues, Teresa, entró diciendo, ¿cómo está Sancho?— Señor, mejorado me parece que está, aunque esta noche me ha dado un buen susto.— Entre Vmd., dixo Sancho, que yo le contaré á su merced el

caso. Entróse en efecto el Beneficiado; y mas alegre que vez alguna le refirió punto por punto el sueño, y el origen de él, y ademas aquella novedad que le causaba el que no hubiese visto ni oido soñar á su amo D. Quixote en ninguno de los días que habia estado á su lado.—No es eso extraño, dixo el Cura; tendria el cerebro bien constituido, y por eso no sería soñador; porque por mí creo que los que sueñan mucho, ó tienen la cabeza enferma, ó muy débil, porque á muchos he oido decir que si no cenan ven visiones, y sueñan toda la noche. Parece, Sancho, que ya os hallais mejor.—Así me parece, á Dios gracias, dixo Sancho.—Vaya, me alegro. Ea procurad restablecerse, y hacer por olvidar y desechar....—¡Ay Padre! primero me vea entre quatro. ¡Yo olvidar á mi

amo, á mi señor, á quien tanto debo! no lo permita el cielo: ¿qué se diría de mí? que sería un ingrato, y que habia sido un Escudero desconocido.—No digo que lo olvideis de un todo, respondió el Cura, sino que no os entregueis tanto al sentimiento.—Es preciso sentirlo, Padre mio. Ya me ha dicho Teresa que se están acabando los escudos que me dió el Mayordomo de la Duquesa; y una vez acabados ¿qué será de mí? ¡Ay desdichado de mí! Volvió de nuevo á llorar sin consuelo, diciendo: ¿cómo es posible que no me acuerde de un señor por quien he comido yo y mi familia tanto tiempo? ¡Ay pobre de mí! ya se me acabó mi amparo, el de mi muger y mis hijos. Intentaba acallarle el Cura ya con ruegos, ya con amenazas; mas Sancho, quanto y mas le decian, peor lo hacia. Visto lo

qual por el Cura, protestó no volver jamas; dexó á Teresa bregando con él, y se dirigió para su casa. Pocos pasos habria andado quando encontró con el Bachiller Sanson; preguntóle este por el estado de Sancho, y respondió aquel: peor está que estaba.—Allá voy yo, dixo el Bachiller. En efecto fué allá: entróse sin avisar, aparentando que nada sabia; hallólos á ámbos gritando, y á Sanchica llorando. ¿Qué es esto? ¿qué hay acá?—¡Ay Señor Bachiller! dixo Teresa, ¿qué ha de haber? que mi marido me quiere quitar la vida.—¿Pues qué hay? volvió á preguntar Sanson.—Ha de saber Vmd., Señor Bachiller, que desde que murió el Señor Alonso no ha habido en mi casa una hora de gusto. Callaba á todo Sancho, y miraba de quando en quando por el rabo de ojo á Sanson: ya Vmd.

mira como se ha puesto, ni su sombra de tanto llorar.—Es natural, dixo Sanson. Irritado y colérico Sancho se incorporó, y con una voz trémula y descompasada le dixo: y tambien era natural, Señor Bachiller Sanson Carrasco, no entrase por las puertas de mi casa. Vmd. fué, y es, y será la causa de mi ruina. Vmd. es quien mató al pobre de mi amo; y Vmd. es quien tiene la culpa de mis desdichas. Váyase de aquí, Señor Bachiller, y no vuelva jamas.—Sancho, vos estais fuera de vos. ¡Yo la culpa de la muerte de D. Quixote! ¡yo la causa de vuestras desdichas!—Vmd., disfrazado de Caballero de la Blanca Luna, fué quien allá en Barcelona venció en el desafio al pobre de mi amo; y del pesar de verse vencido enfermó y murió.—¿Yo, Sancho, Caballero de la Blanca Luna?—Vmd.: ¿qué creia que no

le habia conocido? pues vive engañado. Haga Vmd. tanto que avise á la Justicia.....—¿Estais loco? preguntó Sanson.—No por cierto. ¿No fué el que la otra vez le desafió con el nombre de Caballero de los Espejos, por mas señas que venia por su Escudero Tomé Cecial, mi vecino?—Vos soñais Sancho.—No Señor.—Sosegaos, dixo Sanson; tranquilizaos; no seais así. Ya sabeis que siempre os he estimado, y que fuí el mas buen amigo que tuvo Don Quixote.—Buen amigo, por cierto, respondió Sancho; si son buenos amigos los que echan á sus amigos á la eternidad, ya se ve que Vmd. lo sería; pero yo no pienso sino que son los mayores enemigos.—Olvidad eso, dixo Sanson.—Bueno está; hasta que me echen la tierra encima. Señor Bachiller hágame el favor de irse, y no volver mas, por-

que si vivo me he de ir del Lugar solo por no ver al homicida de mi buen señor, Dios le tenga en la gloria, y á Vmd. se lo lleve para que no haga mas muertes. Absorto quedó sin habla Sanson; pasmada Teresa de oir á Sancho; y Sanchica con tanta boca abierta: largo rato estuviéron los tres callando, mirándose el uno al otro. Sanson corrido no sabia que hacerse, ni que decir: Teresa no se atrevia ni á satisfacer á Sanson, ni á hablar á Sancho para que no siguiese el enojo; y así se mantuviéron callados el tiempo que no es creible.

Pienso que hubieran mantenídose estatuas largos años á no haber entrado la tia Paca, una amiga algo parienta de Teresa. Alabado sea Dios, entró diciendo: ¿cómo estamos acá Teresa? Sin detenerse llegó hasta el aposento, y viendo que

nadie hablaba palabra, tambien calló ella; y despues de un largo rato que estuvo mirando los semblantes de todos, el del Bachiller mohino, el de Sancho iracundo, el de Teresa confuso, y el de Sanchica boquiabierto, levantando la voz preguntó: ¿señores, qué hay acá? Nadie le contestaba: volvióse para Teresa: Teresa ¿qué tienes de novedad? —Déxeme Vmd., tia Paca, respondió Teresa; nada hay de nuevo.—¿Pues á qué están tan callados?—Tambien es buena curiosidad, respondió Sancho: tia Paca déxenos Vmd. el alma quieta.—Calla Sancho, dixo Teresa. En estas y en otras se escapó Sanson como gato que lleva cañazo, ó como Frayle despedido, y quedáron solo con Paca. Entónces dixo Teresa á la que llamaban tia, que se sentase: contóla lo que habia suce-

dido con Sancho y el Bachiller; y la tia Paca habló de esta manera: calla Teresa; Sancho tiene mucha razon en lo que ha dicho. Ya dias hace que anda por los corrinchos el run run que el bueno de Alonso murió por causa del Bachiller Sanson. Fulanito, que iba de su criado, se lo ha dicho á una amiga, y dice que desde que tuviéron la pelea no levantó mas la cabeza Don Quixote.—Así es, respondió Sancho. Teresa, como no sabe ni entiende nada de lo que pasa en el Lugar, ni ménos en la vecindad, porque no está mas que en sus faenas, por eso está contra mí, y reprueba quanto yo hago y digo. Ese Bachiller es muy malo.—Siempre ha sido calavera, respondió la tia Paca: le conozco desde que nació, y siempre ha sido travieso; y desde que vino de la Universidad, mucho

peor. Procurad vos por la salud, y lo que no tiene remedio es mejor olvidarlo: con sentir no lo habeis de resucitar. A tus pasteles pastelero, y déxate de cuentos. Ea, á Dios Teresa; si se ofreciere algo avisar: á Dios Sancho; á Dios Sanchica. Sosegada quedó la casa de Sancho; le sirviéron el almuerzo, y no quedó una pizca de las sopas; lo que no dexó de consolar á Teresa.

Salió, como diximos, el Bachiller cabizbaxo, sin saber lo que le pasaba, dió, como dicen, con la horma de su zapato; ó mejor, habiendo ido por lana, salió trasquilado. Creia él á Sancho desmemoriado, y tan dócil como D. Quixote; pero le salió gato por liebre. ¿Vaya, iba diciendo entre sí, que este bárbaro me levanta una calumnia que no me vea tan fácilmente libre? No hay duda que me

conoció, y que lo tiene bien presente; tambien es cierto que murió Alonso de melancolía de haberse visto vencido. ¿Quién me meteria á mí á redentor para que salga ahora crucificado? ¿Qué me iba, ni qué me venia en que D. Quixote curase de sus locuras? Quando ménos ahora me toma de punta todo el Lugar, y me veo aborrecido de todos. ¿Qué haré? voy á comunicárselo á mi amigo el Cura, y á suplicarle que vea modo de hacer que Sancho no publique lo que me dixo. Ya no tengo mucho crédito de bueno, y con esto acabo de perderlo todo; mis travesuras me han de costar caras, y yo no quiero entenderlo. Con estas y otras reflexiones se fué en casa del Cura. En quanto este le vió entrar tan cabizbaxo y pensativo, se persuadió que Sancho le habia dado en la cabeza.

¿Qué es eso? ¿qué trae por acá á estas horas el Señor Bachiller?—
 ¡Ay amigo! me ha matado Sancho. Mucho mejor me hubiera sido no haber pensado en semejante visita. No bien hube entrado, quando dexó la contienda que tenia con Teresa, en la que no me pude imponer; embistió conmigo como un leon, diciéndome que yo era el que habia muerto á D. Quixote, y que me fuera, con tan agrias razones, que no se lo puedo ponderar. Vmd. no ignora la facilidad que tiene esta gente de Lugar en creer quanto les dicen, y por lo mismo me temo que si corre la voz, me tomará todo el pueblo entre ojos. Por vida suya le suplico que haga por contenerle, porque de no, estoy perdido. Bien sabe Vmd. lo que es una calumnia, y si no se corta quanto ántes, me veré obligado á dexar la Aldea.

Ya me tienen por travieso, y con esta añadidura darán conmigo al través. Ya Vmd. sabe la opinion que tenia Alonso en el Lugar, lo mucho que le amaban; y con esto puede inferir qué puedo esperar.

No vais muy mal fundado Bachiller; pero el caso está que por lo visto, poco pueden con él las persuasiones mias. Estando en esto salió el ama del Cura, y le dixo: ¿Vmd. no sabe, Señor Beneficiado, como la tia Paca ha estado aquí, y me ha dicho, que quien ha matado al Señor Alonso ha sido el Señor Bachiller? y yo pienso que lo sabrá todo el pueblo.—¿Qué dice Vmd.? preguntó Sanson: ¿no lo he dicho? Ea, Cura mio, ya estoy perdido.—Sosiéguese Vmd., que no será tanto: ¿por qué ha de irlo á publicar por todo el pueblo?—Señor ¿no sabe su merced que es el correo de la Al-

dea esta vieja? No pasa cosa que ella no sepa, y no la ponga de boca en boca.—Ea, idos á dentro, la dixo el Cura, que no será tanto. Fuese el ama, y siguió el Señor Sanson: sí será, Cura mio: esto exige pronto remedio.—Dexe Vmd., dixo el Cura, que yo iré esta tarde, y se remediará. ¡Ay Señor Beneficiado! esto no permite demora: mire que á estas horas ya no corre otra conversacion sino de que yo he muerto á Alonso.—Hombre ya es mas de la una de la tarde; dexe Vmd. que coma, y despues iré.—Sea enhorabuena, dixo el Bachiller; hasta miedo tengo de salir á la calle.—Valgaos que hoy es dia de trabajo, que todo el mundo está en la labor, que si nó pobre del Bachiller.—Por Dios, repitió el Bachiller, á cortar el fuego.

Púsose á comer el Cura: habia

comido muy bien Sancho ; pero se
 atravesaban en el gañote del Bachi-
 ller los bocados: conocia muy bien
 el Beneficiado que el Bachiller cor-
 ría mucho peligro, y por tanto
 mandó llamar á la vieja Paca. Es-
 ta vino de contado; y en quanto
 llegó la dixo el Cura: Señora Paca
 ¿por qué irá Vmd. divulgando de
 casa en casa que el Bachiller San-
 son ha sido la causa de la muerte
 de Alonso? ¿Vmd. no ve que ese
 es un grave pecado, y mas quan-
 do es falso? ¿Vmd. no considera
 que no puede desear mal al próxi-
 mo sin pecar gravísimamente?—
 ¡Ay Señor Cura! Vmd. tiene mucha
 razon; pero yo no lo hice á mal
 hacer, sino porque como todo el
 Lugar ha sentido la muerte del di-
 funto Alonso, que de Dios goce, y
 yo tambien le queria, por eso se lo
 he dicho al que no lo sabia no mas,

porque ya no lo ignoraba la mitad de los vecinos. Bien es menester que el Señor Bachiller se vaya de aquí, porque ya le tienen sobre ojo todos, y si no se va, mal fin le espera: algun dia han de dar fin sus travesuras.—¿Estais loca? ¿qué decis? Acabo de reprehenderos una maña que os ha de llevar al infierno, ¿y volveis á reincidir? Luego vendreis á confesaros diciendo que de nada os acusa la conciencia.—Señor Cura mio, yo no le quiero mal al Bachiller; Dios lo sabe, pero quisiera que no fuera tan travieso.—No hay medio, ó ir de casa en casa de las que habeis estado, desdiciendoos de lo referido, ó incurrir en una excomunion. No, Señor Beneficiado: por la Virgen, por S. Roque, por quien Vmd. mas quisiere, que no haga tal: yo iré á hacer lo que Vmd. me man-

da.—Pues bien, sea eso luego, porque si nó irá hasta con velas apagadas.

Fuese la tia Paca diciendo á cada uno de los vecinos: fulanico, zutanica, cuidado que no hay nada de lo que os dixé esta mañana de Sanson Carrasco. Ya se ve, á mí me lo dixéron, y yo me lo creí; pero no todo lo que se dice se puede creer. El Padre Cura, que sabrá mejor esto, me ha mandado que venga baxo pena de excomunion. He, á Dios. Con esta relacion fué desandando las casas, hasta que concluyó con el ama del Cura. Ya habia salido el Señor Párroco para la casa de Sancho, á donde sucedió lo que se verá.

Causóle novedad á Sancho el que tan temprano se entrase el Cura por las puertas de su casa. Extrañólo tambien Teresa, porque á la verdad

no lo esperaba, segun se habia ido de sofocado; pero no se maravilló poco este de encontrar toda la familia en buena conversacion, sana y tranquila: aproximóle Sanchica un asiento; pero al ir á sentarse se levantó Teresa, y le dixo: Padre sírvase Vmd. de oirme dos palabras. Llevólo á un recodo que hacia la entrada de la casa, y le dixo: Padre mio, por Dios que no le diga nada á Sancho sobre el Bachiller Sanson Carrasco, porque lo mismo es mentárselo que se pone furioso.—Es preciso, dixo el Cura.—No, por vida suya, respondió Teresa.—No es posible Teresa; yo le hablaré de modo que no suceda nada. Acabar estas razones, y dirigirse para su silla, todo fué uno. No tuvo lugar Teresa de suplicarle mas, y siguió tambien los mismos pasos. Ya que se hubo sentado el Beneficia-

do le preguntó á Sancho si habia cumplido con la Iglesia. Sancho, que no sabia mentir, le dixo que no. De ahí sacó el hilo, y comenzó su plática hasta venir á parar en Sanson Carrasco. Agotó primero todas las pruebas que pudo hallar á favor del Bachiller, de modo que visto en el Consejo le hubieran declarado inculpable: y luego, creido de que Sancho estaba convencido, entró con una algo agria reprehension de que faltaba á la caridad, humanidad y justicia en publicarlo. No le dexó acabar Sancho; y con los ojos desencajados le preguntó: ¿con que no fué el Bachiller Sanson Carrasco el que ocasionó la muerte de mi difunto amo? Aunque vió el Cura la cosa de mala data, con todo, con un tono áspero le respondió que no.—Pues Padre, le dixo, mas que me lo mande toda

la Santa Hermandad, y quien pudiese mandarlo, he de decir que el Bachiller Sanson fué quien, disfrazado de Caballero de los Espejos, fué vencido por D. Quixote; y por mí sé que lo creí muerto, y lo ayudé á levantar, y otras cosas; y que él mismo fué el que lo venció mudado en Caballero de la Blanca Luna; porque decir otra cosa es faltar á la verdad, y el que lo negare negará el mismo Evangelio. Y no me haga tanto que lo acuse, porque él, y no otro, ha sido la causa de la muerte del mejor Caballero del mundo; no digo que él lo matase, porque sano salió del desafío, sino que lo mató por la melancolía que le ocasionó: que no es menester espada, trabuco ni puñal para matar á uno, que una palabra sola basta para echar al otro mundo mil hombres de honor. Es-

to bastantes veces lo dixo mi difunto amo.

¿Qué es eso Sancho? mirad que hablais conmigo: ¿os enseñó acaso esa falta de respeto vuestro amo?— No por cierto, dixo Sancho: ántes muy lo contrario; y si nó, dígalo quando la contienda del Eclesiástico que asistia á los Señores Duque y Duquesa. No dexó Don Quixote de responderle al caso con espíritu, y sin faltarle al respeto, con admiracion del Duque: lo mismo he hecho yo para defender la verdad; pues me dixo unas mil veces, que primero habia de morir que mentir; y me acuerdo que puso por exemplo á Telemaco, hijo de Ulises, que porque su padre le habia encargado que muriese ántes que caer en mentira, estuvo á pique de que le quitaran la vida por no negar de que nacion era; y esto que

Mentor se lo había prevenido; esto es, si no me engaño: con que Vmd. no se canse, que la verdad la he de decir, y que por tanto fué el Bachiller Sanson Carrasco quien en ambas ocasiones peleó con Don Quixote mi querido amo; y si nó preguntéselo Vmd. á Tomé Cecial mi vecino, y á.....

Basta, Sancho, no lo habeis de querer hablar todo. Vamos por partes; quiero que sea así como dices, y que verdaderamente fuese el Bachiller el rival de Don Quixote: ¿acaso sabiais vos los fines por que lo haria.—En eso no me meto yo, respondió Sancho.—Pues es menester que os metais. Tambien direis de mí que yo lo maté, porque tambien fuí á Sierra-Morena á buscarle, y le traxe enjaulado á la Aldea; pero sabe todo el mundo que fué con el objeto de apartarle de la vida ca-

balleresca que llevaba.

No diré jamas tal de su merced; pero bien sabē su merced que el tal Bachiller toda su vida ha sido maligno. Malo era ántes de ir á estudiar; pero peor ha venido despues.—En eso, dixo el Cura, no teneis que meteros; su alma su palma: el fin es que os reporteis, y que tengais entendido que aun en el caso que le hubiera matado con un puñal, y que vos lo hubieseis visto, no podiais, sin faltar á la caridad, publicarlo: y es bien sabido que debemos los Christianos tapar los pecados de nuestro próximo, léjos de descubrirlos. ¿Es cierto esto Sancho?—No hay duda, respondió este.—Pues luego, dixo aquel, no podeis sin faltar á la Religion, sin pecar gravísimamente, decir que Sanson mató directa ó indirectamente á Alonso. Luego debeis volverle su crédito, y

pedirle perdon. A todo esto estais obligado ; y tened entendido que no podré absolveros sin que practiqueis ántes esta diligencia. Y haced por cumplir con la Iglesia, que aunque el tiempo ya se pasó, no obstante siempre sereis bien recibido. Esto es lo que habeis conseguido con ser Escudero. Mas hubiera valido que hubieseis estado al lado de vuestra familia, y que la hubieseis dado mejor exemplo. He, quedaos con Dios, y cuenta con lo dicho.

Confuso quedó Sancho, y mas pensativo que nunca. Quería Teresa reconvenirle, y le dixo: no os conozco Sancho. Fuese luego á sus quehaceres, y le dexó metido en sí, como si hubiera de meditar algun caso de mucha importancia. Veamos ahora qué le sucedió á Sanson mientras que el Cura estaba en casa de Sancho.

Lo mas de la tarde pasó el Bachi-

llegó en pensar si se atrevería á salir ó no ; pero la consideracion que era dia de trabajo , le ensanchó el ánimo , y se resolvió á salir al campo á pasearse. A la salida del Lugar estaban jugando unos muchachos : atravesó por medio de ellos el Bachiller , y no habria andado diez ó doce pasos , quando uno de ellos dixo : allá va quien mató al pobre del Señor Alonso ; vamos á apedrearle : no bien fué dicho , quando fué executado. Iba el Bachiller vestido de balandran y sombrero de canal : así que oyó el silvido de las piedras , pensó hacerles cara ; pero visto que eran muchos , y que caían los guijarros como granizos , miró conveniente valerse de las piernas : á poca distancia se enredó con el balandran , cayó en el suelo , y menudeáron los muchachos los tiros. Quitóse el ropón , y pudo escaparse de aquella

refriega saltando ballados, y atravesando campiñas. Perdiéronle de vista los muchachos, y entónces el pobre Bachiller, bien aporreado, cansado y estropeado se tendió entre unas retamas, donde pasó la tarde en fúnebres meditaciones, porque no se atrevió á volver de dia al Lugar, temeroso de otras refriegas. Tres dias estuvo en cama sin consuelo. Viendo el Cura que no parecia, fué á visitarlo á tiempo que el Barbero lo estaba vizmando. ¿Qué es eso mi Bachiller? preguntó el Cura.—¿No se lo dixe á Vmd.? pues vea Vmd. como me han puesto los muchachos.—Paciencia, dixo el Cura: amigo ¿qué se ha de hacer? consoleos; ya creo está remediado. Trabajo me costó convencer á Sancho; pero por fin pienso que tambien queda convencido.—Dios lo quiera, di-

xo el Bachiller entre gimiendo y llorando. A nadie temo mas que á la maldita vieja.—Tambien está ya arrepentida, y me consta que ha ido á retractarse de casa en casa, le contestó el Cura.—Mucho me alegro, dixo el Barbero, de no haberle ido á ver; y si él no viene á mi casa, largos años se pasarán sin su vista.—Es de temer, dixo el Cura: ha tomado parte de aquel tono que tenia su amo, que yo aseguro á Vmds. que bien es menester pensar las palabras ántes de pronunciarlas. Por fin yo le humillé. Despidióse con esto el Barbero; consoló al Bachiller el Cura, y luego entró la noche.

Ni una palabra habló Sancho; cenáron, y se acostáron; y al despertar por la madrugada reprehendió Teresa á Sancho con estas razones: Sancho, solos estamos; per-

míteme que te diga, y te pregun-
te ¿qué ganas con indisponerte con
el Señor Cura? ¿No ves que quan-
do no sea mas que por su carác-
ter le hemos de respetar y vene-
rar? ¿No miras que es un hombre
estimado en todo el Lugar, y que
todos lo miran como un Santo?
¿qué dirán las gentes si saben que
te has propasado con su merced?
basta esto para que te miren de
mal ojo. Antes yo estoy aturdida
de ver la paciencia que tuvo. Yo
soy de parecer, y te lo suplico
por vida de Sanchica, que le pi-
das perdon. El nos quiere, no lo
podemos negar: pues sí, Sancho,
pídele perdon.—Muger, respondió
Sancho, yo no le he ofendido; yo
solo he defendido la verdad: en lo
demas confieso que tuvo sobrada
razon.—Pues por eso, dixo Tere-
sa, debes darle satisfaccion.— Lo

haré, dixo Sancho; pero no hablemos de pedirle perdon al socarron del Bachiller: yo no le quiero mal; venga sobre mí si tal le deseo: pero dime, ¿no he de sentir el que sea la causa de nuestra desdicha?—Sí, pero ya ves lo que te dixo el Sr. Cura, respondió Teresa, que si no le pedias perdon, no podia absolverte.—En quanto á eso me las avendré con él. En esto y en otras llegó la hora de levantarse.

La noche antecedente asistieron el Bachiller y el Barbero á la tertulia de casa del Cura. Tratáron allí largamente de la tragedia del Bachiller; y este mas amilanado que nunca, tanto por lo que le habia sucedido con los muchachos, como por ser al otro dia Domingo, y esperar peor desgracia todavía que el apedreo; porque aunque la vieja Paca habia ido de

casa en casa á retractarse de lo que habia dicho, no obstante con la mala fama que habia ganado el tal Sanson; con saber tambien la mas gente de la aldea que en efecto habia ido á buscarle para pelear con él, pues Tomé Cecial lo habia referido varias veces; bastó esto para no quedar satisfechos de la refraccion de la tia Paca, y mucho ménos quando añadia que el Cura se lo habia mandado. Suelen en los Lugares el dia de fiesta juntarse ántes la gente en corrillos para esperar la Misa, y allí se trata de lo que ocurre en el pueblo. Aquel Domingo no se hablaba de otra cosa que de la noticia de la tia Paca; y como la salida del Bachiller no fué tan secreta que no la supieran tres, no faltó quien lo corroboró, señalando la hora y el dia. A esto se añadió que en un Lugar no puede

estar oculto nada que no se sepa á la hora. Con estas noticias, y otras conjeturas, se cercioráron de que fué verdad que el Bachiller le fué á buscar, y que le venció; y que de resultas del vencimiento se murió de pensar el Hidalgo Alonso, querido de todos; y por último resolvieron al salir de Misa darle dimisorias. El Cura, que estaba ya receloso de las conferencias de los corrillos, preguntó á uno que qué se decia. Este no se detuvo mucho en referir lo ya dicho, y la resolución. Pensó desde luego que no pararia en esto; y por tanto con mucho disimulo le envió un recado á Sanson por uno que hacia las veces de Sacristan, y cantaba la Epístola, diciéndole que no fuese á Misa, sino que al oír tocar á Sanctus se saliese del Lugar, y desamparase el puesto hasta que él le avisara.

Hizo el Vice-Sacristan lo que se le habia mandado, y volvió á cantar la Misa. Sanson no esperó los toques, y tomó camino á toda carrera, de modo que estaba mas de una legua distante del Lugar, y aun creia que le iban siguiendo los gansos de la Aldea. Acabóse la Misa, y salieron de la Iglesia con la buena intencion sabida, preguntando unos á otros si habian visto al Bachiller. Volviéron á juntarse los corrillos; cosa impropia, porque oida la Misa, cada uno va para su casa. Tratóbase de saber de Carrasco para expatriarlo; pero como estaba en salvo no se pudo verificar su deseo.

Despues que el Cura se hubo desayunado fué á visitar á Sancho; pero no bien hubo entrado, quando se halló que los mas de los vecinos estaban en su casa, porque todos le querian bien. Entróse no obstante; se levan-

táron todos, y se sentó el Cura al lado de Sancho. Despues que hubo preguntado por el estado de su salud, y respondido Sancho que mucho mejor, se volvió para los demas, y les dixo: pues, Señores, Vmds. habrán venido á visitar á su amigo.—Sí Señor, respondió el Alcalde. —¿Qué se dice? preguntó el Cura.—Señor Beneficiado, en el dia no se trata de otra cosa que de las travesuras del Bachiller Sanson Carrasco. Yo me veo en la precision de hacer con él un escarmiento; porque si nó nos traerá el Lugar alborotado; y ya que mis antecesores no le han cortado el vuelo á título de jóven estudiante, ahora, Bachiller, se lo cortaré yo. Oyó el Cura la resolucion del Alcalde, y quisiera responder á favor del Bachiller; mas por justas razones que tuvo pensó dexarlo para otro dia en que viese los ánimos ménos alborotados.

Durábale á Sancho la confusion en que le habia puesto el Cura quando le dixo que no podria absolverlo sin que pidiese ántes perdon al Bachiller, y mucho mas quando solo por conjeturas sabia que el Caballero de la Blanca Luna era el tal Sanson; y esto mismo lo tuvo silencioso en términos de no habersele oido una palabra en toda la mañana. Era muy temeroso, y en lo que toca á Religion muy circunspecto: propiedad inseparable de los sencillos de corazon. Ya casi habia olvidado la muerte de su amo, porque mas le incomodaban los escrúpulos de conciencia. Conoció muy bien el Cura el estado de Sancho, y que aquella era la ocasion de trabajar con él á fin de ponerlo en camino; pero le detuvo por un rato la muchedumbre de los vecinos que entraban á

verle. En fin, con el respeto del Beneficiado todos se fuéron, porque le miraban como un oráculo: se fuéron los que estaban allí á su venida, y se escurriéron los que fuéron despues entrando, hasta quedar solos. Quiso ántes el Cura exâminar á Sancho, y le preguntó que cómo sabia que el Bachiller habia sido el Caballero de la Blanca Luna. Respondió Sancho, que porque se lo daba el corazon, pues otra vez ya habia ídole á buscar, y á no haber quedado él vencido, hubiera sucedido lo mismo. Que le conoció quando fué á levantarle, y quando se le cayéron las grandes narices á Tomé Cecial.— ¿Pues qué, le reconvino el Cura, solo con sospechase uno que otro cometió un delito, ya se ha de afirmar que verdaderamente lo cometió? ¿Quántas veces no podemos asegurar lo

mismo que vemos?— Yo, Señor, le respondió Sancho, á nadie lo he dicho que fuese él la ocasion de haber muerto mi amo. Solo á él se lo dixé; y á fe que bien se le conocia en la cara.—Pues miéntras no lo puedes jurar, no puedes no solo afirmarlo, pero tampoco creerlo; y así le dareis satisfaccion.—Sí lo haré, pero quando él vuelva á mi casa, porque yo no le he agraviado en otra parte. Contentóse el Cura con la buena disposicion de Sancho. Teresa se alegró tambien al verle ya de otro parecer y desenojado al Beneficiado. Este se fué para su casa, y Sancho siguió mejorando, porque el tiempo todo lo remedia. El primer dia que salió á la calle fué á confesarse. Fué el Cura tranquilizando la gente del Lugar de modo que á pocos dias volvió el Bachiller escarmentado, y

con propósito firme de observar mejor conducta.

Ya que Sancho se sintió con fuerzas para trabajar, volvió á sus pasteles, que fué arar, cavar, y la demas labor que ofrecia la estacion.

El Cura y Teresa se alegraban mucho de ver á Sancho tan otro, y que ya no hablaba de su difunto amo; pero esto duró miéntras la fuga primera de su nuevo destino, porque á pocos dias comenzó á sentir la diferencia de la vida escuderial á la de labrador. Si cavaba ó araba, descansaba cada instante, y decia: ¡bendito sea el Señor, qué poco dura en esta vida la felicidad! ¡Cuán otra era la alegría de mi corazon! Solo la compañía de mi Señor tan bueno era bastante para suavizar los trabajos por pesados que fuesen. Es verdad que tuvo algunos contratiempos, pero eran de

cien en cien años; mas ahora son continuos, son todos los dias: desde que amanece hasta que anochece tengo de estar con la azada, el arado en la mano, haga frio ó calor, esté el dia ventoso ó calmoso. ¡Ó tristes horas por mi mal halladas! Continuaba su surco, volvía y giraba, pero echando cada instante los ojos al cielo con estas ú otras meditaciones. Decía un dia: ¡quánto mejor me hubiera sido no haber entrado en tal vida escuderial! No hubiera probado aquel cansancio, ni el regalo de la casa de D. Antonio, de las bodas de Basilio, de la casa del Duque, ni el que con tanto gusto tuve en Barcelona; no sabría del bien, ni hubiera llegado á liçonjearme la esperanza de ser Gobernador, Conde, Marques.... ¡Oxalá que nunca hubiera dexado una vida que ahora

me es tan pesada! Pero ya no hay remedio; sigamos nuestra tarea. Así pasaba Sancho el día, porque hasta entónces habia trabajado solo. La soledad aumenta los pesares, porque recuerda las felicidades pasadas; y así Sancho se veia molesto de las reflexiones, que aumentaban su melancolía.

Ya que tuvo compañía en sus desdichas, ya que otros sufrían á su lado la penosa vida del jornalero, fuéron ménos sus penas: si por una parte querían embestirle los molestos pensamientos de las glorias pasadas, por otra se lo interrumpían los dichos de sus compañeros, la conversacion, y demas frioleras con que alivian sus fatigas los infelices. Pero duró esto miéntras no se acordáron de preguntarle por las aventuras de Don Quixote. Entónces, esto es á los

principios , aviváron su sentimiento los recuerdos que de él hacia; mas la atencion , complacencia y contento con que le escuchaban sus camaradas , y lo mucho que celebraban sus cortas narraciones , llegó de tal modo á dulcificar sus penas , que ya se complacia en referirlas. Ofrecia para el dia de fiesta contarles por ápices la historia de su escuderil vida , y con esto con ansia aguardaban todos que este llegase para oirle recostados al sol , pues ya era invierno. El donayre y sal con que referia los lances le ganáron un crédito , que todos le miraban como oráculo , y le admiraban sabio por las voces cultas de que usaba : las reflexiones que á tiempos disparaba fuéron causa de que corriese en el Lugar por el hombre de mas talento ; y de esto resultó que deseaban se acabase el

año para hacerlo Alcalde. Toda esta opinion se ganó contando los sucesos muy en abstracto.

Llegóse el primer dia de fiesta, que fué por cierto, si mal no me acuerdo, el dia 2 de Febrero, en que se celebra á la Virgen de la Candelaria. Esperábalo en la plaza frente de la Iglesia una tropa de vecinos para que al salir de Misa fuesen á la solana: llegó mi Sancho; mas apénas le viéron, quando todos se alborotáron, y le dixéron: podia Vmd. acabar de llegar; mas de una hora há que le estamos aguardando.— Amigos, respondió Sancho, á haberlo sabido, mas ántes hubiera venido. Convidáronle para tomar algo; pero él se resistió en admitirlo hasta despues de Misa. Festejábanle de tal manera, que puede decirse que era el único objeto que en el Lugar se merecia

atencion. No es de extrañar, pues las gentes del campo estiman mas todo lo que sea cuentos ó romances, y son capaces de levantar una estatua al que cante alguno, como por exemplo, el de Francisco Esteban. Lo mismo digo al que tuviere sal para contar un cuento. Así como los de la Ciudad se deshacen por ver una buena comedia, y son capaces de dar quanto tengan á un cómico que represente bien, que diga con ayre una relacion, y haga con desempeño un papel de amores, ó de un héroe.

Cantóse por fin la Misa; predicó el Cura su Sermon, tomando por punto de Doctrina el amor al próximo, y ponderando las malas conseqüencias del odio y rencor, á fin de asegurar la tranquilidad del Bachiller; y luego que saliéron tomaron para la solana, donde todos

medio recostados esperaban la narracion de Sancho, que se mantuvo sentado.

Estuvo largo rato en silencio pensando por qual de las aventuras debia empezar; y por último resolvió dar principio con la aventura de los *Exércitos*, que llama el Autor de la *Historia de Don Quixote* digna de ser contada: fué el caso que pensando en qual debia de elegir, hizo memoria de un refran que oyó en Cataluña: *segon la gen, los encens, escola per la buña*; y por esto no halló otro mas propio ni mas acomodado á la gente rústica, qual reputaba á la de la Aldea. Ya que hubo escogido, tosió, gargajeó, y aun hubiera hecho otra cosa si no hubiera sido tan indecente; y ya que iba á empezar, dixo uno, que al parecer era el Alcalde: cuidado, Señor Sancho,

en no dexar pelo ni circunstancia, porque á mí me saben los cuentos circunstanciados. — No tenga cuidado, dixo Sancho, que tengo tan buena memoria, que creo que no se me olvidará ni un punto. — Vamos, que ya estaba impaciente. Empezó con esto Sancho de esta manera.

Salí de la Venta con mi amo, no tan contento como habia entrado por lo que, si viniere á pelo, contaré otro dia. En el camino soliamos hablar de lo que nos acababa de acontecer: quejábame, y consolábame D. Quixote; y entre otras cosas me decia: qué poco sabes, Sancho, de achaques de caballería; calla, ten paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos quan honrosa cosa es andar en este exercicio. Si no, dime ¿qué mayor contento puede haber en el mundo al de vencer una batalla, y al

de triunfar de sus enemigos? Así debe de ser, respondí, pero yo hasta ahora no sé sino lo contrario. Esta es la pena que yo tengo, dixo D. Quixote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada, hecha con tal maestría, que al que la traxere consigo no le puedan hacer ningun género de daño, y aun puede ser que me depare la fortuna la de Amadis, quando se llamaba el Caballero de la Ardiente Espada. Ya soy tan venturoso, le dixé, que si esto fuese, solo vendria á servir á los armados Caballeros como el bálsamo. No temas, dixo Don Quixote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios íbamos, quando vió mi amo que por el camino venia hácia nosotros una grande y espesa polvareda: á esto díxome: este es el dia en el qual se

ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el día en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos: ¿ves aquella polvareda? pues es un ejército que viene marchando. Yo, que vide la misma polvareda por la parte contraria, le dixo que serian dos. Miró D. Quixote por donde yo decia, y respondió: así es en verdad; y alegrándose sobremanera pensó que eran dos ejércitos que venian á embestirse en aquella espaciosa llanura. Fué el caso que las grandes polvaredas las armaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel camino de dos diferentes partes venian, las quales con el polvo no se echáron de ver hasta que llegaron cerca. Con todo de distinguirse de modo que se podian palpar, con

mucho ahinco se afirmaba mi amo en que eran exércitos. ¿Qué habia de hacer yo? hice que lo creia, y le dixé: ¿Señor, pues qué hemos de hacer? ¿Qué? dixo Don Quixote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, me decia, que el que viene por nuestra frente le conduce y guia el grande Emperador Alifanfarron, Señor de la grande isla Trapobana: este otro que marcha á mis espaldas es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado-brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. Entónces le pregunté: ¿pues por qué se quieren tan mal estos dos Señores? y me respondió: porque este Alifanfarron es un furibundo Paganó, que está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy

hermosa Señora Christiana; y su padre no se la quiere dar al Rey Pagano si no dexa primero la ley de su falso Profeta Mahoma. Para mis barbas, le dixé yo, si no hace bien Pentapolin; y le tengo de ayudar quanto pudiere. En eso harás lo que debes, me dixo D. Quixote, porque para entrar en batallas como estas no se requiere ser armado Caballero. Bien se me alcanza eso; pero ¿á dónde pondremos este asno que lo hallemos luego? porque creo que no está en uso entrar en la lid con esta clase de animales. Así es, me respondió mi amo; lo que puedes hacer es dexarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro no trueque por otro á Rocinante. Pero estame atento,

que te voy á dar cuenta de los Caballeros mas principales que vienen en estos dos exércitos; y para que mejor los veas, retirémonos á aquel altillo, de donde descubriremos los dos exércitos. Hicimoslo así; y sin embargo que nada veiamos con el polvo, comenzó á decir: aquel Caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado, rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, Señor de la Puente de Plata; y el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembó, y gran Duque de Quirocía. El otro de los miembros gigantesos es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, Señor de las tres Arabias, armado de un cuero de serpiente, y tiene dor escudo una puerta que dicen

ser una de las del templo que derribó Sanson. Vuelve los ojos á esta otra parte, y al frente de este otro ejército verás al siempre vencedor, y jamas vencido Timonel de Carajona, Príncipe de la nueva Vizcaya, que trae en el escudo un gato en campo leonado, con una letra que dice *Miau*. Así fué nombrando al Caballero Frances, llamado Pierres^o Papin, al Duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, y otros. A todos estos no entiendan Vmds. que yo veia algo, porque nada veia, pero le dexaba decir. Siguió con todo diciéndome: á este escuadrón frontero le forman gentes de diversas naciones; aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto; los montianos que pisan los Masiliscos campos, los que criaban el finísimo oro en la feliz Arabia; los que gozan las famosas y

frescas riberas del claro Termonte; los que sangran por varias partes al dorado Pactolo; los Numidas, dudosos en sus promesas; los Persas, famosos en arcos y flechas; los Partos; los Medos, que pelean huyendo; los Arabes de mudables colores; los Scitas tan crueles como blancos; los Etiopes, de horadados labios; y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco, aunque de los nombres no me acuerdo. En este esquadron vienen los que beben las cristalinas corrientes del olífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los Tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los eliseos Xerezanos prados; los Manchegos ricos, y coronados de ru-

bias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre Goda; los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de sus corrientes; los que apacientan sus ganados en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo, y con los blancos copos del levantando Apenino. ¡Válgame Dios, y quantas Provincias dixo, y quantas naciones nombró, dándole á cada una su maravilloso atributo!

Todos estaban asombrados oyendo á Sancho, quien hizo una corta suspension para descansar y seguir luego con su cuento. Preguntó uno de los oyentes: ¿y qué, hay en verdad todas estas naciones en el mundo?—Sí las hay, respondió Sancho; y tengan Vmds. entendido

que este segundo ejército que acabo de pintar estaba compuesto de solo Españoles; de lo que luego á inferir que como los Españoles han tenido guerras y han peleado con todas las naciones del mundo, que son los que componen el primer ejército, lo que sabia muy bien mi amo, acordándose de ello en esta sazón, le pareceria que eran los dos ejércitos que acabo de referir.— Bien puede ser, dixo el Alcalde; y aunque parece locura en quanto lo que es tomar los carneros y ovejas por ejércitos, la narracion concertada no da á entender locura de parte de D. Quixote.— Esto es lo que á mí mas me admiraba, que quando me parecia mas loco, hablaba mas cuerdo. A esto dixo otro de la rueda: Señores, dexen que siga el cuento, no le interrumpán. Tal era el gusto y admiracion con que le oían:

Siguió Sancho su cuento diciendo: no obstante de no ver cosa alguna de lo que mi amo me decia, le dixé: Señor, encomiendo al diablo hombre, ni gigantes, ni Caballeros de quanto Vmd. dice parece por todo esto. ¿Cómo dices eso? me respondió Don Quixote: ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, y el ruido de los tambores? No oigo mas, respondí yo, que validos de ovejas y carneros. El miedo que tienes, me dixo entónces, te hace que no veas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos; y si es que tanto temes, retírate á una parte, y déxame solo, que solo basto á dar victoria á la parte á quien diere yo ayuda: y diciendo esto puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre rompió á toda carrera como

un rayo. Gritábale yo que se volviese, que eran carneros. Vuélvase, desdichado del padre que me engendró; mire que no hay gigantes, ni Caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni velos azules ni endiablados. ¿Qué es lo que hace? No por esto volvió; ántes en altas voces iba diciendo: ea, Caballeros, los que seguís y militáis debaxo de las banderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado-brazo, seguidme todos, vereis quan facilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarron de la Trapobana: esto diciendo se entró por medio del esquadron de las ovejas, y comenzó á lancearlas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara á sus enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian le daban voces para

que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaba, descañéronse las hondas, y comenzaron á saludarle los oídos con piedras como el puño. D. Quixote no se curaba de las piedras, ántes discurriendo á todas partes decia: ¿á dónde estás soberbio Alifanfarron? vente á mí, que Caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de la que le das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó, Señores, en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal puesto creyó sin duda que estaba muerto, ó muy mal herido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza, y se la puso á la boca; pero ántes que acabase de envasar lo que le pareció bastante, llegó otra almendra, y le dió

en la mano y en la alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó quatro dientes y muelas. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le forzó al pobre Caballero á dar consigo en el suelo. Llegáronse los pastores, y creído de que lo habían muerto, recogieron con mucha prisa los ganados, y lleváronse las reses muertas, que pasáron de siete. A todo esto estaba yo aun sobre la cuesta, maldiciendo la hora y el punto en que le habia conocido; pero viéndole caido, y que ya los pastores se habian ido, baxé, y lleguéme á él, y le dixé: ¿no le decia yo, Señor Don Quixote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran exércitos, sino manadas de carneros? Pues con todo de verse como se miraba me respondió, y queria sostener que

eran tales exércitos, y que los siguiese para que me desengañase; que el ladron del sabio su enemigo los desaparecia y contrahacia, y que eran hombres hechos y derechos. Luego, como mejor pude, le curé de sus heridas, y poniéndose la mano en la boca para que no se le fuesen de una vez los dientes, asió de una vez las riendas de Rocinante, y se vino para mí; y viéndome pensativo y triste me dixo: sábeta, Sancho, que no es un hombre mas que otro: todas estas borrascas que nos salen son señales de que presto ha de serenar el tiempo, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables; por tanto no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden. En estas y otras razones se montó mi amo en su Rocinante, y yo en mi jumento; y dexando á mi

arbitrio el destino tomé el rumbo para la Venta.

Aquí acaba la aventura; y con esto queden con Dios, que ya ha dado la una, y Teresa me estará aguardando.

Quedáronse allí un rato los oyentes como dicen á media miel; y ya que no podia Sancho oírles comenzaron las críticas. Dixo primero el Alcalde: por cierto que la aventura fué mejor dicha que sustanciosa. ¿Quién habia de pensar que Sancho, tan motilon como Vmds. le ven, refiriese un cuento con tanto arte? Respondió otro: á mí me ha gustado, y desde luego no hubiera comido si hubiera durado hasta la noche. Dixo otro: á mí no me disgustó, pero me parece que en la cordura de Alonso no podian caber tantas locuras.—Así es, respondió el Alcalde; mas yo

salgo por Sancho. ¿Pero no se hace imposible que un hombre leido, y que tiene sus ojos en la cara, tome las manadas de ovejas por exércitos de hombres?—Algun misterio habrá en ello, dixo el Vice-Sacristan. Con estos y otros pensamientos y reflexiones se estuviéron allí un rato, y luego se despidiéron tomando cada qual para su casa.

Mil veces saldria á la puerta Teresa para ver si venia Sancho, temerosa de si habria vuelto á las andadas. Deshaciase viendo lo que se tardaba, y al verle entrar le dixo: buena hora es de venir á su casa. ¿Dónde has estado toda la mañana?—Sosiegate Teresa; has de saber que al salir de casa me cogiéron unos amigos, y á mas no poder me lleváron á la solana para que les contase una de las aventuras que me sucediéron con Don

Quixote: quise darles gusto, y á mí ver todos han quedado contentos.—Si se anda Vmd. ahora con cuentos verá como dentro de poco le tienen por el truan de la Aldea.—Calla Teresa, ántes con esto gano crédito de entendido y las voluntades de todos: ya se ruge que el año que viene me hacen Alcalde.—¿Alcalde vos? lo mismo que yo Condesa. ¿Tenemos aquí lo del Gobierno?—¿Y qué quereis decir del Gobierno? dixo Sancho.—Nada, respondió Teresa.—Decid, replicó Sancho.—Que todo fué para hacer burla de vos.—No fué tal.—Si fué.—No fué.—Si fué; y si nó mirad como salisteis?—Calla Teresa.—¿Por qué he de callar? ¿No es cierto lo que yo digo?—Ven acá, mentecata, ¿qué mas pruebas quieres de que fuí tal Gobernador que la bata de la Duque-

sa, el vestido verde que te mandé, y los corales que te traxo el mensajero de los Señores Duques?— Pues con todo, dixo Teresa, no lo creo; y así lo harán Alcalde como ahora llueven pepinos.— En eso no me meto, porque los hombres son variables, y en lo que falta del año hay mucho que andar; ¿pero que digas que no fuí Gobernador?— Si digo tal.— No tal.— Si tal. Armóse tal gresca, que por poco andan á moquetazos; y hubiera sucedido á no valerse Teresa de la prudencia: hecho bien singular, pues rara vez se cuenta que se mire de parte de la muger; y si nó, aténganse al cuento de la que su marido echó en el pozo, que aun medio ahogada, ya que no podia hablar, hacia que cortaba con los dedos índice y medio. Sentáronse á la mesa; comieron callados como

Frayles en refectorio, y solo Sanchica habló algunas cosas, que como de ningun momento no las refiero aquí.

Muy presto tocáron á la Doctrina y al Rosario; costumbre que tenia el Cura todos los Domingos: santa costumbre, que debia verse practicada todos los dias de Fiesta sin interrupcion en todos los pueblos del mundo: no reynaria entonces tanta ignorancia en lo que toca á Religion, y debe saber todo Christiano. Sancho, Teresa y Sanchica obedeciéron al toque de la campana, porque era muy raro el vecino que faltaba: y luego que se hubo acabado, se saliéron de la Iglesia, donde al descuido y con cuidado los esperaba el Cura. Llegáronse á él, le besáron la mano, y habiendo preguntado por la salud, respondió Sancho que ya es-

taba bueno, á Dios gracias.—Mucho me alegro, dixo el Cura, pero dexaos ver; venid esta noche. Ay Padre, dixo Teresa, no quisiera que saliese de casa, porque luego estoy con el credo en la boca. Esta mañana estuvo como cinco horas fuera, sin saber donde paraba.—Ya me lo han dicho, respondió el Cura: como no haga otro mal, no os dé cuidado. No dexéis de venir, Sancho: Teresa, breve volverá. Siguiéron á dar su paseo; pero habiendo observado Teresa que todos los que encontraban se paraban á saludar á ámbos, lo que ántes no sucedia, se llenó de admiracion, y preguntó á Sancho que de cuándo ó á donde tanto cumplimento.—¿Qué te dixe, Teresa? tú cree que el año que viene me hacen Alcalde. Mira, con contarles cada dia de Fiesta una aventura, los tengo emboba-

dos, y son capaces de darme quanto tienen, quanto mas hacerme Alcalde. En efecto no se hablaba en el Lugar mas que de la habilidad de Sancho: así llegaron al Cura tantos encomios de boca del Vice-Sacristan, que ya deseaba tambien oirle.

Pues mira, Sancho, dixo Teresa, si tal sucediere, cuidado que venga el desempeño con los que sabes; porque no todos los que saben entienden de ser Alcaldes.— Calla, boba, la dixo Sancho; si hubiese estado siquiera medio año con el Gobierno, hubieran visto lo que era entender de Gobierno; y ten sabido que las lecciones que me dió el difunto de mi amo, que tengo de memoria como el Padre nuestro, me bastan para gobernar un Reyno.—Cuidado, dixo Teresa: si á la noche el Señor Cura te pide

que cuentes algo, mira que es muy sabido, y no vayas á perder el crédito.—Dímelo á mí, respondió Sancho; ¿no consideras que él tiene el libro en donde está toda la Historia, y siempre lo está leyendo? Pero poco importa, porque no ha de decirlo mejor el que la escribió sin haberlo visto, que yo, que todo lo presencié. Mira, Teresa, de los quatro Evangelistas, solo San Juan pudo decir *yo lo ví*, porque los otros tres solo dixéron lo que oyéron; y así aunque á todos se da crédito, pues así lo manda la Ley, alguno mas merece San Juan: bien que todos están conformes, y todos dicen una misma cosa con muy corta diferencia; pero aquí vamos á lo que yo lo ví, que puedo hablar con mas puntualidad que el Autor, que solo lo oyó.—Está bien, dixo Teresa; mira yo

me alegró que te conozcan, porque á fe mia que yo soy, que no tengo mas conocimiento que un asno, y comprehendo que aprendiste mucho en los viages con D. Quixote.—Teresa no te canses; no hay como viajar para aprender: el que no sale de su tierra, de milagro sabrá algo; y como que lo ha de aprender en los libros, y estos unos dicen ajos, y otros dicen cebollas, ya tú ves que nunca pueden saber como los que corren y ven. Bastantes veces me dixo mi difunto amo que muchos de los Filósofos viajáron para saber algo; y aun me acuerdo que me decia que hasta los Reyes y los Ministros corrian el mundo para aprender.—Otra cosa te encargo, Sancho, dixo Teresa, que aunque veas que te celebran, no te engrias ni te hinches, porque en el punto que vean que

piensas ser mas, ó saber mas que los demas, al instante te aborrecerán, y te quitarán el crédito. Ya sabes, Sancho, la tecla que quiere la gente del Lugar.—No me des consejos, Teresa; porque no puedes decirme nada que no lo haya aprendido del sabio de mi difunto.—Nunca están por demas los avisos, dixo Teresa.—Está bien, respondió Sancho. A esto iban á entrar en la Aldea quando encontráron á varios sentados á una puerta disputando con muchos gritos: unos decian cesta, otros ballesta. Así que uno de ellos vió venir á Sancho dixo: poco á poco, que aquí viene quien nos sacará de la duda.

La cuestión, que luego se la propusieron á Sancho, fué la siguiente: hablaban de las Indias, y decian que el Rey de España habia conquistado dos Imperios. El que

lo decia habia estado en Madrid sirviendo en casa de un Grande, y lo habia oido, porque en la Aldea aun no habia llegado semejante noticia: tan tranquilos viven, y tan separados de lo que se llama mundo y noticias. Al oirlo otro de la redonda dixo: si esto fuera llamarian al Rey *Emperador*; es así que no hay tal, luego no serán Imperios los que Vmd. dice. Impúsose Sancho muy bien, y dió el dictámen siguiente: Señores, no tiene duda que S. M. (que Dios guarde) es dueño de los Imperios conquistados por sus vasallos en las Indias, y que por consiguiente debia llamarse Emperador de las Indias, ya que no de España, como se llaman otros títulos que se leen en los despachos; y á mi entender en esto de no llamarle con este magnífico nombre, tienen la culpa los mismos

Españoles. Si viviera mi amo, yo aseguro que mejor satisfaria la duda; no obstante este es mi dictámen. Quedáron todos convencidos en que decia bien Sancho; y este se despidió mas ancho que las entrepiernas del Coloso de Rodas, que pasaban por él los navios. Teresa recibió no poco gusto; y así ámbos se retiráron á su casa mas contentos que los Gallegos quando andan en romería acompañados de su gayta.

En quanto hubiéron cenado fué Sancho á ver á su Cura. Mandóle este tomar asiento, pero se resistió hasta que por último no pudo negarse. Era muy comedido Sancho, como se lee en la Historia, y estaba enseñado á no sentarse delante de su amo ni de otra persona alguna de carácter: y así debe de ser; no como muchos, que por

la friolera de quitarse el sombrero se acreditan de mal criados y peor educados. Estaban con el Cura el Bachiller y el Barbero; y aunque Sancho hizo por disimular, con todo se le conocia que se le habia alborotado la sangre á vista de Sanson Carrasco su antagonista. En quanto tomó asiento le dixo el Cura lo siguiente: amigo Sancho, ha llegado á mi noticia que teneis gracia particular para contar un cuento, y referir las hazañas de vuestro amo: he leído toda la Historia, ménos el último tomo, que aun no sé que haya salido; y así quisiera que me refirieseis una de las que están ya impresas, y otra de las que no han salido á luz: la primera por ver si viene conforme con lo que dice el Autor, que no la vió; y la otra por saberla circunstanciada.— Señor, dixo Sancho,

es favor que me quieren hacer. ¿Qué gracia puede tener un hombre tosco como yo? ¿No lo considera Vmd? Para mis camaradas podrá pasar la relacion por elegante; pero para con Vmd. ¿cómo es factible?—No hay medio, nos habeis de hacer ese favor, y ver que os lo manda un amigo de vuestro amo D. Quixote, y vuestro Párroco.—Señores yo obedeceré, mas quisiera que Vmds. me señalasen la aventura.—La que os parezca, dixo el Cura.—Pues Señores, si Vmds. gustan referiré la del Caballero de los Espejos.—No, respondió el Bachiller.—¿Qué importa, dixo el Barbero?—Pues vaya, dixo el Cura. No podia Sancho ocultar la ojieriza que con Sanson tenia; y como ignoraba que el Cura y el Barbero supiesen por mayor ó por menor la travesura del Bachiller quan-

do fué á buscar á su amo, no se le ocurrió otra que contar; y así entre tímido y vergonzoso comenzó de esta manera. (Es de advertir que en todo el rato no miró Sancho al Bachiller á derechas, sino de rabo de ojo.

El dia ántes que sucediera la aventura que voy á referir encontramos con la muerte. La noche siguiente la fuimos á pasar debaxo de unos altos y sombríos árboles: allí cenamos, y en medio de la cena le dixé á mi amo: Señor, ¡qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albricias los despojos de la aventura que Vmd. acabara, ántes que la cria de las tres yeguas! En efecto, mas vale páxaro en mano que veinte volando. Todavía, me respondió D. Quixote, si tú me dexaras acometer como queria, te hubiera cabido en des-

pojos por lo ménos la corona de la Emperatriz, y las pintadas alas del Cupido. Nunca los cetros ni coronas de los Emperadores farsantes, respondí yo, fuéron de oro puro, sino de oropel, ó de hoja de lata. Así es, dixo D. Quixote, ni fuera acertado que los atavíos de la comedia rüeran finos, sino fingidos, como lo es la misma comedia: de camino me encargó que la tuviese en mi gracia, como asimismo á los que la representan y á los que las componen, porque son los instrumentos de hacer un gran bien á la República, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana; y ninguna comparacion hay que mas al vivo nos represente lo que somos, y lo que habemos de ser como la comedia y los comediantes.

Aquí me permitirán Vmds. una digresion, porque desde que le oí ésto á mi amo, me hizo fuerza, porque á la verdad, por lo que yo he visto que se tienen por viles á los cómicos, hallo que no viene con lo que mi amo me decia. Ni puedo entender en qué se funda esta aprehension de las gentes; porque segun tambien le oí á mi amo, decia: para ser un verdadero cómico es menester tener talento, y no ser ningun lerdo: y supuesto que el ser un buen farsante exige espíritu y ciencia, no hallo yo á bien que esos infelices desmerezcan por buscar su vida honradamente por este medio. Mas si los autores no merecen ser envilecidos por componerlos, como he visto á muchos con cruces en los pechos; ¿por qué ha de ser esto con los que las representan? Quisiera que Vmds. se

sirviesen de decirme si me fundo. Sanson, que creia que por medio de la adulacion habia de conseguir que Sancho le tratase con mas suavidad de la que esperaba, se adelantó á aprobarlo, y dixo: bien mirado tiene sobrada razon Sancho.—Volvamos, dixo este, á lo que estamos: díxome mi amo: ¿no has visto representar alguna comedia donde se introducen Reyes, Emperadores y Pontífices, Caballeros, Damas y otros personajes? Uno hace el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple; y acabada la comedia, desnudándose de los vestidos, quedan todos iguales. Sí he visto, le rospndí; pues lo mismo, dixo mi amo, acontece en la comedia y trato de este mundo; pero en llegando el fin, quita la muerte los ves-

tidos á los Emperadores, Pontífices &c., y quedan todos iguales. No puedo pasar adelante sin decir una cosita, y es esta: por cierto que mi amo era un sabio de primer orden; miren con que comparacion da un exemplo y desengaño á todo el género humano. No sé por qué moriria; ni por qué no habian de vivir eternos siglos hombres tales y que tanto saben. En fin díxome entónçes otras cosas que no debo aquí contar, ni vienen con la aventura, y con ellas me quedé dormido como un tronco al pié de un alcornoque.

Viendo el Cura que ya era tarde, y que segun se escuchaba Sancho, é insertaba á cada paso digresiones, duraria la Historia hasta el amanecer, y por otra parte satisfecho ya de que era verdad lo que le habian dicho, que no pare-

cia sino que habia cursado en Salamanca, segun la gracia y las voces cultas de que usaba, resolvió levantarse diciendo: vámonos á acostar, que dias y noches quedan para que Sancho acabe su narracion. Yo, Sancho, os lo agradezco, y os encargo que os aprovecheis del fruto que habeis sacado de tan buena compañía como tuviste: hizo lo mismo, y mas contento, el Bachiller; solo el Barbero, segun el gusto que tuvo en oírle, sintió que no hubiese seguido hasta el fin. Despidiéronse mutuamente, y cada uno tomó para su casa.

Al llegar Sancho como á quatro puertas de la suya le dixo un embozado: ¿quién va? atras: siguió sin embargo andando: atras, repitió el embozado, si nó le disparo un tiro. Suspenso quedó Sancho pensando en lo que habia de ha-

cer; y dixo luego entre sí, cata ahí un buen caso para mi amo: ya esta sería una aventura para mi señor. ¿Qué haré? ¿me volveré, ó seguiré adelante? Pero no, que en quanto me conozcan me dexarán pasar. ¿Y si ántes me echan á la eternidad? ¡fuerte caso! Atras, volvió á decir el mozuelo. Mire, dixo Sancho, que soy Sancho Panza: ¿qué, no me conoce? Á nadie conozco, respondió. Pues no, dixo Sancho, de algo me ha de servir el haber sido Escudero del mas valeroso Caballero que jamas conoció el mundo: determinó seguir, y al punto le rodeó una patrulla de mozos, que á no haberle en breve conocido, lo dexan por muerto, no porque no dexó de llevar algunos que bien le doliéron. Fué el caso que estaba uno de ellos hablando con su novia, y entónces no respe-

taban á nadie. Por fin pasó para su casa Sancho, y entró medio gimiendo. Teresa, que le esperaba, saltando en quanto oyó que se quejaba, le preguntó qué traía. ¿Qué he de traer? respondió Sancho, que tambien sin andar de Escudero se topan malas aventuras. Contó lo que le habia pasado; consolóle Teresa, y se fuéron á acostar. Consultáron si darian ó no darian queja al Alcalde: Teresa queria; pero Sancho la dixo: muger esas son cosas de la juventud: ya los palos que he llevado no me los quita Sta. Quiteria; y por mucho que me sobre la razon todos lo tendrán á mal: pierdo entónces algunas amistades, y quizá la Alcaldía en el año que viene. Conformóse Teresa, y se fuéron á acostar.

*De la impensada aventura que
tuvo Sancho Panza en la mañana
siguiente de la apaleadura
de los mozos.*

Hubiera Sancho dormido hasta las nueve del día si Teresa no le hubiera despertado. Sea porque estaba mullido de los garrotazos, ó por haberse dormido tarde, sintió infinito dexar la cama. En un instante se le metieron en la memoria los buenos días que había pasado al lado de su amo, la vida poltrona que llevó todo el tiempo que fué Escudero, y allá entre dientes decía: mal año para el que diga que es mejor ser Labrador que no Escudero de un Caballero andante. No entendió Teresa lo que Sancho

decia, y le preguntó qué estaba murmurando, y si le faltaba algo: ántes me sobra mucho, respondió.—¿Pues qué te sobra? preguntó Teresa.—Poca gana de ir á trabajar, respondió Sancho.—Ay hijo, no tiene remedio; no te dexó tu padre otro caudal que el que tus brazos ganasen. Con esto se levantó, tomó su azada y alforjas, y se fué al campo. Habria andado como cosa de media legua quando encontró á un Gitano que seguia el mismo camino, montado sobre un asno parecido en todo y por todo al jumento de Sancho: como habia el tal Gitano salido de la Aldea, creyó al instante que aquel era su asno, y que el Gitano se lo habia robado. Efectivamente no lo tenia el Gitano muy bien habido. Miraba Sancho el jumento de cabeza á pies, y cada vez se cercioraba mas

de que era el suyo. Ya que no le quedó duda en que lo era, dixo al Gitano: amigo ¿por dónde ha habido Vmd. ese jumento?—Le compré, respondió, en la Venta que está en la banda de allá de la Aldea. Apéese Vmd., dixo Sancho, que si mal no me engaño, ese animal es mio. En eso estaba pensando, respondió el Gitano; y dándole con el estimulante echó á correr: mas se sospechó Sancho que el Gitano le habia robado el jumento; echó á correr tambien dándole voces y llorando. Una legua, y mas, llevó al pobre Sancho de carrera diciéndole: ladron, perro, ese es mi jumento. Se cansó ántes Sancho que el jumento; y ya serian mas de las nueve quando lo perdió de vista.

Aquí fué quando, como desesperado, se retiró y tendió sobre unas

verdes yerbas maldiciendo su fortuna; aquí fué quando le viniéron á la memoria todas las aventuras de su amo Don Quixote; aquí fué donde tornó el llanto, y se le renovó la herida de la muerte de su señor, y en fin aquí fué donde sin consuelo se lamentaba de su desgracia: dos horas quando ménos estaria revolcándose como perro rabioso, hasta que ya, sea la hambre ó la sed, le hiciéron que se levantase, y se fuese á su casa. Mas de la una era quando Teresa le vió entrar tan demudado y desfigurado que apénas le conocia. ¿Qué traes Sancho? ¿qué tienes? ¿qué te ha sucedido, que vienes á esta hora del trabajo?—¿Qué he de traer? respondió Sancho, mis desdichas: que me han robado el asno, y he corrido mas de dos leguas tras del Gitano que lo llevaba, y al fin cor-

ria mas que yo, y lo perdí de vista.—¿Sancho estás loco? dixo Teresa: si el asno está en el pesebre, ¿cómo te lo han de haber robado? Levantóse Sancho, y visto que estaba allí dixo: ¡ay desdichado de mi! es verdad que ahí está. Vaya que yo estaba loco. Muger, se parecia tanto, que ya se ve, hubiera jurado que era el mismo que veo. ¿Quién me lo habia de decir? Ahora confieso que no es extraño que los hombres hagan tantos desbarros. Ahora veo que mi amo no se alucinaba de balde tomando por gigantes los molinos de viento, por castillos las ventas, y tantas visiones como tuvo. Lo peor del caso es que me he cansado, he perdido el jornal, y me he desesperado por tanto como nada. ¡Lo que somos, Teresa! ¡Yo no sé en qué fundamos el saber, la soberbia y la va-

nidad! Corrido estoy.—Lo que se puede sentir, dixo Teresa, es el jornal, que lo demas á qualquiera le sucede.—Dices bien; al mas pintado le sucede otro tanto. Lo peor del caso es que ni aun he almorzado ni comido. Con eso lo harás todo de un golpe. Comió Sancho, haciendo á cada bocado un visage, y á cada trago una admiracion.

Despues de un rato de haber comido tomó su capa, y se iba á la calle: luego que lo vió Teresa le dixo: ¿dónde vas ahora?—Á dar una vuelta, respondió Sancho.—Vos, Sancho, no teneis vergüenza, le dixo Teresa: ¿no veis que han de decir si os ven paseando en dia de trabajo? Quitaos esa capa; cada vez parece que teneis ménos reflexion.—Dices bien, dixo Sancho. Se quitó la capa, y se puso á re-

mendar los arreos de su perdido y hallado asno.

Acertó á pasar en aquel mismo dia una partida de tropa que iba de bandera, y alojaron en su casa á un Soldado, para que pasase allí la noche. No habria dado seis puntadas quando llegó el tal Soldado: patrona Dios guarde á Vmd; aquí vengo alojado, segun dice la boleta.—Sea enhorabuena, dixo Teresa. Entre Vmd., que mi marido le señalará el quarto.—Sea bien venido, le dixo Sancho.—¿Es Vmd. el patron? preguntó el Soldado.—El mismo soy, respondió Sancho.—Me alegro, respondió el Soldado: ¿hay buen vino en este Lugar?—No es muy malo, dixo Sancho; pero, amigo, caro.—Venga pues una azumbre.—Muger parece que es de humor el señor.—Sí lo soy: sepa Vmd. que nos hemos depasar una

buena noche: acá no hay dolores: siempre me sobra á mí una peseta en el bolsillo para gastarla con mis camaradas. Dígame Sr. patron...— Déxese Vmd. de señorías, dixo Sancho.—¿Ha servido Vmd?—Sí señor, mas no de Soldado, sino de Escudero de Caballero andante, que viene á ser lo mismo. Eche Vmd. vino, patrona: viva esa cara de rosa. Dexadme jugar esta mano, y luego hablaremos. Echóse su vaso de vino entre pecho y espaldas, y lo mismo hizo Sancho. Cogió el Soldado el jarro, llenó el vaso, y se lo daba á Teresa. Aunque tambien lo chiflaba, se hizo de rogar; y Sancho, para que le tocase mejor parte, decia: no lo bebe.—¿Cómo no lo ha de beber? dixo el Soldado: ea, señora, beba Vmd., y muérase quien quisiere. Sepa Vmd. que es verdad, prosiguió el Soldado,

que no hay mucha diferencia del Soldado al Escudero: pero, amigo, no nos cansemos, aquello de que en dos por tres se ve uno Capitan, y que ayudando la fortuna puede uno llegar muy bien á General, es mucho cuento.—Poco á poco, dixo Sancho, que tambien por la via escuderil puede uno llegar á serlo. Pues aquí donde me ve llegué á Gobernador.—Bien se conoce, dixo el Soldado, segun le luce el pelo.—Que lo diga mi muger.—Dexémonos de disputas; vaya otro trago.

En sus glorias estaba Sancho, y no sabia con que obsequiar á su camarada: fuese este á ver el Lugar, y quedáron solos Teresa y Sancho. ¿Qué dices, Teresa, de la alegría y buen humor de nuestro, buen huesped? Créeme, no hay vida en el mundo como la que se papa

el Soldado y el Escudero.—Dexadme, Sancho, no hay vida como la del paisano que asiste á su trabajo, y cuida de su familia, y no que el Soldado hoy aquí, mañana allí, nunca tiene hora de sosiego, y en diciendo á la guerra, no hay que pensarlo.—Vete ahí como no lo entiendes; en eso está lo sabroso de la vida militar y escuderil; y si van á la guerra, y se exponen, para eso son los ascensos: quando mas que lo que puede suceder es morirse; y has de saber que cada uno tiene la hora señalada; y morir de un tiro, ó morir de una enfermedad, todo es morir.—Lástima es, dixo Teresa, que vos no senteis plaza.—Oyes, respondió Sancho, si no me viera con tantos años, y no fuera casado, allá iria volando, porque sé que no hay vida como ella. Y si nó mírate en ese espe-

jo: mírame á mí, y mira á ese Soldado; ¿qué diferencia hay de uno á otro? lo mismo que de la noche al dia. Mira, muger, se pasará ahora una temporada miéntras esté de bandera; que ni el Duque de Osuna; bien vestido, bien comido, y quatro reales en la faldriquera, sin sujecion de guardias, ni mas cuidado que de enganchar.— Eso será ahora, ¿y luego?— Luego en siendo hombre de conducta, puede hacer fortuna; porque hoy le hacen Cabo, mañana Sargento, y al otro dia Oficial: cáta-lo ahí el pan asegurado: ademas de eso, ¿á dónde irá el buey que no are? Peor es mi carrera, jamas prome-te esperanzas; porque, no nos cansemos, los que tienen alguna cosa lo heredaron de sus mayores.— Como esos conozco yo, dixo Teresa, que hace treinta años que sirven,

y se están como entraron: en todo es menester fortuna.—Lo mismo digo yo, respondió Sancho.

En este coloquio estaban quando llegó el Militar mas alegre que unas Pasquas: es el caso que entró con otro camarada en la taberna, y á un dos por tres catequizó á un mozuelo. Llevóle en casa de la patrona; y al entrar dixo á Sancho: patron, mire que granadero he reclutado. ¿Pregúntele Vmd. á mi patron si no es verdad que no hay vida como la nuestra? No esperó Sancho que le preguntase, porque al momento habló tales y tantas cosas á favor de la Milicia, que fué por demas, y es porque vió que traia la bota bien surtida, mas de dos libras de queso, una hogaza de pan, y si mal no me engaño unas sardinas saladas. En un dos por tres se puso la mesa, cenaron

todos en amor y compañía, y vino á resultar, con aprobacion de todos, por mejor carrera la de las armas que otra alguna.

Muy de mañana se levantó el Soldado, llamó al patron y á su recluta, fuéron á echar un trago de aquel que raspa la garganta, y Sancho se fué al campo, y el Soldado y recluta á su camino.

Tres dias siguió Sancho sus tareas, y en las quatro noches no se habló de otra cosa en la tertulia del Cura, Bachiller y Barbero que de lo que habia ganado Sancho en la compañía de su amo: la última noche, que era Sábado, se conviniéron en asistir á la sólana á la hora en que Sancho refiriese á sus camaradas la aventura, cogiéndolo de sorpresa: así lo executáron, como luego se verá.

Todos los oyentes que habia te-

nido Sancho el Domingo anterior fuéron muy temprano á la plaza para esperarle: á estos se agregáron los que no le habian oido, y recibiéron á Sancho como recibirian á Demóstenes ó á Ciceron en Roma: asistiéron á su Misa, y luego se fuéron para la solana. Es de advertir que Sancho iba el último de todos; á su lado derecho el Alcalde, y al siniestro el Regidor decano: aunque casual parecia cosa á drede. No se le pasaba esto á Sancho; y con esto, y con durarle aun la alegría que ganó con el Soldado, llevaba dispuestos los casos para discurrir como un Séneca, y la lengua pidiente para hablar como un Caton. Ya tenia de antemano proyectado contarles la aventura del rebuzno, por aquello que diximos segun la gente el incienso. Sentáronse todos, calláron Si-

ros y Troyanos, y comenzó el famoso Sancho de esta manera:

Señores, la aventura que voy á referirles hoy es á mi ver la mas interesante de quantas tuvimos en nuestra vida de Caballeros andantes Don Quixote y yo: lo que la hace mas digna de la respetable atencion de Vmds. es el ser materia de gente como nosotros, esto es, de gente de Lugar y campesina. Oirán Vmds. cosas que no las habrán oido jamas: oirán, como digo, grandes cosas, originadas todas de un rebuzno de un asno. ¡Oh Dios! enemistades, guerras, y otras cosas que á mi ver puede compararse con las memorables guerras de Troya, dimanadas por una manzana.

Como el Cura, Sanson y el Barbero solo esperaban ver sentado al auditorio, al instante empezaron á

caminar, y llegaron á donde estaban. Levantáronse todos: el Cura les suplicó tomasen de nuevo asiento, y haciéndolo él tambien con la compañía, dixo: ya que la buena suerte nos ha traído por aquí, lograremos de este buen rato, si no ha de servir de incomodidad al Señor Sancho, y demas Señores.— !Incomodidad! ninguna, respondió Sancho. Lo único que se puede sentir es que la materia que he propuesto solo es propia de gente rústica como nosotros; y asimismo que mis toscas voces y estilo no pueden jamas llenar el gusto de Vmd. y compañía.—No creais eso, mi Sancho, dixo el Cura, gustamos mucho de oír vuestras producciones, que no son como vos las pintais. Proseguid vuestra aventura: á esto no quiso replicar mas Sancho; repitió lo que acababa de

decir, á mi ver con mas ayre y energía, porque no sé lo que se tienen los elogios, que animan, así como amilanan los desprecios; y luego siguió con estas mismísimas voces.

○ Pues, Señores, poco despues que dexamos la cueva de Montesinos, en donde contaba mi difunto amo (que en paz descanse) que vió cosas que á no decir las él no las creyera yo, mas que me lo mandaran sopena de la vida, nos dirigiamos para una Ermita: ántes de llegar á ella pasó por donde estábamos un hombre á pie caminando apriesa, dando varazos á un macho cargado de lanzas y de alabardas: al llegar á nosotros nos saludó, y pasó de largo. Don Quixote, llamado de la curiosidad de aquellas armas, le suplicó que se detuviese; mas el buen hombre respondió que

no podia, porque las armas que llevaba habian de servir al otro dia; pero le consoló diciendo que iba á alojarse en la Venta que está mas allá de la Ermita, y que en ella le contaria maravillas: conformóse mi amo; llegamos tambien á la Venta, que no le pareció castillo á D. Quixote; y allí, teniendo por senado y auditorio al page que con nosotros venia, al ventero, y á mí, comenzó de esta manera:

Sabrán Vmds. que en un Lugar que está quatro leguas y media de la Venta, sucedió que á un Regidor de él le quitáron un asno, y aunque el Regidor hizo todas las diligencias posibles por hallarle, no lo pudo conseguir. Quince dias serian pasados quando estando en la plaza otro Regidor del mismo pueblo dixo: dadme las albricias,

compadre, que ya vuestro asno ha parecido. Yo las mando, respondió el otro; pero sepamos donde ha parecido. En el monte, respondió el Regidor, lo ví esta mañana, y tan flaco que era compasion mirarle: quísele entrecoger y traérosle, pero está ya tan montaraz y uraño, que quando llegué á él se fué huyendo. Se conviniéron los dos Regidores en irlo á buscar: en efecto fuéron allá, y llegando al lugar y sitio donde pensáron hallarlo, no pareció por todos aquellos contornos. Viendo que no parecia, dixo el Regidor que le habia visto el dia ántes: mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la qual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, y es que yo sé rebuznar maravillosamente; y si

vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. ¡Algun tanto! dixo el otro compadre; por Dios que no le dé la ventaja á nadie, ni aun á los mismos asnos. Permítame Vmd. que haga aquí una reflexión y una pregunta, de la que el Señor Beneficiado me podrá desengañar. Es muy del caso; porque en tratándose de saber, todos queremos saber mas que nadie, como el tal Regidor de saber rebuznar como los mismos asnos. Es este un punto que me saca de quicio: hay hombres, como por exemplo yo, que ni sé leer ni escribir, y si se toca algun punto, aunque sea de la ciencia mas abstracta, allá voy á dar mi voto, y quiero que sea decisivo; y si se me dice que no lo entiendo, como me sucedió bastantes veces con mi difunto amo, quedo diciendo para mí: mejor que

Vmd. Algunas veces respondia á la mitad de la raya; y aunque mi señor me reprehendia, me decia: dices bien, Sancho; pero esta materia no es para tí. De esto vengo á inferir (y si nó, que lo diga el Señor Cura, que nos oye) que alguna cosa de allá de nuestros ánimos nos influye tales pensamientos.—La vanidad, respondió el Cura: proseguid vuestro cuento.

Al decir el dueño del asno que sabia rebuznar mejor que el asno, que es quanto se puede decir, respondió el otro: ahora lo veremos, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte, y yo por la otra, de modo que lo andemos todo de trecho en trecho: rebuznareis vos, y rebuznaré yo, que no podrá ser ménos que nos oyga, y nos responda, si es que está en el monte. Dióle un po-

co de tos á Sancho, y en este intermedio decian los oyentes unos á otros: ¡buena treta! Á esto respondió el dueño del jumento, prosiguió Sancho: digo, compadre, que la treta es excelente, y digna de vuestro gran ingenio. Dividiéronse los dos á un mismo tiempo, y los dos á un mismo tiempo rebuznaron; y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse pensando que ya el jumento habia parecido; y en viéndose preguntó el perdidoso: ¿es posible, compadre, que no fuese mi asno el que rebuznó? No, sino yo, respondió el otro: ahora digo, dixo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en quanto al rebuzno; porque en mi vida he visto cosa mas parecida. Siguió en fin Sancho con su aventura hasta llegar á su rebuzno, y á los palos que

le diéron, que fué la conclusion. Contentos se levantáron todos, alabando unos la memoria de Sancho; otros su gracia, y en fin cada uno lo que mejor le parecia. Lo que dexó sorprendido al Cura, al Bachiller y al Barbero fué lo concorde que Sancho andaba con el Historiador; y á la atencion con que le miraba todo el auditorio dixo el Cura: aseguro que no estarán tan atentos quando yo les predique. Á esto, respondió el Barbero: es cierto Padre; pero es menester que un Domingo hagamos que nos cuente la Novela del Curioso Impertinente.—No se acordará de ella, dixo el Bachiller.—Mal año si se acordará, replicó el Barbero.—Pues bien, el Domingo que viene, dixo el Cura, se lo pediremos.—Está bien, dixéron los dos: se despidiéron, y cada uno se fué para su casa.

No se hablaba en todas las casas de la Aldea mas que de Sancho: es indecible el crédito que iba tomando á medida que se pasaban los dias. En las conversaciones se medía; y así, sirviéndose á cada paso de la mucha doctrina que le habia oido á su amo, admiraba á quantos le habian conocido sin letras. Por último llegó á tanto el concepto que de su habilidad formáron, que con él consultaban los asuntos mas arduos desde el Alcalde hasta el último del Lugar: regalábanle á menudo, y con esto Teresa se llenaba de gozo, y Sancho pensaba mas en conservar su crédito que en la labranza. Para todo se llamaba á Sancho. Fué el caso que un labrador rico trató de casar á su hijo único con una señorita de otro Lugar, distante de allí seis leguas:

debían de asistir algunos sugetos de distincion á la boda, como por exemplo, otros Curas, algunos Frayles, varios Hidalgos, Médicos &c. El padre del novio pensó echar el resto en la boda. Es de advertir que echar el resto en los Lugares solo se entiende de comilona; pero queria al mismo tiempo que se sirviesen las mesas con finura. El pobre no sabia de mas de lo que se usaba en el Lugar, y de lo que habia visto en las bodas mas opíparas de los contornos; y no contento con esto, deseoso de mayor lucimiento, llamó á Sancho á su casa. Habiendo este ido le recibió con mil atenciones; lo primero y principal con el jarro, segun usanza de la Mancha, y despues que hubieron echado un trago en sana paz y union, díxole el labrador á Sancho: amigo, ya sa-

breis que voy á casar á mi hijo con fulanica. No ignorais la larga y crecida parentela de esta gente, y que los mas son gente fina. Yo bien sé que haciendo lo mismo que he visto en las bodas á que he concurrido desde que nací, que nadie tendrá que tacharme; pero los tiempos van siendo otros, y ya observo otro distinto trato: siempre he sido amigo de no ser ménos que nadie, á tiempo que tampoco quiero ser mas que nadie, porque á la verdad todos somos hijos de Adan, todos somos hermanos. Por tanto deseo de celebrar cumplidamente una boda tan á mi gusto, porque á la verdad mi hijo hasta en esto no me ha dado disgusto; y así quiero que Vmd. me haga el favor de dirigir todo lo que mire á comida, mesas, y tambien el bayle. Nadie puede mejor que Vmd. dexarme lucido,

y no hay que pararse en dineros.

Oido que hubo con mucha atencion Sancho el discurso, respondió lo siguiente: amigo, bien sabe Vmd. que deseo servirle, y que mi mayor complacencia está cifrada en servir de alguna utilidad á mis vecinos. Esto supuesto me encargo del asunto desde ahora; pero es de advertir que me he hallado en varias y distintas mesas. Le haré á Vmd. una pintura, aunque sucinta, de cada una, y Vmd. elegirá la que mejor le acomode; porque, amigo, siempre he deseado acertar, y no me gustará que luego me anden cortando sayos; porque á la verdad despues que han llenado grandemente la panza, y si se descuidan las faldriqueras, salen tachando mil defectos: soy muy amigo de que no se me ponga pero en mis cosas; y mucho mas quando

Vmd. está en ello mayormente interesado; pues aunque no se diga que yo corro con la direccion de ello, siempre se trasluce. Tuve la gran fortuna de hallarme en las bodas tan celebradas del rico Camacho, que luego se trasformaron en las de Basilio. Allí se viéron teneradas, carneradas y calderazos, y todo, como se suele decir, á borbollon; pero sin orden, sin arreglo, sin lo que se llama finura. Asistí en casa de un labrador, que á la verdad era discreto, y que su mesa no era tan desgraciada; pero servia primero lo que se llama principios, y en la Corte llaman entradas; venia luego la sopa, y lo último, ántes de los postres, era la olla. Tuve luego el honor de presenciar por muchos dias la mesa de unos Señores Duques: allí se podia ver finura, arte y delicadeza, aseo,

prontitud, servicio, exâctitud y órden en todas las cosas ; pero me incomodaba el ver aquellos platos de comida, y mucho mas el que salian de la mesa tan vírgenes como habian entrado. Por último estuve en Barcelona en casa de Don Antonio Moreno, cuya mesa, á mi corto entender, puede servir de modelo á quantos convites se hagan en el orbe. Si Vmd. no tiene que hacer le haré una corta descripcion.— Recibiré mucho gusto, respondió el labrador.— Pues bien, una hora, ó mas, ántes de comer se preparaba la mesa en los términos siguientes: cubria las tablas un lienzo albo como la nieve, labrado de varias labores, fabricado en aquella industriosa Ciudad: en distancias estaban extendidos en el medio otros tres ó quatro, blancos tambien como el alabastro, pero de

distintas labores: estos se ponian para colocar sobre ellos las fuentes llenas de comida á fin de preservar el mantel: luego estaban colocados al rededor de las mesas otros lienzos finísimos doblados, formando distintas figuras, segun el número de personas que debian de comer; estos estaban sobre platos de loza superfina: al lado de ellos se veia un azafate con una taza regular, un vaso, y dos ampollas de cristal, una con agua, y otra con vino, y al izquierdo la cuchara, el tenedor y cuchillo: en otras ocasiones en lugar del azafate ó servilleta solo se ponía una taza mediada de agua, y metida dentro una rica copa de cristal; en el medio estaban atravesados dos ó mas cucharones de plata. Las sillas puestas tambien con mucho orden: junto á la grande mesa ha-

bia tambien otra con un rico paño para tener á mano los sirvientes todo el servicio que debia mudarse al renovar la mesa, como platos, cubiertos &c. Puesto y colocado así, daba gusto de mirar las mesas.

Quatro ó seis minutos ántes de llamar se ponian en sus respectivos puestos las fuentes de olla, y á sus lados las soperas con dos ó tres géneros de sopa tapadas con sus coberteras; y en tiempo de verano no se destapaban hasta que estuviesen dos ó mas sirvientes espantando las moscas con unos que llaman en Cataluña *vantalls*. En la puerta del comedor estaba un page con un jarro, una palancana, y una fina toalla para el que gustase de lavarse las manos, y luego el mayordomo avisaba á su ama de estar ya pronta la comida. Sirviendo este que llamaban primer

cubierto, entraban los cocidos, que quiere decir varios guisados diferentes, ya de aves, ya de carnes diversas.....—No se moleste Vmd. mas, Sancho, dixo el labrador; me contentaré con lo que Vmd. vió en casa de los Sres. Duques.—Atienda Vmd.; dixo Sancho: no era mucha la diferencia, y esto era porque estaban en el campo, que en la Corte seria lo mismo.—Siempre he sido amigo, dixo el labrador, de ponerme en un medio; y por tanto vea Vmd. el que se puede dar segun la escasez de manjares que ofrece la Aldea, que con eso pienso cumplir.—Está bien, dixo Sancho: ¿para qué dia debe hacerse la prevencion?—Para de aquí en quince dias, que es el plazo señalado por las dos partes.—Está bien: poco á poco; no se ha hablado del bayle, dixo Sancho.—Todo lo dexo á

vuestro arbitrio, respondió el labrador.— Quedamos acordados: yo desde mañana trabajaré en pensar el modo de que quedeis lucido.— Eso pretendo, dixo el labrador. Despidióse Sancho, y quedó contento el padre de la novia. Tres dias se pasó Sancho en meditar el arreglo, órden y surtido de las mesas y bayle, sin que por esto faltase á su trabajo: acredíteme yo ahora, decia para sí, de modo que cobre fama, que despues me podré echar á dormir. Ya el año va espirando, y si consigo que me hagan Alcalde, vaya lo uno por lo otro: vaya la Alcaldía por el Gobierno, y por cierto que mas vale ser Alcalde de monterilla, que Gobernador de peluca. Aquí, como que comeré en mi casa, no ha de venir otro Médico endemoniado como D. Pedro Recio de Tirte-afuera

á tocarme los platos con la vara, ni á cuidar de mi salud. Es cosa bien singular el error en que viven las gentes: fundan en los Médicos la esperanza de su salud, sin que los saque de este error el ver que ellos mismos no pueden ser para sí, para sus padres, hijos, ni amigos: ¿á quién se le oculta esta reflexion? Si los Médicos poseyeran la ciencia de curar á los demas, se curarian á sí mismos; y como que en sí mismos ven lo que pasa, ó lo que puede dañarlos, ó haberles hecho mal, aplicarian las medicinas que saben. Un carpintero que sepa trabajar una pieza para otros, la sabrá trabajar para sí: el Abogado que sepa defender una causa agena, sabrá defender una suya, como sea de la misma naturaleza: y por último todo facultativo ó artesano, que sabe trabajar para otros, sabe

trabajar para sí. De ahí vengo á inferir que los hombres se dexan engañar porque quieren: porque ¿qué razon mas fuerte para no creer á tales gentes como el Doctor Pedro Recio? Esto mismo decia en alta voz en su casa en una ocasion que estaba solo. Oyólo Teresa, á lo ménos que estaba murmurando, y le dixo: ¿qué estás hablando?—Nada, Teresa, respondió. Aquí estoy en unos momentos para quando me hagan Alcalde.—Alabo vuestras creederas, dixo Teresa: tal vez en lo que ménos se piensa sea en eso.—Calla hija, ¿qué sabes tú lo que puede suceder? Lo cierto es que ya tengo ganados los corazones de todos.—Bien está, Sancho, dixo Teresa; pero si tal sucede creo sereis Alcalde de contemplacion, y que así cada uno hará lo que quisiere.—

No lo creas; yo sabré conducirme de modo que todos estén contentos: y luego, desde el principio se hacen los panes tuertos ó derechos. Á esto dixo Teresa: á la hora que no tengais el trato familiar que hoy, se acabó todo lo que os quieren.— Mira, tonta, has de saber que entre las muchas cosas que aprendí de mi amo fué esta. Mira, Don Quixote á veces me trataba como á hijo, y á veces como á esclavo; y era conforme pedian las circunstancias, y no por eso dexé de amarle, y si no quando me descargaba el lanzon sobre mis costillas, quando me trataba de vil, de mentecato &c. Sepas, Teresa, que el modo de que no dexen de quererme es el de la justicia, que no doble la vara alguna vez; por eso quiero que sea de box, y de quatro dedos de grueso; y con que

vean esto, sabrán que no hay esperanza.—Dios lo haga, dixo Teresa.

Estando en esto tocó á la puerta el novio; y preguntó Sancho: ¿quién es? ¿quién es? volvió á preguntar.—Yo soy, ¿qué no me conocéis?—Ni por eso, dixo Sancho; abrió su puerta, y al entrar el novio volvió á decir: yo soy, ¿qué no me conocéis, Sancho? el hijo del Señor Antonio.—¿Qué se ofrece? volvió á preguntar Sancho.—Mi padre que hagais por ir allá.—Está bien; allá voy, dixo Sancho. En efecto fué á casa del Señor Antonio, y este le dixo: Sancho mire Vmd. que se pierde tiempo, y así es menester que desde mañana empecéis á disponer las cosas.—Está bien; mande Vmd. por una ternera, un par de carneros, machos, capones, quatro pavos y dos pavas, un

cerdo, un lechon; y yo pasaré á los pueblos del contorno á recoger perdigones, conejos, alguna liebre, y toda la demas caza que juzgue necesaria.—Lo primero, dixo el labrador, lo tengo de mi cosecha; lo demas tomad esos reales, y empleadlos á vuestro albedrio.—Tambien desde hoy podreis ir acopiando fuentes, platos, jarros, y toda la loza posible: ¿teneis manteles y servilletas?—Nada, Sancho; acá nos servimos de un pedazo de lienzo casero; ni creo que hayga otros en la Aldea que los de la Iglesia. Pero esperad, que se pueden hacer: ahí tengo tres piezas de lienzo que han hilado mi muger y la criada en este invierno pasado, ellas podrán servir.—Está bien, dixo Sancho: á la vuelta yo lo dispondré. Fuese Sancho mas contento que unas sonajas para su casa; mostró

á Teresa el dinero, y de camino la dixo: ea, Teresa, ya hasta que se acabe la boda no voy al campo: mañana, siendo Dios servido, me voy de Lugar en Lugar buscando lo que es menester; y aunque no vuelva en tres dias, no tengas cuidado; yo te mandaré aunque sea lo que me den de ñapa. Teresa le dixo entónces: no siento, marido mio, sino que con estas andanzas habeis de perder el poco amor que teneis al trabajo.—¿Qué quieres hija? bástame haber sido Escudero de Caballero andante. No te dé pena; reniego del oficio que no da de comer á su dueño. Acostáronse en paz Teresa y Sancho; y ya hacía Teresa que Sancho dormía quando le dixo: ¿naturalmente el Señor Antonio os abonará el jornal?—Eso déxalo á mi cuenta, dixo Sancho; yo me lo abonaré; en

buena mano está el pandero: duermeme hija, y no pases pena. Pasóse otro rato, y volvió Teresa: cuidado, Sancho, que mires bien lo que comprais, no os encajen gato por liebre, y llevad muy bien la cuenta.—Dices bien, Teresa. Para eso no habrá otro como mi amo Don Quixote: jamas me preguntó lo que habia gastado.—Pues no lo esperéis del Señor Antonio, porque tiene fama de bien agarrado; así ha hecho el caudal que tiene. He oido decir que en un mes gasta en alumbrarse una panilla de aceyte.—Estará á obscuras, replicó Sancho.—Pues mas dicen, dixo Teresa, que siempre está llorando, y que en su casa no se ha comprado jamas un ochavo de yesca.—Irà para encender fuego en casa á pedirlo en la vecindad.—Ya se ve, dixo Teresa, y siempre se llevan

el mejor tizon. Sancho, cuidado con las cuentas, por Dios, no sea que vaya á costarte cara la boda.—

Bien, muger, duerme, dixo Sancho. No dexáron de hacerle impresion las advertencias de Teresa. En toda la santa noche durmió: acordóse que en verdad tenia el tal Señor Antonio fama de miserable, y que por ahí podia perder. Muy de mañana se levantó, y diciendo: la gala del nadador es guardar la ropa, se fué á casa del Señor Antonio, y le dixo: vengo á prevenir á Vmd. que yo no sé escribir, y soy algo flaco de memoria, y que supuesto que despues Vmd. me ha de pedir la cuenta, y yo no la he de poder dar, mejor es que envíe Vmd. á otro; aquí está el mismo dinero que me entregó.

¿Es posible, Sancho, replicó el Señor Antonio, que os pareis aho-

ra en eso? idos enhorabuena á lo que está dispuesto, y dexaos de cuentas, que real mas ó real ménos no por eso habemos de reñir.—Vuelvo á decir á Vmd. que tengo muy poca memoria, y que soy algo escrupuloso: mi Señor D. Quixote jamas me pidió la cuenta.—Seguid, Sancho, vuestro camino, y no seais tan desconfiado: bien sé yo á quien he entregado mi dinero. Fuese con esto mas contento Sancho; pasó á despedirse de Teresa, montó en su asno, y tomó su camino.

Quatro dias habia con quatro noches que el Cura, el Bachiller y el Barbero no veian á Sancho; deseaban ya un rato de conversacion, y así aquella noche, quando consideráron que ya habria venido de su trabajo, pasáron por su casa, tocáron á la puerta, salió Te-

resa, y la preguntáron por su marido.—Padre Cura, respondió aquella, esta mañana salió con comision para el Señor Antonio, el que casa su hijo con Casadrija, la hija del labrador Torrubbio: ya eso lo sabrá Vmd.—Sí lo sé: ¿y qué comision es la que lleva?—Fué el caso que consultó con él el modo como habia de portarse en la boda, y le ha mandado por perdigones, liebres, y todo lo demas.—Me alegro, dixo el Cura: ¿y le habeis dicho que cuidado con la cuenta?—Sí señor.—Pues á Dios que se la depare buena. ¡Lo que es cobrar una mala opinion! Fueronse. Teresa quedó confusa, y el Bachiller, que vivia inmediato al Señor Antonio, y sabia lo cicatero y miserable que era, les dixo al Cura y al Barbero: pena me da de ver metido al pobre de Sancho con ese

hombre: él es bueno; pero por un maravedí es capaz de reñir con el padre que lo engendró.—No le conoce Vmd. como yo, dixo el Barbero; el peor trigo que cojo en el año es el de su merced.—Sí, dixo el Cura, tiene fama de miserable; pero yo no he oído nada á nadie.—Es muy cierto, dixéron ámbos.—Pues vean Vmds. que ya es injusta esa mala fama que le atribuyen: á mí me ha parecido siempre un buen hombre.—Pues en toda la Aldea, y fuera de ella, dixo el Barbero, tiene la misma opinion.—No es de extrañar eso, dixo el Bachiller: si Vmds. gustan les referiré un caso sucedido en Lima quasi de la misma naturaleza; y por cierto que lo ha contado un sugeto digno de toda verdad, que se hallaba en aquella Ciudad quando sucedió.—Cuéntelo Vmd. en

buena hora, dixo el Cura.

Hallábase en Lima un comerciante muy rico y poderoso. Todo Lima le consideraba por un avariento, y no le conocian por otro nombre sino por *el Judío*. Habiendo enfermado gravemente hizo testamento, y puso una cláusula concebida en estos términos: „Item, „dexo mil pesos al Orador que, estando de cuerpo presente, subiere al púlpito despues del Evangelio, y dixere solo estas palabras: *Ya murió el Nazareno de Lima.*” Efectivamente murió, se le hizo un entierro grandioso, de modo que asistió á él lo mas de la Ciudad. Despues de cantado el Evangelio, subió el Predicador al púlpito, y dixo: *Señores, solo he venido á noticiaros de que este que veis aquí difunto es el Nazareno de Lima.* Baxóse el Padre, rom-

pió en llanto todo el concurso, de modo que de pesar apénas quedarían una docena de personas en la Iglesia, con admiracion universal.

Fué el caso que el difunto en vida con mucha sagacidad, secreto y arte se informaba de las necesidades de las casas; y sabida, salia de noche vestido de Nazareno, con un farol en una mano, y en la otra una campanilla; llegaba á las puertas de las casas, tocaba su campanilla, y á renglon seguido decia en alta voz: *el Nazareno de Lima*. Como ya se sabia el fin con que llamaba, abria su puerta la gente de la casa, recibian su limosna siempre con arreglo á la necesidad; y luego se iba sin dar lugar á que le conociesen.

Bien se ve que no fué extraño el que se despoblase la Iglesia al oír que el difunto era el Nazare-

no que remediaba á los pobres. Vean Vnds. un caso, que puede ser que tal vez se parezca al que se está tratando.—No lo dudaré yo, dixo el Cura.—Pues Señores, dixo el Barbero, luego lo veremos; porque si no es lo que se dice, se verá conforme lo que hiciere con Sancho.

Holgábase Sancho grandemente recorriendo los pueblos, acopiando animales de pelo y pluma para la boda. Cada día le mandaba á su Teresa alguno de los que cogia de gracia; y á los quatro dias anocheció en casa del novio cargado de quanto se encontró en aquellos contornos. Muy contento le recibió el Señor Antonio, á quien Sancho entregó lo que habia sobrado, y se fué á su casa, donde le aguardaba Teresa. El dia siguiente volvió á casa del novio, pidió las piezas de lienzo, cortó sus mante-

les y servilletas, dispuso tablas y bancos con que formar las mesas, y todo lo demas que debia ofrecerse. En estas disposiciones y diligencias pasó los demas dias hasta la boda, en el que sirvió su mesa en los términos siguientes.

En primer lugar puso las mesas de la misma manera que queda dicho las habia visto en casa de D. Antonio Moreno, ménos aquello de las servilletas, taza, ampollas y vasos; porque dispuso que diez ó doce, entre mozos y mozas, no cuidaran de otra cosa que de dar de beber, cada uno con su salvilla con quatro vasos. Luego puso tres fuentes de olla, y á sus lados dos de sopa, una de pan, y otra de arroz; todo muy aseado, bien cocido y condimentado, aunque con solas las especias del pais, ajos, cebollas y pimenton dulce:

Luego viniéron otros tantos platos de guisados diferentes, tanto de vaca, como de ternera, gallinas, capones, perdices &c. : siguió despues de esto un número regular de asados de castas diferentes, y en medio un lechon, que ya tenia insulas de cerdo: acompañaban á estos ensaladas de todas clases, segun las ofrecia el tiempo. Coronó la obra un pastelón grande y dos medianos, que desde luego pesarian sus tres arrobas; punto en que me parece andubo Sancho toscó, pero reconvenido por qué lo habia hecho, satisfizo diciendo, que habia en ellos echado lo que habia sobrado de la prevencion, y que en esto se distinguian los pasteles de una boda á los de otra funcion: concluyó con un sin número de postres de diferentes géneros.

Para coronar la obra habia dis-

puesto que se quitaran los manteles, y que se adornasen las mesas con varios frascos de vinos generosos de diferentes partes, y algunas fuentes de bizcochos ya cubiertos, ya por cubrir.

Fué indecible el gusto que significaban en la mesa; pero quando mas se echó de ver fué al brindar. No sabia yo que ya entónces habia este uso; y seguramente habria poco de su llegada, pues dicen que nos vino de los Alemanes; y esto sucedió poco despues de muerto el sin igual Cárlos V, primer Rey de este nombre en España. En los brindis, como digo, se verificó mayor la alegría, y al mismo tiempo luciéron allí los ingenios de algunos convidados.

Viendo Sancho que todo era beber y conversacion, dixo: Señores, vamos á decirles algo á los no-

vios. Vaya, Padre, le dixo á un Religioso semi-pariente de la novia, que dicen era algo Poeta. No se hizo de rogar el Padre, pues tomando el vaso quasi revosando en la mano, dixo la siguiente Cancion.

Ninguno á chistar se atreva,
 Présténme toda atencion:
 Mientras canto mi cancion
 No es justo que nadie beba.
 No fuéron mas celebradas
 Bodas algunas jamas;
 No reynó tanto la paz,
 Ni se viéron tan colmadas
 De comidas sazoadas;
 Y así digamos hoy todos:
Vivan eternas edades
Unidos aquestos novios.

Si el Señor las de Caná
 Bendixo con su presencia,
 Aquesta misma excelencia
 Disfrutamos hoy acá:

Nadie me lo negará,

Ni hay quien á tal se atreva:

Miéntras canto mi canción

No es justo que nadie beba.

Fué nombrada la opulencia

De Cleopatra y Marco Antonio;

Pero en ellas el demonio

Pudo tener influencia.

Acá es Dios el que presencia;

Por tanto digamos todos:

Vivan eternas edades

Unidos aquestos novios.

Toda la Mancha famosa

Celebrará la memoria,

Dando lugar á la Historia

De aquesta union gloriosa,

Que hoy celebra muy gustosa

La Iglesia de nuestra Aldea:

Miéntras canto mi canción

No es justo que nadie beba.

Y nosotros, que asistimos

Con tan singular union

Á tan célebre funcion,

Y que juntos exhibimos
 Parabienes á racimos,
 Es justo digamos todos:
Vivan eternas edades
Unidos aquestos novios.

Mucho celebraron la Cancion del Religioso; y en señal de ello se vaciaban los jartos, que era una maravilla. Sancho, allá entre baxo y alto, dixo: zape, que el Frayle traia estudiada la leccion. Oyólo el interesado, y dixo: sepa el Sr. Sancho, que no ha sido sino de repente; que de haberlo hecho de pensado, otra cosa fuera; pues aunque no soy ningun Góngora, ni Camoes, con todo entiendo algo de lo que son poesías.—Perdóname el Padre, que yo la hallé tan buena, que me pensé que la traia estudiada. Si esto dice de repente, ¿qué dirá de pensado?—Antes Vmds. me han de perdonar. Sin

embargo quedó el Frayle tan satisfecho, que deseaba oír á los demas, creído de que nadie le aventajaria; y dirigiéndose al Cura de la Aldea, le dixo: vamos, Padre, diga algo.—Amigo, si para hacer buenos versos es menester numen, ahora carezco de él, á lo ménos no le conozco.—Vamos, Padre, dixéron todos.—Para que Vmds. vean que no me hago de rogar, diré algo; y sepan que para estos lances tengo reservada la poesía: veamos si me sopla la musa.

Goza del Himeneo venturoso,
 Felices novios, las eternidades;
 Y disfrutad tantas de felicidades,
 Quántas ofrezca el Cielo piadoso.
 Colme amor á cada fruto hermoso
 De quantas gracias la naturaleza
 Produxo en bondad y en belleza,
 Y sea aqueste lazo el mas dichoso.

Esos bienes futuros celebramos,

Porque así lo anuncia nuestra
alegría,

Con que á vuestros padres lison-
jeamos:

Por tanto sellará este alegre día

Este licor con que alegres brin-
damos

Á los novios, padres, y la com-
pañía.

Celebráron todos con alegres vi-
vas y furiosas palmadas el Soneto:
dixéron otros quien coplitas, quien
quintillas; y luego salió el Bachi-
ller Sanson Carrasco con este Do-
mingo siete.

¿Qué diré, pobre de mí,

En vista de lo que he oido?

Musas acudid aquí;

Sopladme por este oido:

¿Me soplais? ahora sí.

Calle el universo mundo;
 Suspendan un corto rato
 Los vivas, y el eco grato
 De veras el mas yucundo:
 Dexen, que por San Raymundo,
 Eche mi quarto de espada,
 Diga mucho ó diga nada;
 Y pues ya silencio tanto
 Da principio á mi canto,
 Sigamos con la jornada.

A fe de Sanson Carrasco,
 Que no he visto en mi vida
 Mas opípara comida:

Nadie se llevará chasco;
 Y si en pintarla me enfrasco,

Armaráse tal jolgorio,

Qual en ningun desposorio

Se haya visto por jamas:

Voto á tal, y por San Blas;

Perdóneme el auditorio.

Cifrado llevo mi intento

En manifestar gozoso,

Que acompañó gustoso

A todos en el contento:
 Si hubiera bocas ciento,
 Mis vivas elevaria,
 Entonando de alegría
 Himnos al Ser infinito,
 Para que por fin y quito
 Eternice la compañía.

Por tanto, cantemos todos,
 Y celebremos, bebiendo,
 Bodas, que de tantos modos
 Felices van pareciendo
 Desde la línea á los nodos.

Chilló toda la comitiva la producción de Carrasco. Era tanta la alegría, que á no considerar que habrá otra mayor en la otra vida, se creerian muchos que á mas no podia llegar. Todos callaron en quanto á poetizar; pero no sé yo quién alborotaria á una vieja para que pidiese al patio que Sancho dixese alguna cosa: siempre las

viejas han de ser el despertador de los dormidos: ya Sancho se consideraba safo de la turbonada, y habia de salir la ochentona para aguarle la fiesta: así fué, pues apénas oyéron á la buena ó mala vieja, quando se encaráron todos con Sancho, y le suplicáron que dixese algo. ¡Pobre de mí! dixo, ¿qué puede decir un lego, y mas in verbo poesía?—Sí puede decir, dixo la vieja; y me fundo en que varias veces he oido decir que el poeta nace.—Sí, dixo Sancho, yo para porreta muy bien puedo haber nacido, mas no para poeta. ¿Qué sabe Vmd? le preguntó Sanson: empiece Vmd.; encomiéndose ántes á las Musas, y verá entónces como le soplan.—Soplado se vea Vmd., dixo Sancho. Pidiéronselo de favor los novios; y no pareciéndole bien negarse, dixo:

Señores, veré, por dar á Vmds. gusto, si con los versos que le oí á mi amo puedo juntar alguna trova que venga tan al caso, como decia mi amo, en paz descanse, de mis refranes. Pues he, ha, silencio.....Pero dexadme ántes pensar, que á fe mia que si soy poeta, no lo seré de repente. Ya, ya me acuerdo: silencio, atencion.

Es fuerza que á obedeceros
 Me sujete, temeroso
 De errar en lo escabroso
 De decir versos sinceros;
 Y pues ya que el complaceros
 Es violencia de la ley,
 Protesto á fe de mi Rey,
 Que escuchareis cosas tales,
 Que ni en vuestros arrabales
 Oiriais tal de un buey.

Cantó al son de la lira dulcemente
 Juvenal, en sus sátiras gracioso;

En griegas Odas Píndaro famoso;
 Oracio en las latinas excelente;
 En los Romances Góngora elo-
 quiente;
 En Jácaras Quevedo prodigioso;
 Jacinto Polo raro en lo jocosos;
 Y en los equívocos Cancer emi-
 nente.

Gigantes son del monte, en que
 sonoro

Niño parece el que alcanzar as-
 pira

Sobre ellos el castálido tesoro.

Yo, con el favor del que me inspira,
 Cantaré con mi voz, toda de coro,
 Quanto tañer pueda mi dulce lira.

¿Qué tal? ¿quién no dirá que
 soy poeta rematado? ¿Creen Vmds.
 que me soplan las Musas? Pues no
 lo crean, que todo es robado; cos-
 tumbre de los mas de los poetas,
 segun dicen plumas muy discretas.

A esto dixéron todos: siga, siga.
 Y Sancho respondió, encendido como una grana (ya se ve, tal espíritu le animaba): sí seguiré, pero todo de mi caudal.

Señores, me habeis mandado
 Diga cosas mas de ciento
 En verso limpio y mondado;
 Esperad tomaré asiento,
 Ya que me hallo levantado.

Las bodas del gran Camacho,
 Que tanto se celebráron,
 A la cima no llegáron
 De las de aqueste muchacho,
 A quien los cielos casáron.

La novia no conocia
 Sino por su buena fama;
 Pero su vista me inflama
 A decir con alegría
 Por mi fe que es bella dama.

De este parecer son todos
 Quantos aquí nos hallamos;

Y levantando los codos,
 A vuestra salud brindamos,
 Bebiendo de varios modos.

Esta es la sal de la boda;
 Lo demas todo es quimera:
 Muérase la envidia toda,
 Y Goliad con su cimera:
 Solo el placer me acomoda.

Remataré yo este canto
 Suplicando atentamente
 Rueguen al Omnipotente
 Que su matrimonio santo
 Siga en paz eternamente.

Todos iban á elogiar á Sancho; pero no les dexó diciendo: chito, silencio, Señores; oiganme Vmds. que me falta. Viva Sancho, decian todos: se desgañotaba Sancho, pero en vano; no se oian mas que voces de alegría, placer y contento. Uno se levantó por acá, otro por acullá, y quedó acabada la co-

mida, como dicen á capazos; pero rebosando en todos la alegría. No hubo mas café ni plus-café que los jarros y vasos de vidrio de Talavera; ni fué menester para que quedase completamente gustoso todo el concurso. Como eran ya las seis de la tarde tiró cada uno por su lado, y solo quedó Sancho dirigiendo su bayle, en verdad muy divertido, aunque no se baylaron mas que resaladísimas seguidillas, y algunos ratos de fandango. Lo particular y admirable de la boda fué que no hubo un disgusto, ni de quantos asistiéron quedó alguno quejoso. Todos ponderaban á porfia el buen surtimiento, el buen orden, y el aplauso general. Antonio, el padre del novio, estaba de gozo fuera de sí; y los novios, á qual mas contentos, daban manifestas señales de lo mucho que

agradecian á todos el favor. De todo esto estaba Sancho tan sobremanera alegre, que decia mil cosas que ahora no me acuerdo por ser tantas; y sí solo tengo presente que diria algunas mil veces: bendito sea Dios, que echó sobre mi boda su santa bendicion: esto tienen los casamientos que se hacen á gusto de todos. ¡Quanto dierra yo porque sucediese lo mismo quando case á mi hija Sanchica!

Acabado el bayle cogió Sancho á Teresa de una mano, y á Sanchica de la otra; se despidieron de todos contentísimamente, y se fueron, diciendo el labrador Antonio: hasta mañana, Sancho. Deciala este á Teresa: ¿qué te parece de mis disposiciones? ¿puede darse mejor fortuna? — Todo ha estado rebuenísimo. Dixo Sanchica: madre ¡qué bonita y bien ves-

tida estaba la novia!—Sí, hija, pero eso es para el día de la boda solamente, y para el día de la fiesta mayor de la Aldea. Mañana ya la verás de otra manera; aunque puede ser que como es fiesta se ponga la misma ropa. En estas y otras conversaciones llegaron á su casa; cenaron con algunas cositas que Sancho habia reservado, y se acostaron mas contentos que los muchachos con la tarasca del Corpus.

El día siguiente fué Sancho á ver á su amigo el Señor Antonio y á los novios; y despues de una larga conferencia le abonó aquel todos los jornales, y ademas le gratificó con un doblon. Fuese Sancho para su casa volando á llevar á su Teresa la buena nueva, y no quiso detenerse, sino que fué á participar al Cura lo bien que lo ha-

bia hecho con él el padre de los novios. Estaban con el Cura el Bachiller y el Barbero; y oído que hubieron lo que refirió Sancho, dixo el Cura: bien lo decia yo, que por mas que dixeran no me habian de obligar á creer nada del bueno del Señor Antonio. Vean Vmds. verificado lo que yo decia: no, no hay que fiarse de una mala voz.— Es cierto, respondiéron el Bachiller y el Barbero. Luego los tres elogiáron la conducta de Sancho en la boda, y su buena disposicion; y el Bachiller le dixo: desde ahora os encargo la funcion de quando me ordene.— Que será ¿quándo? preguntó Sancho.— Muy breve, si Dios quiere.— Eso creo que no querrá, dixo Sancho.— Pero ¿por qué? dixo el Cura.— Porque...— Vamos decid, Sancho, preguntó el Bachiller, ¿por qué?—

Vamos, dixo el Barbero.—Porque me parece que será quando la rana crie pelo.—No seais así, dixo el Cura á Sancho: de un gran pecador sabe Dios hacer un santo; quanto mas que no es tan malo ya Sanson. Válgate Dios, Sancho, ¿todavía os dura?...—No Padre, ántes me alegrara de verle hecho un anacoreta; y desde luego si tal sucede que se llegue á ordenar y cantar Misa, me ofrezco á servirle *gratis*.—Vivais mil años, dixo Sanson.—Lo dicho dicho, respondió Sancho, y se despidió. Todavía le dura á Sancho un poco de encono, dixo el Cura.—Bien sé yo por qué, dixo el Barbero.—¿Por qué? preguntó el Bachiller.—No se puede decir todo, dixo aquel. Decidlo, instó el Bachiller.—¿Sabe Vmd. por qué? porque supo que Vmd. estaba con los mozos que le apaleá-

ron noches pasadas.—¿Es verdad eso? preguntó el Cura admirado.— Sí lo es; pero yo no fuí quien le dí.—¿Veis? luego direis que os miran de mal ojo. ¡Qué bien visto estará que un Bachiller, que piensa ordenarse, se ande de noche de esta manera! Vamos que no pensais bien, Sansón mio.—Y lo peor es, dixo el Barbero, que juró que si lo hacen Alcalde, le ha de ir á los alcances.—Así lo creo, dixo el Cura. Sansón sentad ese juicio: mirad que perdeis mucho.—Yo prometo, dixo el Bachiller, que me enmendaré.—Dios lo haga, dixo el Cura; y cada uno se fué para su casa. Al llegar Sancho á la suya le preguntó Teresa de dónde venia; y respondió: de dar la noticia al Cura de lo bien que se ha portado el labrador Antonio; y añadió: ¿ves, Teresa, quan fácilmente se

quita la reputacion á un hombre de bien? Tambien tú me llenaste la cabeza de desconfianza.—Yo te lo dixé, respondió Teresa, porque en el Lugar no corre otra cosa; y la voz del pueblo es voz de Dios.—Pues ya ves que esta es del diablo; y que no se debe dar crédito á todo lo que se dice, mas que lo diga todo el Lugar, y aun todo el mundo. En estas materias es menester ver y creer, como dixo Santo Tomas; y aun viendo tampoco se puede fiar, porque bien sabes que ahora dias me creí que era mi asno aquel sobre el qual iba montado el Gitano, y me engañé.—Dices bien, Sancho, dixo Teresa, y de hoy para en adelante no tengo de ser tan ligera de creederas.—Oyes, la instó Sancho, tened entendido que eso mismo es lo que nos manda nuestra santa Ley.

HISTORIA

*de la sonada aventura de Sancho,
en donde verá y leerá el lector
cosas nunca oidas.*

Toda la Aldea, desde el Cura, el Alcalde, hasta el mas infeliz gañan, se hacian lenguas en la hora y punto que se hablaba de lo entendido que era Sancho. No se meneaba cosa en el Ayuntamiento sin consultarla con él; ni se movia una paja en casa alguna que no fuese Sancho consultado. Tuvo acierto en todas las resoluciones; y en esto mismo hacia que resonase el clarín de su fama. Esto, junto con el tono humilde, sin baxeza, con que Sancho hablaba con todos, la pron-

titud con que los servia, y asimismo el agrado y la afabilidad con que trataba á todos sin distincion, le ganó tal confianza que ya nada se hacia bien hecho que no viniese resuelto, dispuesto y ordenado por él. El obsequio y tanta confianza fué poquito á poco engendrando en su corazon un tanto de orgullo y vanidad; bien que lo tenia tan reservado, que en el Lugar nadie lo pudo conocer, sino su Teresa, que no pocas veces se lo habia á su modo censurado, y le dixo en varias ocasiones lo siguiente: segun voy mirando, ¡ó Sancho! se me trasluce que vais echando un poco de soberbia: cuidado con ello, porque si llegan á conoceros este defecto los Hidalgos del Lugar, me temo que no acabará en bien esa buena ventura que ahora teneis de ser querido de

todos. Sancho negaba á pie juntillo, y procuraba reprimirse en quanto le era dable, no por virtud, sino temeroso de que sucediese lo que anunciaba su muger. Por algun tiempo puede estar encubierta ó dormida esta pasion; pero siempre llega caso en que se descubre, porque es como el fuego, que por oculto que esté, siempre halla el humo respiradero: así fué en Sancho, como veremos en adelante.

Tenia el Ayuntamiento de su pueblo no sé qué diferencias con otro, que estaba distante como cosa de dos leguas. Para no entrar en un pleyto resolvieron entablar composicion; y para el efecto el Ayuntamiento del otro Lugar escribió al de este que enviase un apoderado para discurrir el punto, y ver el mejor modo de transarse. Para este efecto resolvieron

enviar á Sancho con todos los poderes competentes, y con una credencial, avisando al otro Ayuntamiento que quanto Sancho hiciese lo daban por bien hecho. Instruyéronlo en todo y por todo de las circunstancias y fundamentos del caso, y del derecho que les favorecia; con lo qual partió Sancho mas hinchado que un Embaxador de Constantinopla.

Salió de la Aldea con su buen compañero el jumento, y en el camino tenia este soliloquio poco mas ó ménos, y con sola la diferencia de alguna voz; que nada importará, como sea lo mismo en la substancia: ¡Qué es esto que por mí pasa! ¡Yo, de Enviado plenipotenciario! ¡Yo, sin letras, encargado de la confianza de todo un pueblo! ¿Quándo, ó de á dónde podia esperar tanta gloria y honor tanto?

Bendito seas, D. Quixote: á tí te debo tanta ventura: tú fuiste el maestro, el piloto que conduxo tantos años esta pobre nave para que ahora viniese á hacer viages tan honrosos. No puede ménos que gozar de aquellos eliseos en donde todo es paz, gusto y contento. Ahora solo resta, para verme colmado de gloria, salir bien de este empeño. Vamos á hacer memoria de los encargos que me hizo el Ayuntamiento, y de los consejos de mi muger Teresa, que por cierto, aunque mugeriles, son dignos de que no me aparte de ellos ni el canto de una uña. En estas meditaciones y recuerdos iba Sancho, que parecia que volaba, segun lo apresurado que llevaba el paso su jumento, cansado de descansar en tantos dias como duró la boda: llegó en un santi-amen Sancho al

citado pueblo; y lo mismo fué verse ya á la entrada de la primer calle, quando comenzó á hincharse como un pavo. Quando llegó á la casa del Alcalde estaba de tal manera soplado, que parecia un sapo, ó un herizo pescado. Apénas podia hablar: sin apearse llegó, tocó, y salió la Alcaldesa preguntándole quién era, y á qué venia. A lo que él respondió, soy Sancho, enviado del Ayuntamiento de mi Aldea para asuntos capitulares. ¿Está en casa el Señor Alcalde?—No señor, dixo la Alcaldesa; está en Misa: y sin decir mas se metió para dentro sin esperar mas razones. Sancho quedó alabando el paradero del Alcalde, y diciendo: ¡qué poco entiende de atenciones esta Alcaldesa! bien se conoce que no sabe quien soy: montado se mantuvo cerca de una ho-

ra sin resolverse á baxar. De las casas vecinas solian las mugeres sacar cada rato la cabeza, y viéndole siempre sin apear-se, echáron á hacerle burla tan á las claras, que no se le podia ocultar; pero Sancho, cargado de paciencia, se hacia desentendido; y quando mas decia, esto es porque no me conocen. Una mozuela de la casa inmediata quiso acabar la burla arrojándole un lebrillo de agua encima, no tan sucia que no dexase de estar algo limpia. Aquí fué quando se le fuéron los estribos á Sancho: saltó lleno de ira de su asno, y hubiera avanzado para la casa á no haber salido de ella un buen viejo que lo contuvo, y á no haber llegado tambien el Alcalde. Las demas mugeres se reian con un estrépito poco regular; y esto llamó la atencion del Alcalde, pues creido de

que aquel hombre desesperado habia hecho alguna travesura, llegó diciendo: dese á la Justicia. Sancho, que esperaba otro recibimiento, y que se veia todo mojado y encolerizado, no atinaba á responder á lo que le preguntaba el Alcalde, hasta que por fin, habiéndose sosegado, despues de un gran rato dixo: Señor Alcalde, yo soy el sugeto que envia el Ayuntamiento de mi Aldea con esta carta, que informará á su merced á lo que vengo.—Sosegaos, dixo el Alcalde, entrad. Pidió de su propia ropa, le hizo que se quitase la mojada, y que tomase asiento, y un trago del jarro, para libertarle de un resfriado ó dolor de costado. Leyó el Alcalde la carta: pasó primero á reprehender furiosamente á la mozuela, la traxo de la mano, la hizo le pidiese perdon; y con

esto, y ser ya medio dia, obsequió el Alcalde á Sancho en tales términos, que se olvidó este del chasco que le habia pasado. Como era dia de trabajo no pudo citarse á Capítulo hasta la noche para el otro dia.

En verdad que fué santo remedio el lebrillo de agua, porque á mi ver con la frialdad se le baxó la soberbia á Sancho, que estaba mas manso que una oveja; y fuese de corrido por la burla de las mugeres, ó por haber caido en la cuenta de que la humildad y buen agrado consiguen mas que no la hinchazon, apénas en todo lo restante del dia habló una palabra.

Citó despues de oraciones el Alcalde á los vecinos, dando al mismo tiempo noticia de que estaba en su casa el enviado. Con este aviso acudieron todos á visitarle.

En verdad quedáron contentísimos y enamorados de Sancho todos los del Cabildo, y mas al ver su cortesía, y que en medio de venir con tan honrosa comision, no se le traslucia un rasgo de vanidad: gracias á la mozuela, y á las demas mugeres, que le vaciáron como si fuese odre. Fuéronse todos muy contentos y por otra parte admirados de oírle un estilo tan fino, muy diferente del que se usa en los pueblos; y mucho mas se suspendiéron quando no sabian que en tal Aldea hubiese alguno que estuviese enseñado en los cortesanos modales. El Alcalde, aunque de muchacho habia estudiado en Valladolid, no obstante, no sé que tiene el trato con gente grosera, que vuelve groseros á los sugetos, por finos y educados que estén. Conoció muy bien el fondo de Sancho, y llegó

á cobrarle un cariño mas que ordinario.

Celebróse al otro dia el Ayuntamiento; y Sancho, que todavía tenia presente el refresco y la burla, habiendo conservado el agrado y atencion del dia antecedente, consiguió quanto se pretendia. Dió-le testimonio el Proto-Escribano; y por mas que todos le rogáron para que pasase el dia en el Lugar, se resistió cortesmente, deseoso de dexar aquel pueblo para olvidar el chasco. Por fin, á fuerza de instancias pudiéron conseguir solo que se quedase á comer la sopa. Fué tal el aprecio y voluntad que todos le cobráron, que por voto de todos se le dió al despedirse una carta para su Cabildo, concebida en los términos siguientes:

„Muy ilustre Ayuntamiento: todo el Cabildo pleno de aqueste

„pueblo os desea toda salud y gra-
 „cia. No obstante el testimonio que
 „lleva el Sr. Sancho Panza de lo
 „acordado en junta celebrada en
 „el dia de hoy, escribimos esta
 „para recomendaros la persona que
 „nos habeis enviado para tratar en
 „el consabido punto; pues ademas
 „de su gran talento, sus muchas y
 „exquisitas circunstancias le hacen
 „acreeador á que no os valgais de
 „otro para otra qualquiera comi-
 „sion; pues á voto de todos es
 „acreeador á ir de Plenipotenciario á
 „qualquiera Corte de Europa. Es-
 „te es nuestro dictámen y encargo;
 „y solo nos resta rogar al Todo-
 „poderoso guarde muchos años al
 „muy ilustre Ayuntamiento. Dada
 „en el pueblo (que de su nombre
 „no me acuerdo) á 20 de Noviem-
 „bre de..... (por ser la tinta blan-
 „ca, y tan antigua la escritura, no

„se podia conocer la época).—*Firmado &c.*”

Al despedirse Sancho le diéron junto con el testimonio esta carta, pero eerrada: en medio de su viaje, pensando en la carta, empezó á desconfiar, y decia: ¿si esta carta dará noticia de la burla que me hiciéron? si supiera leer haria lo que no hizo, dándoselo su corazon, el Conde de Saldaña, padre de Bernardo del Carpio. Buena desdicha será que lleve yo la carta de Urías. Mas no, que segun el testimonio que me leyó el Escribano, no puede dirigirse á ello la tal carta: ademas que los favores con que me honráron, me aseguran de que en ella no puede decir semejante cosa. En estas y esotras llegó á su Lugar semi-mohino. El Alcalde estaba en el campo, y por consiguiente se fué á su casa á esperar la hora de

su venida para llevar y entregar la carta. Teresa en el primer momento conoció que Sancho venia algo desazonado, y le preguntó que qué traia.—Nada, respondió Sancho.—No, repitió Teresa, algo teneis; yo os conozco, Sancho.—Nada, muger, respondió; ántes vengo muy bien despachado.—Dios lo haga, dixo Teresa.

En quanto conoció que sería hora de haber llegado el Alcalde, fué á entregarle el testimonio y la carta: leyólo todo aquel; y despues de darle un apretado abrazo, dándole las gracias, hizo se llamasen los Capitulares, y que en presencia de todos se leyese el acuerdo y la carta. Como no esperaban tan buen despacho, quedáron mirándose unos á otros; y á Sancho le volvió el alma al cuerpo. Diéronle mil parabienes, y luego tomó ca-

da uno para su casa. Sancho, que ya habia depuesto los recelos que tenia, entró en su casa lleno de contento, diciéndole á Teresa: ea, muger mia, ya, gracias á Dios, salí del susto; porque has de saber que como no sé leer ni escribir, no las tenia todas conmigo; porque no hay que fiarse.—Es una falta muy grande, dixo Teresa.—Sí lo es, respondió Sancho, que es muy fácil que á uno le vendan gato por liebre.—Pero ¿no te lo dixé, Teresa, que habia de salir bien?—Sí, pero, Sancho, siempre es buena una poca de desconfianza, y mas en cosas que dependen de otros. Puede ser que os hayan servido mis consejos.—Sí, Teresa, pero gracias á un refresco que me hiciéron tomar bien contra toda mi voluntad; porque si no, lo echo todo á perder. Algunas ve-

ces vienen tan á tiempo las medicinas que ofrece la casualidad, que se curan los males sin auxilio de Médico. No comprendió Teresa el golpe, ni Sancho pensó en declararlo; porque primero hubiera perdido la vida que referir el cuento vergonzoso que le sucedió. Para la soberbia, vanidad y orgullo no hay como los humiliantes.

Todo el pueblo estaba pasmado con el buen acierto de Sancho y con la recomendacion de la carta. El Cura, el Bachiller y el Barbero, que dificultaban mas la empresa, se quedáron pasmados; y con esto creció su crédito de manera que se extendió por todos los pueblos circunvecinos. Por último llegóse fin de año, y le nombráron Alcalde á gusto y voto de todos. Teresa lo veia, y aun no lo creia; y todos esperaban prodigios del

nuevo Alcalde. Recibió Sancho las enhorabuenas con serenidad. Se mantuvo sobre sí, é hizo lo que leerá el Lector.

Conducta de Sancho mientras fué Alcalde: historia de sus empresas, aventuras y justicias.

Fué tan general el gusto de la eleccion de Sancho para Alcalde, que ancianos, mozos y niños de ámbos sexôs la celebraban con las mas positivas demostraciones. Todo el dia pareció de jubileo, segun entraban á dar á Sancho y á Teresa las enhorabuenas. Los mozos, excitados de los viejos, le diéron una funcion, que aun en el dia se hace de ella memoria. Vestidos de trages diferentes formáron una dan-

za, y baylando al son de una dulzayna le acompañaron hasta la casa de Cabildo, de ella á la Iglesia, y de esta á su casa. Todo el Lugar seguia al Ayuntamiento pleno; y los muchachos decian á voces *viva el nuevo Alcalde*. Sancho, Teresa y Sanchica no atinaban á responder á tanto festejo. Llegó la noche, deseada en extremo por Teresa, porque se le ocurrían mil consejos que darle á su marido. Ya que estaba entre sábanas se explicó Teresa de aquesta manera: Sancho mio, ya habeis logrado lo que tanto deseabais. En este vuelo está nuestra fortuna y vuestra felicidad. No basta apetecer los empleos; y todo el punto estriba en desempeñarlos. El consejo de la muger es poco, quien no le toma es loco: aconsejate con quien te quisiere bien: quien te quiere, te hará llorar; y

quien no, te hará reir. Esto supuesto, cuidado, mi Sancho, en lo que haceis; atad siempre bien vuestro nudo, y rogad á Dios que os ilumine, que yo desde ahora lo haré. Siguió Teresa con otras mil cosas, y á todo callaba Sancho, porque le habian embriagado y aun entorpecido, no los bocados que habia comido, ni lo que habia bebido, sino el mirarse tan favorecido. Ya se consideraba otro, y se veia tan tupido, que ni supo que responderle á su Teresa mas que: déxame descansar; Teresa, déxame dormir. En efecto calló Teresa, y ni el marido ni la Alcaldesa hacian mas que dar vueltas de un lado y otro; de modo que Sancho se fué acercando sin sentir tanto á la orilla de la cama que se cayó, y dió un calabazazo que hizo temblar toda la casa. Al mo-

mento echó á dar voces y quejidos. Teresa, para socorrerle mas breve, quiso apearse por el mismo lado por donde se habia ido Sancho; y como no llegaba de mucho al suelo, dando una vuelta de carnero, dió con su cabeza tan furioso golpe en la de Sancho, que sonó como una calabaza, y quitó el sentido á Sancho. Medio atolondrada ni atinaba á hablar, ni podia dar con los avíos de encender. Sancho empezó á llamar á Teresa; y Teresa busca que busca los avíos. En fin los halló, encendió yescas como pudo, y la luz, y fué á donde estaba Sancho tendido. Hombre de Dios, ¿cómo te has caido? ¡Jesus! ¿qué es eso? Fué el caso que del cabezazo que le dió Teresa, le levantó á un lado de la frente un chichon como una hogaza. Tentóse Sancho,

y dixo: ¡ay pobre de mí! buena la has hecho. Teresa echó á llorar; pero mojado un paño en sal y vinagre se lo puso sobre el tumor desafortado del pobre marido. Por fin le ayudó á subir á la cama, y en breve se quedáron dormidos: la causa de todo esto fué que Teresa rellenó tanto el xergon en que dormían, que formaba una convexidad disforme; y con esto no fué difícil que Sancho, que era redondo, se rodara y cayese.

Dispertó bien de mañana Teresa, y pasito fué á encender luz, para ver el estado del tumor de Sancho, y ya en aquella hora habia baxado la mitad: dexólo descansar, y se fué á sus haciendas. Ya tarde recordó Sancho, y tentándose el pan de municion que tenia en la frente dixo: ¡pobre de mí! hoy no puedo salir: no hay

gusto sin disgusto: ¡lo que somos! ¡quién habia de pensar que tal me habia de suceder! A esto entró Teresa y le dixo: pues, Sancho, ¿cómo os halláis?—¿Cómo me he de hallar? respondió, ¿no me ves?—Sí, pero eso no será nada con el favor de Dios: quedaos en cama, que yo diré que estais indispuerto: mañana ya estareis bueno.—Muger mia, dixo Sancho, si no le hubiera oido á mi amo el Sr. D. Quixote que no se puede creer en agüeros, diria que estos eran malos indicios para lo que toca á mi Alcaldía. Pero no creo nada: obreyo con buena intencion, y lo demas sea lo que Dios fuere servido.

Los mozos de la danza, mas caientes del vino que del bayle, hicieron algunos tuertos, de modo que viniéron á Sancho algunas quejas; pero como no pudo salir por

lo dicho, no pudo remediarlo. Al primer tapon zurrapas, decia Sancho: ¿qué dirá ahora la gente de la Aldea? Estos muchachos en todas partes dan que hacer.—Mira, dixo Teresa, mándalos llamar, y dales una buena reprehension: con esto quedarán satisfechas las partes. Así lo hizo: desde la cama, á obscuras, porque tenia la ventana cerrada para que no le vieran el chichon, les reprehendió ásperamente, y les hizo que fuesen á dar satisfaccion á los agraviados; con lo que quedó remediado este primer paso de su Alcaldía.

En aquel dia que estuvo en cama no hizo mas que pensar en las disposiciones que podria dar favorables á todos, y en especial á los pobres, pues lo eran los mas de la Aldea. Decia entre si: „como toda la felicidad del miserable éstri-

ba casi en asegurar el pan para todo el año, y aun prevenirse para otro si aquel fuere escaso (como lo era el año que se esperaba por las muchas secas) pues dice el adagio: donde no hay harina todo es mohina; hombre prevenido nunca fué vencido; mas vale un tengo que un diez que esperar; no dexaré medio ni arbitrio que no inculque á fin de asegurar la quietud, estorbar el robo, y ahuyentar la miseria: poniendo yo de mi parte quanto pueda y sepa, Dios ayudará mis intenciones, pues ocurre siempre á la mayor necesidad. Ya se están quejando, y yo mismo experimento el trabajo; con que vamos á ver si puede darse algun arbitrio que pueda á lo ménos minorar, ya que no destruir, la presente necesidad." El primer pensamiento que se le ocurrió, y que

consultado con el Cura propuso en Cabildo, fué el siguiente: „Señores (hablaba con los del Ayuntamiento) bien ven el precio tan crecido que va tomando el trigo, y oyen al mismo tiempo los quejidos del pobre quando apenas ha empezado el año. Deseoso yo de ocurrir al remedio con tiempo, he citado á Vmds. á fin de que, como interesados que somos en el bien de nuestros convecinos, trabajemos en descubrir algun arbitrio para acallar tantos clamores, y evitar los mayores que debemos en adelante esperar. Si le conseguimos, como lo espero del favor del Señor, hacemos este bien á la patria, y una obra de las mas agradables á Dios. Dice un sabio que á los principios es mas fácil remediar un mal, y que á los fines es irremediable. Mi ánimo no es agravar á nadie par-

ticularmente, sino que cada uno
 con sus fuerzas contribuya de su
 parte en lo que pueda." Oyéron
 con indecible gusto todos la ora-
 cion de Sancho, y excitados de las
 fatales resultas que se debian se-
 guir si no se ponía remedio á la
 fatalidad que se debía esperar, dixo
 uno, si no me engaño el Regidor
 Decano: Señor Alcalde, creeré
 que todos habremos pensado en re-
 mediar ese mal que nos espera; pe-
 ro á lo ménos, por mí habló, no
 discurro que se halle medio que se
 pueda poner en práctica sin que
 sea violento para algunos. — No,
 dixo Sancho, todo ménos violen-
 cias. Mi ánimo es que cada uno
 por su voluntad, excitado del bien
 general de los pobres, contribuya
 con lo que pueda; y puesto que
 Vmds. no dicen el medio, yo diré
 uno que me ha ocurrido; pero de

ponerse en execucion ha de ser con agrado de todos. Sin embargo lo consulté con el Señor Beneficiado, y lo aprobó, como puede decirlo una vez que está presente. Dixéron todos: pues vamos que siempre que sea practicable, estamos prontos á admitirlo, y aun á protegerlo aunque sea dexándose cortar cada uno un pedazo de su capa. Mucho se alegró Sancho al oír esta general disposicion, y así dixo: Señores, ¿hay mas sino que veamos el trigo que puede necesitarse hasta un mes despues de la cosecha, y que cada uno ponga en depósito seguro una parte proporcionada al que hubiese en el granero; y que el que no le tenga, ponga una cantidad en dinero, y si no lo hubiese, en vino? A mí, á lo ménos, me parece que poco podria tocar; y si el año que viene es abundante, se le

volverá á cada uno, segun el aumento que haya tomado; y si nó, se contentará con la misma cantidad que hubiese subministrado, que para eso hallará el premio seguro del Cielo, que nunca falta. El Cura, sin esperar que nadie respondiera, no hubo acabado Sancho quando dixo: yo, por mi parte, doy cinquenta fanegas. El Regidor Decano dió ciento; y así cada uno quien en trigo, quien en dinero, fué esforzándose en lo que podia; y así se logró el fin de Sancho, y aun algo mas, porque sobraron del cómputo que se habia hecho mas de ciento y ochenta fanegas. Sabida esta diligencia por los pueblos inmediatos, siguiéron el mismo exemplo, y fué corriendo la fama hasta llegar la noticia al Rey, quien reconocido á tan favorable y christiana providencia, envió las gra-

eias al Cabildo, y especiales al Alcalde; con lo que Sancho y todos los demas del pueblo ofrecieron otro tanto todos los años que se viese que no hubieran sido abundantes.

Tenemos ya que publicaba el clarin de la fama por casi toda España el buen acierto de Sancho, y que todo el pueblo dirigia súplicas al Cielo por la salud de su Alcalde. Sancho, siempre reconocido á su difunto amo, de quien habia bebido las máximas que le remontaban á tan elevada esfera, no cesaba de encomendarle á Dios. Lleno de gusto, al ver con la facilidad que habia conseguido un beneficio tan grande para todos, daba miles de gracias al Cielo, y con esto se animaba mas á promover otros arbitrios, á fin de que llenase su pueblo de abundancia y felicidad.

Si ántes le amaban como diez, entónces le querian como ciento; y lo acreditáron en el caso siguiente. Cayó Sancho gravemente enfermo: asistiale el Barbero con remedios caseros; pero léjos de mejorar se empeoraba: se llamó al Médico, y en quanto este le vió, pronunció la sentencia de muerte: cosa que cuesta poco, y mas si el Doctor es reciente, y aspira acreditarse, ponderando mucho la gravedad de los enfermos, y si es menester mandarlos olear, si hallan por donde agarrarse, como si fuese esto echar gindas á la tarasca, para luego cobrar crédito de hombre grande á costillas de los pobres enfermos, y tambien de los interesados. Dos ó tres dias se pasáron sin que los recetones y cordiales produxesen otro efecto que agravar mas la enfermedad. Sus compañeros, los de-

mas señores del Ayuntamiento, viendo al Médico barbilampiño, enviaron por otro de mucha fama, que estaba á seis leguas de la Aldea. En quanto este llegó, y se hizo cargo de la enfermedad, pidió que viniese el Médico antiguo; y oida la relacion de este mandó suspender toda medicina, y pronosticó favorable éxito, pues dixo que esperaba la crisis por toda aquella noche. Efectivamente solo con el auxilio de un cocimiento de flores cordiales sudó tanto, que al otro dia ya pedia de comer. Esto es por lo que mira á la enfermedad; vamos á ver los efectos del amor que le tenian los vecinos.

Fué tan general el sentimiento en toda la Aldea, que ya se creian que habian perdido con el nuevo Alcalde un padre, un bienhechor, y un protector. Desde el mas po-

bre hasta el mas rico iban por mañana y tarde á saber de su salud, á ofrecerse para todo lo que se consideraban útiles. No se han visto jamas en ningun otro Alcalde unas señales tan decisivas del afecto con que le miraban. No contentos con esto, cada uno hacia sus demostraciones, regalándole quien gallinas, quien pollos, unos con huevos, otros con pan. En fin, con decir que entró la abundancia en la casa de Sancho, se puede echar de ver quanta y quan grande era la estimacion que de él hacian. Si solo un hecho pudo producir semejantes efectos, ¿qué no se debe esperar si sigue Sancho así los meses que le quedan de Vara? Todo esto se ganan los que gobiernan los pueblos, en viéndolos que se interesan en el remedio de las necesidades de una

República. Vamos á ver lo que luego se dixo del Médico.

Como todo llega en este mundo á saberse, y en los pueblos cortos nada puede subsistir encubierto muchos dias, corrió la noticia de lo que el Médico forastero le habia dicho al novel, que fué lo siguiente. Habiendo visto aquel el error clásico que el Médico titular habia hecho, por el que si sigue echa á la eternidad al pobre de Sancho, le dixo: „Señor mio, es menester no proceder tan á la ligera en mandar, sin conocimiento ni indicacion, las medicinas. ¿A qué vendrian esos recetones de á medio pliego, esos cordiales, esas confecciones sin ton ni son? ¿Cómo era posible que jamas hubiese este infeliz conseguido una crisis perfecta de la enfermedad? No señor, debe mane-

jarse con mas flema, y no mandar medicinas sin un conocimiento quasi físico de la enfermedad. Debe en adelante parar mas la atencion en observar la naturaleza, que no en ocurrir con remedios de la clase de que ha usado. Si Vmd. hubiera sabido que esa calentura no pasaba de catarral; si hubiese desde los principios echado mano á los simples diaforéticos, muchos dias hace que su enfermo estuviera bueno; y no que todo ese farrago de medicina no se dirigia á otra cosa que á exterminar al infeliz paciente. Si quiere Vmd. acertarlo, tome un consejo que me han enseñado la experiencia y la práctica de quarenta y cinco años; y este practíquele Vmd. con mas escrúpulo quando no conozca positivamente y sin la menor duda la enfermedad. Dexe entónces al cui-

dado de la naturaleza el enfermo, no le administre ni aun agua: observe una y muchas veces al dia á ver por donde quiere tirar aquella; y si lo llega á conocer, entónces, segun ella pida los auxilios, así los debe de dar. Déxese Vmd. de esos recetones; una simple yerba, un simple cocimiento hará mejor efecto que todas esas largas recetas que ha disparado: los cordiales y confecciones déxelos que se pudran en la Botica: no hay mejor cordial ni mas aparente confeccion que el vino generoso, ya solo, ya en caldo. Renuncie esos purgantes, y mas los de la naturaleza del que ha hecho tomar á ese pobre hombre. Créame; quando la naturaleza está dispuesta, qualquier laxante hace los efectos de un drástico, siempre respetable, como toda medicina mayor. Si no

sigue esta doctrina va mal: poco durará en este parage, y en parte alguna tendrá cabida.”

Se supo muy de positivo que le hizo esta exhortacion: llegó asimismo á los oídos de Sancho; pero prudente no se dió por entendido, y solo se reservó el estar á la mira á ver si se habia enmendado, para si nó despacharlo con el ayre que en la Insula á su mortal enemigo Pedro Recio de Tirta fuera.

Recobróse Sancho en muy pocos dias; y reconocido á tantos beneficios como habia recibido de todo el Lugar, en quanto salió á Misa visitó á todos, dándoles miles de gracias. Para el primer dia de fiesta citó á Cabildo, y propuso lo que leerá el que quisiere.

Señores, dixo, animado de la propension que asiste á todos de

poner esta Aldea en el mejor estado de perfeccion y conveniencia para todos; condolido de ver que las pobres mozas tienen que caminar mas de una legua á pié para traer agua en todos tiempos; y excitado al mismo tiempo de deseos de evitar algunos daños que de ahí dimanán á la mocedad, pues juntándose ellos con ellas no resulta cosa buena, como Vmds. mismos no ignoran; y si nó dígalo el caso de fulanica, que bien saben Vmds. que dentro de seis meses, quando mas, dará, si llegase á perfecta madurez, un fruto que haré yo que sea de bendicion: he pensado, y estoy resuelto á ser el primero en tomar el pico, la hazada &c. para utilizar esa fuente, que con tantos afanes construyéron nuestros antepasados; pues es un dolor que pudiendo conseguirse á costa de un

poco de trabajo que ponga cada uno de su parte, no concurramos á este beneficio, que interesa tanto, y mas quando puede ser que solo con limpiar la cañería se consiga el fin. Bien ven Vmds. que por lo que mira á fábrica no es menester mas que reparar un poco la que tenemos á la vista.

A ninguno de los concurrentes se le ocultaron las ventajas de la propuesta, y así la admitiéron; pero propuso uno que se executase en los dias de fiesta, pidiendo al Cura el competente permiso. Aprobóse la proposicion, y en efecto en los tres dias primeros que trabajáron venciéron la dificultad, y consiguieron ver remediados todos los daños, y mejorado el pueblo en tercio y quinto.

Con esta y otras atenciones que remediaba Sancho de su parte ad-

quiria cada vez mas nombre, mas crédito, y en una palabra se hizo dueño absoluto de los corazones de todos.

Los demas votos del Ayuntamiento aprendiéron de tan buen exemplo, y deseaban imitarle. No se ofrecia junta en la que no se propusiese un proyecto. Se aprobaban los que parecian practicables, y se daban gracias á los inventores de los que se desaprobaban; pero con un modo tan suave, que nadie quedaba disgustado; porque Sancho, que era el voto decisivo, decia desde luego: el pensamiento es digno de toda alabanza, pero en el dia es impracticable, por estas y las otras circunstancias: mas adelante se pondrá en execucion, para cuyo efecto es bueno que quede archivado. Con esto, como dixé, quedaban contentísimos.

Uno de los dias de Ayuntamiento, poco despues de la enfermedad, propuso uno de los vocales que se señalasen dos premios cada año para excitar á las mozas al trabajo y aplicacion. Dixo: he pensado, Señores, que si se premiase la aplicacion de las jóvenes, podia resultar un gran bien, y muchos beneficios á esta Aldea. El ofrecimiento debe ser en los términos siguientes: á la niña que presentase mas libras de estopa ó lino hiladas se le premiará con un vestido entero. No dixo mas aquel; pero añadió otro: y mejor hilado: y mas fino, dixo el tercero. Sancho, despues de esperar un gran rato á ver si se ponian otras circunstancias, viendo que todos callaban, habló en estos términos: Mucho me ha gustado el pensamiento; y o de mi parte ofrezco lo

que me toque para la empresa y compra del tal vestido, y se lo deberá llevar la que hubiese hilado mas, mejor y mas fino todo el año. Todos dixéron hágase; y se publicó por bando en aquella propia tarde.

Así se conduxo Sancho todo el tiempo de su Alcaldía, venerado, estimado y respetado de todos.

HISTORIA

de tres sucesos particulares que sobreviniéron en la Aldea en el tiempo que Sancho fué Alcalde.

PRIMERO.

Gines de Pasamonte, aquel gaiteote de los que libertó D. Quixo-

te, y el mismo que tapado un ojo corria toda la España con su mono adivino, y con su retablo; el mismo que robó á Sancho el asno despues que hubo salido de la refriega que pasó con D. Quixote, en la que no dexó títere con cabeza; y que este le pagó por mano de Sancho su Escudero las figuras de los Emperadores y demas personajes descabezados, volvió á comprarlos de nuevo, y anduvo de pueblo en pueblo siguiendo las demas Provincias; y por fin y postre vino á dar en la Aldea del mismo Hidalgo Manchego, donde era Alcalde aquel año el famoso Sancho: llevaba ya consigo un rodaballo, que iba tocando un tambor por la calle. Apénas hubo descargado el jumento del retablo y demas muebles, quando salió del meson el mencionado rodaballo to-

cando el tambor. Alborotóse todo el pueblo; y mucho mas Sancho, porque en aquel instante se acordó de la tragedia que pasó en la Insula la noche del asalto. Al momento salió á la puerta, donde habia llegado el que tocaba, rodeado de un sin número de muchachos. Alto, dixo Sancho: ¿qué es eso? ¿á qué viene ese tocado de caxa? — Señor, respondió el mozo alborotador, esto es para llamar la gente, para que vayan á ver una cosa muy rara y de mucho gusto que trae mi amo. — ¿Qué cosa es esa? le preguntó Sancho. — Señor, respondió el mozo, es un mono que adivina quanto se le pregunta; y ademas de eso varias historias que se representan á lo vivo en el meson. — Tate, dixo Sancho: ¿vaya que es ese el picaroncillo de Gines de Pasamonte? El

será. — ¿Cómo se llama vuestro amo? — D. Gines de Pasamonte, respondió el mozo. — ¿D. Gines? bueno está: mucho ha adelantado ese hombre de ayer acá. — ¿Vmd. no ve, dixo el mozo, que gana plata como agua? Ya, ya lo veo. Ea, volved á vuestro meson, y cuidado que toqueis mas, que si tal hicierais, una buena cárcel tenemos aquí cerca. — Señor, yo soy mandado, dixo el mozo. — Pues yo os mando que no toqueis mas. Fuese el mozo, y quedó Sancho diciendo: ¡bueno es que tanto tiempo hace que estoy esperando alguno de estos haraganes para hacer un escarmiento, y precisamente me ha deparado la suerte á Ginesillo, el que me robó el asno! Vistióse Sancho, cargó con su vara, y se iba derecho al meson quando en medio del camino encontró con Pasamonte: á la

primer vista no le conoció, y preguntó, quitándose cortesmente el sombrero: ¿es Vuesamerced el Sr. Alcalde? — El mismo, respondió Sancho: ¿qué quereis? — Señor, venia á pedir permiso para usar de mis habilidades; arbitrio con que honestamente busco la vida. — Sí, dixo Sancho, algo mejor que el de robar asnos. — Es cosa que no he acostumbrado jamas. — Decidmelo á mí, dixo Sancho. — No, Señor Alcalde; perdóneme su merced, que nunca he hecho otro tanto. Dexémonos de historias: ahora mismo saldreis de esta Aldea; y de no hacerlo yo haré que obedezcais. — Señor Alcalde..... — No, no hay recurso; no consiento ni permitiré jamas que ningun vago se mantenga acá ni una hora. — Señor Alcalde..... — No os canseis: aquí no se mantiene gente que venga á

chupar la sangre de los pobres; solo tienen buen partido los que traen algun beneficio, y los que se dedican al trabajo ganando el pan con el sudor de su frente, y no con el del pobre. — Pero Señor Alcalde.....—Haced lo que os mando, y no me repliqueis; y si nó ¿dónde está el pasaporte y la licencia que para ello teneis?—Señor, dixo Gines, no sabia yo que tal pasaporte y licencia era necesario.—Pues daos preso, dixo Sancho, y punto en boca. Llevólo á la cárcel, y allí le tuvo dos dias hasta que desembolsó diez escudos. Salióse el desdichado Gines de la Aldea echando chispas, sin conocer á Sancho; y el Alcalde cogió los diez escudos, y se los entregó al Cura para que los repartiese entre las familias mas pobres: destino de todas sus penas pecuniarias.

En verdad que iba fundado Sancho; así se debían de castrar tantos zánganos como andan por España comiendo y bebiendo, y holgándose con el caudal ageno. Por fin Gines era Español, que á lo ménos se quedaba dentro de la península; pero los extranjeros ni se debían consentir, ni ménos permitir que llevasen los doblones fuera del Reyno. Aunque Sancho le conocia, no hay que pensar que obrase con tanto rigor por un efecto de venganza, porque lo mismo hubiera hecho, segun dixo, con el mas pintado, por mas pasaportes y licencias que hubiera traído, excepto el meterlos en la cárcel, pues eso no se entiende sino con los que no llevan licencia.

Que quiso que no quiso cargó Gines con su mono y retablo, y tomó el camino para otro pueblo

cercano: acompañólo casualmente uno del Lugar, y preguntándole Gines cómo se llamaba el Alcalde, respondió: Sancho Panza, el mejor Alcalde que ha conocido mi Aldea.—¿Sancho Panza? repitió Gines: dígame Vmd. ¿ese mal hombre no fué Escudero de un Caballero llamado Don Quixote de la Mancha, Caballero de la Triste-figura?—Sí Señor, respondió.—No en balde me dixo *mejor que el de robar asnos*: ahora me alegro mas de que no me haya conocido.—En quanto á la justicia, dixo el hombre, no conoce á nadie, ni al pariente por pariente, ni al amigo por amigo.—Bien se echa de ver, dixo Gines: no me gustan á mí tales justicias.—Pues contad, dixo el hombre, que no le vence interes ninguno del mundo.—Calle Vmd., dixo Gines: ¿y los diez es-

cudos que me chupó? á bien seguro que serán para él.—No hay hombre mas puro, ni mas desinteresado. Toda su fatiga es desterrar la miseria del Lugar. Por cierto que si nó fuera por él, hubiera perecido la mitad de la gente.—Mire Vmd., replicó Gines, si Vmd. hablase con el, dígame que yo era Gines de Pasamonte, aquel á quien su amo D. Quixote pagó los títeres que rompió en aquella venta. Hágame Vmd. el favor de decírselo.—Así lo haré, dixo el hombre; y se despidió tomando otro camino.

Crejó el titiritero que aquel hombre diria á Sancho lo que le habia encargado, y aun concibió que si se volvía á presentar conseguiria permiso para enseñar allí las habilidades del mono y demas figuras. Digo esto porque en quan-

to hubo estado tres dias en el otro Lugar, retrocedió para la Aldea. Presentóse de nuevo á Sancho; mas en quanto le vió le dixo: hombre de barrabas ¿todavía estás aquí? Señor Alcalde he venido del otro Lugar sin el retablo ni el mono solo por decirle que soy Gines de Pasamonte, aquel.....—Ya le conocí; ¿qué pensaba que se me escapaba? Váyase quanto ántes, y no parezca mas acá. Gines, vuelto para Teresa y Sanchica, les pidió intercediesen por él; pero enfadado la respondió: ya te he dicho, muger, que no te empeñes por nadie. Y dixo Sanchica: déxelo que venga, porque yo vea esos primores, que nunca los he visto.—Váyase, dixo Sancho: y ya que estaba á la puerta le llamó y le preguntó por qué tenia aun tapado el ojo.—Bien sabe su merced, por qué.—Pues no,

de hoy en adelante no se presente en parage alguno con tal parche. Quíteseme de delante: ¿qué se puede esperar de un hombre que se oculta de los demas? Ea vaya con Dios, y agradezca que no le zampo en la cárcel. Fuése cabizbaxo Pasamonte, sin parche y sin esperanza de conseguir su pretension.

SEGUNDO.

Aproximábase el dia de la mayor festividad del Lugar, que si no me engaño era por la Cruz. Tres dias se celebraba con danzas y otras diversiones honestas que armaban los mozos. Ocho dias ántes compareció en el Lugar una Compañía de Cómicos de la Legua para representar una Comedia cada dia de los tres de la fiesta. Fué el autor, que era el que hacia de primer

galan, á presentarse al Alcalde. Como bien impuesto en los modales y cortesías, saludó á Sancho, y le dixo quien era y á lo que venia: presentó su pasaporte, y Sancho hizo que lo leia; pero con un zeño de disgusto regular. Despues que al entender del Cómico hubo leído los papeles que le habia presentado, acordándose de lo que habia oido á su amo, que no sabia por qué no se habia de honrar á una gente que traia tanto bien á los pueblos como hacerles presente la virtud y demas cosas, le dixo tomase asiento: resistióse el Cómico por dos veces; mas á la tercera instancia tomó asiento con mucha composicion. Pues, preguntó Sancho; ¿qué Comedias piensa Vmd. representar. — Tenemos varias estudiadas: si Vmd. gusta se representará el Desden con el Des-

den; ó Afectos de odio y amor.—
 Nada de eso, respondió Sancho.
 Tenga entendido que en no siendo
 de aquellas que edifican y enseñan
 á la juventud, no la consentiré re-
 presentar. Nada de amores, ni co-
 sa que mire para ellos.—Pues Se-
 ñor, dixo el Cómico, se represen-
 tará, si Vmd. gusta, para el pri-
 mer dia el Triunfo de la Cruz.—
 Me place, dixo Sancho.—Para el
 segundo.—Progne y Filomena.—
 Otra, dixo Sancho.—El Cid Cam-
 peador.—No me disgusta: diga
 otra.—El Carbonero de Toledo.—
 Vaya otra.—Juan Labrador, ó el
 Sabio en su retiro y Villano en su
 rincón.—Esa, esa, dixo Sancho.
 Vamos á la tercera. Estuvo largo
 tiempo pensando el autor, y dixo:
 para el otro dia, salvo el dictá-
 men de Vmd., las Armas de la
 hermosura.—Ni por pienso, dixo

Sancho.— El Negro mas prodigioso.— Tampoco.— El Juramento ante Dios.— Tampoco.— La Vida es sueño.— Méenos.— Los Áspides de Cleopatra.— Tampoco.— Primero el Rey que la sangre: la Prudente Abigail: la perfecta Casada: lo que son Suegra y Cuñada; y otras muchas, de las que escogió Sancho la mas perfecta Casada, infiriendo que si correspondia con el título no podia dexar de ser buena. Ofreció Sancho todo su favor y proteccion, y con esto se despidiéron.

Como no habia casa aparente en el Lugar, determináron formar en la plaza el teatro. En estas y estas llegó el dia de la festividad; y la tarde de aquel dia se celebró la mencionada Comedia. Fué muy del gusto de todos; solo Sancho salió incomodado con el Entremes que se hizo, que era el del Sacris-

tan, en que pintaban una muger casada, que tenia varios queridos ó pretendientes; que al haber entrado uno tocaban á la puerta, y decia ella: ay, mi marido; y al momento hacia que se metiera en el hueco de una estera &c. Esto le pareció tan mal á Sancho, que echando chispas por los ojos, salió en busca del autor, y con un tono muy agrio le dixo: ¿fué esto lo que tratamos? ¡Es buena insolencia y atrevimiento ir á profanar la Cruz con un Entremes tan deshonesto, y tan escandaloso! Cuidado con el de mañana.—Señor Alcalde, respondió el autor, ese se representa en Madrid todos los dias. Como esas cosas se ven en Madrid, y no sé por qué. En el tiempo que allí estuve oí que muchos se disgustaban de las piezas que se representaban; y supé que

infinitos no iban, ni permitian que fuesen sus familias por igual motivo. Sobre todo aquí no estamos en la Corte. Cuidado conmigo.—Está muy bien, dixo el farsante; pierda Vmd. cuidado, que no se representará cosa que no sea arreglada á las buenas costumbres.— Si yo mandara, dixo Sancho, lo primero que haria sería un espolio de tantas Comedias y Entremeses como hay: tambien le advierto que esos meneos, y esa desolladez que manifiestan las Cómicas, sus compañeras de Vmd., no me gustan. Todo eso desterraria yo del Teatro: así no extraño que los Predicadores declaren por pecado mortal asistir á los Teatros. Si quiere Vmd. tener paz conmigo ha de ser en los términos propuestos: y de no, cuente que acabe á capazos la Comedia. Bien conoció el Cómico que

el Alcalde no las tenia todas de guardar ; y así no se apartaron un punto de lo que se habia mandado. Los dos dias siguientes hubieran sido completamente del gusto de Sancho y demas vecinos, á no haber venido una nube, y descompuesto toda la funcion. Estaban tan olvidados farsantes y concurrentes, que nadie previno lo que sucedió, y fué que vino de repente tanto granizo que parecia el diluvio. Se armó tal gritería, bullicio y confusion que no es posible ponderarlo. Para colmar la fiesta tenian un novillo, ya semi-toro, preparado para despues de la Comedia. Un malintencionado le soltó, y alborotado el animal ya daba con uno, ya tropezaba con otro. El pobre del Alcalde no le valió la vara, porque embistió con él con tanta furia que de milagro no le

mató. Aquí fué el chiste. Tendido como estaba boca arriba, con las piernas levantadas, daba tales voces y gritos que no es decible; pero como cada uno procuraba zafarse, no cuidaban de ocurrir á Sancho. Al fin el pobre Alcalde no pudo por sus pies ir á su casa, y fué menester que lo llevasen entre quatro. Ya Teresa y Sanchica estaban en su casa mas alegres que unas sonajas; pero quando viéron entrar por sus puertas á Sancho se convirtió en llanto toda la alegría. Habia ya cesado el temporal, y por consiguiente fué casi todo el pueblo á saber de Sancho. El Barbero, que lo habia reconocido, dixo que no tenia cosa de cuidado. Le dió una bebida de agua y vinagre, y con esto en breve tornó Sancho en su primitivo ser, porque mas habia sido el susto

que la avería. Con esto remató la fiesta; y no es de extrañar, porque, según dice el refrán, no hay gusto sin disgusto. Para que se vea la duración de las delicias de aquesta vida infeliz y miserable.

TERCERO.

Ya había venido el otoño, y ya se empezaban á desnudar los árboles de sus vestiduras, y las golondrinas á incorporarse para pasar al Asia, y á venir las grullas. Por el mismo hecho se retiraban á la Corte los Duques, que habían pasado los rigores del estío en una quinta que tenían muy amena y deliciosa. No sé si sería aquella donde estuvo D. Quixote tan favorecido, y Sancho tan honrado con el Gobierno de la Insula; lo que sí sé es que eran los mismos Señores que habían tenido por

huéspedes al Caballero de la Tristefigura y de los Leones, y á su Escudero. Ya fuese por casualidad, ó de pensado, pasaron por la Aldea donde se hallaba Sancho de Alcalde. Como estos Señores envían de antemano á sus Mayordomos para que dispongan lo necesario segun la jornada, enviaron dos dias ántes á un criado para que les tuviese pronta la comida, y casa en que descansar. Aquel dia, que fué en el que llegó el criado, estaba Sancho en el campo; pero no bien hubo llegado quando le dieron parte de que estaba en el meson un Mayordomo (á visitar al Señor Alcalde) de unos Señores que tenían que comer allí el Domingo. Poco despues fué el tal Mayordomo á visitar al Señor Alcalde para pedirle alojamiento para sus Señores Amos. Preguntó San-

cho qué Señores eran, y cómo se llamaban; y fuele respondido que eran los Señores Duques. Visto por Sancho que eran los mismos de quien había recibido tantos favores, llamó á Cabildo, y se resolvió que se les diese la propia casa del Ayuntamiento. La adornó en quanto fué dable; y pleno el Cabildo fué á recibir á aquellos Señores.

En quanto viéron el coche se adelantó algo Sancho. Paráron el coche, y dixo este á los Señores Duques el siguiente razonamiento. «Muy altos y poderosos Señores: noticioso de que VV. SS. venian á honrar con su presencia y asistencia esta pobre Aldea; lo primero por lo que exigen las altas circunstancias de VV. SS., y lo segundo para manifestar el reconocimiento en que me hallo constituido por

los grandes favores que tengo de VV. SS. recibidos: he venido á recibirles á este parage con todo el Cabildo pleno, á fin de que desde este punto ordenen, dispongan y manden á todos, y á cada uno en particular, quanto consideren que pueda serles en pro de tan altas y encumbradas Señorías. No habiendo en el Lugar otra casa mas propia para recibir á vuestras grandezas, todos en comun, *et insolidum*, hemos cedido la casa Capitulár, la que quisiéramos fuese el Palacio mas ponderado del mundo.”

Respondió el Duque dándole infinitas gracias; é inmediatamente saltó la Duquesa diciendo: Señor Alcalde, Vmd. es, si no me engaño, D. Sancho Panza.—El mismo que besa los pies de vuestra grandeza. Suplicóle el Duque, é instóle varias veces que se apease y entrase

en el coche; y por no parecer molesto lo admitió, y echáron á andar. Lo que habláron allá dentro no ha podido llegar á mi noticia; por eso no lo pongo aquí, con har- to dolor de mi ánima. En fin lle- gáron á la Aldea con toda la co- mitiva. Apeóse primero Sancho para dar la mano, y ayudar á que se apearan los Señores Duques; y luego subieron á su alojamiento. No es decible el gozo que recibió la Duquesa al verse en aquel Lu- gar, y favorecida de Sancho; y tan- to el Duque como la Duquesa ad- miraban la buena correspondencia de Sancho, su atención y política. Mucho mas se admiráron quando supieron la escala por donde San- cho habia subido á tan sublime grado; pero lo que mas llamó su atención fué las grandes cosas que habia hecho Sancho en beneficio

del Lugar. De modo que bastó esta noticia para que le propusieran de nuevo el Gobierno de la Insula; pero Sancho respondió: *una y no mas, Señor San Blas*; dixo á renglon seguido: estos cargos serán buenos para quien no los conozca, y apetezca, pero no para mí, que puedo decir que no duermo con sosiego desde que tengo la vara.

No tanto, dixo el Duque; no es menester tanto afan para gobernar con felicidad. ¡Ha Señores Duques! para mí se me hace muy duro el vivir como hacen muchos Alcaldes, sin pensar mas que en lo presente. Sí, dixéron los Duques; pero ni tanto ni tan poco.—Yo por mí, dixo Sancho, echo de ver la vida infeliz de los Reyes y de sus Ministros; porque si una Aldea me da tanto que pensar, ¿qué no será todo un Reyno? Crean VV. SS.

que les tengo mucha lástima, y que me compadezco de ellos: digo esto porque si para tener yo contentos á todos los vecinos, que son en tan corto número, me cuesta sudores de sangre, ¿qué no le costará á los Señores, Reyes y Magistrados? Por fin tengo el consuelo que hasta el dia de hoy, en buena hora lo diga, siempre todos están contentos. Y yo, despues del favor de Dios, lo atribuyo á que siempre estoy previendo lo que puede suceder, para evitar el mal ántes que venga. Mas y mas se admiraban los Duques de oír á Sancho. Llegó la hora de comer; convidáron al Señor Alcalde, y le sentáron en medio de los dos. En aquella hora se hizo memoria de quanto habia pasado con Don Quixote: Sancho derramó algunas lágrimas, lo que acabó de engen-

drar un desmedido afecto en los Duques por verle tan reconocido á su difunto amo, que le instáron repetidas veces que siguiese con ellos hasta la Corte, que allí lo mirarian como cosa propia, y le harian hombre. Sancho á todo esto no cesaba de darles gracias, ni de excusarse diciendo que él solo podria ser de alguna utilidad en la Aldea, y de ninguna en la Corte. Acabóse la comida, y no la conversacion de los Señores con Sancho, de modo que á no haber el Mayordomo avisado de que era tarde, hubiera venido la noche sin acabarse la conversacion. Tal era el gusto y complacencia con que los Señores Duques miraban á Sancho. En fin llegó la hora de embarcarse en el coche; y agradecidos aquellos Señores del buen recibimiento que habian experimen-

tado, ofrecieron á todo el Cabildo su valimiento y proteccion. A Teresa regaló la Duquesa un vestido de raso, y á Sanchica un par de pendientes de no poco valor. Abrazó el Duque á Sancho, y le rogó que siempre que se hallase en alguna necesidad ocurriera á él; pues bastarian solas dos letras para ser al punto servido.

Como la mayor parte del pueblo presenció las referidas demostraciones del Duque, y viéron todos las señales mas positivas de lo mucho que amaban á Sancho, le miraban con mucho mas respeto y amor. El Cura, el Bachiller y el Barbero quedáron pasmados de ver tanto favor; y desde luego se resolvieron á instarle, pasados algunos dias, para que escribiese á los Señores Duques pidiendo alguna gracia para sí y para sus hi-

jos. En efecto dexáron pasar cierto número de dias , que no tengo presente , y buscando ocasion oportuna para hablar á Sancho solo , le dixo el Cura lo siguiente :

Señor Sancho , por cierto que no pudimos mirar sin admiracion los favores que Vmd. recibió de los Señores Duques en el corto tiempo que estuviéron en el Lugar: no dexáron la mas leve duda de que estiman á Vmd. , y creo que desde luego no se negarian á qualquiera favor que Vmd. les pidiese. Esto supuesto , hallo por un gran disparate el que no les pidais alguna cosa ántes que se enfrien , porque no sé qué tiene la ausencia , que sumerge y destruye hasta el amor mas arraygado. Oyó Sancho la arenga ; y despues de algun rato respondió : desde luego debo confesar que es mucha verdad quanto Vmd.

acaba de decirme; pero ¿qué cosa podré yo pedir que me venga bien segun mi estado y circunstancias? Acuérdome que me contó mi difunto señor que Pitágoras pidió á Alexandro cien mil talentos, y que le respondió: es mucho para un Pitágoras. Volvió de nuevo el filósofo suplicando le diera uno, y le respondió: es poco para un Alexandro. Esto mismo me obliga á no pedir cosa alguna; porque no puedo saber lo que no sea mucho para mí, ni poco para los Señores Duques.—Dice Vmd. bien, dixo el Cura; pero en esto de pedir habrá un medio, como en todas las cosas.—Desde luego, dixo Sancho; pero hágame Vmd. el favor de decirme ese medio.—Yo, dixo el Bachiller, le oí decir al Duque que queria fuese Vmd. á ser Gobernador de la Insula, y Vmd. lo rehu-

só: por cierto que le hicieron sobradas instancias.—Es muy cierto: ¿y qué tenemos con eso?—¿Qué? que podeis pedir una cosa que sea tan honorífica como el ser Gobernador.—No se cansen Vmds., dixo Sancho: miéntras no les pida nada, serán mis afectísimos, y una vez que lo haga, se acabó toda la voluntad: así, de esta naturaleza he oido decir que son los Grandes. Yo siempre hallo por mas acertado dar tiempo al tiempo: este ofrecerá ocasion en que pueda sin recelos acudir á mis protectores; y no sin mas acá ni mas allá. Bueno fuera que hiciera yo lo que muchos que se van á la Corte atenedos á una carta de recomendacion, sin otro mérito que los de Jesuchristo, y se están allá años y años, y luego que han gastado lo poco que tienen, que se han cansado de sa-

ludar antes alas, y de adular hasta á los lacayos, se vuelven como se fuéron. No señor; de pedir yo alguna cosa, habia de ser tal y de tal naturaleza que pendiese toda absolutamente de la mano de los Sres.; y me creo que lo que Vmds. pretenden sea lo que ellos no pueden dar. Títulos, Cruces y Encomien- das podia yo pedir, que para esto no se necesita saber, ni otra cosa alguna que plantárseia en los pechos, sin mas cargo ni obligacion. En todo lo demas que pudie- ra pedir se necesita carrera, mé- ritos, y otras circunstancias. ¿Qué bien visto sería salir yo con una Cruz? Solo no teniendo juicio po- dria entrar en un disparate tal. — Como de esos se ven, dixo el Ba- chiller, que no tienen empacho ni miramiento semejante. Uno vino de Indias, y le conocieron mis pa-

dres de arriero, y luego lo he visto yo con una tamaña en los pechos. No sea Vmd. tonto, pida Vmd., y si es menester vaya á la Corte en acabando el año, que yo le aseguro que con el favor de esos Señores no puede venir mal librado. Primero muerto que yo tal haga. Bastante he visto y tocado con mis mismas manos para que me sirva de desengaño. Estense los Duques en la Corte, que yo no salgo de mi Aldea; y no se molesten en replicarme, que aun sabiendo que esos Señores no son lo mismo que los demas hombres, que hoy son, y mañana no, no entraria por el portillo. El bien ha de entrar por las puertas de mi casa porque Dios lo envíe, y no porque me venga por injusticias de hombres.

Cumplió Sancho su vara, y por

mas instancias que le hizo el Cabildo y todo el Lugar, no quiso ni fué posible hacérsela volver á admitir. Si es bueno, decia él, participéno otros; y si es malo, que no sea yo solo el sacrificado. Mejor me está gobernar un rebaño de ovejas; pues sin trabajo ni contemplacion, ni pensar en mas que en preservarlas del lobo, pasaré mi vida contento, como desde que nació. Vayan los cargos á quien los desea; y libreme Dios de oficio que se pueda decir de él: reniego del oficio que no da provecho á su amo. Por último no me conformo con destino en que, si uno castiga, ya es mal hombre; y si no, es un mandria; y lo que es peor no cumple con Dios, ni con el Rey, ni con la República. A tus pasteles, Sancho.

PARTICULARIDADES

que observó el Bachiller Sanson Carrasco en el tiempo que obtuvo la vara de Alcalde el famoso Sancho Panza.

En primer lugar observó que conservó en todo el año de la Alcaldía un mismo ceño de superioridad agradable, de modo que jamás fué á persona alguna fastidioso.

Reprehendia con severidad, pero con amor; y castigaba con blandura, premiando al mismo tiempo la virtud. No esperaba para el otro día el despacho; ni retardaba un momento el premio ó el castigo. Ocurria á las aflicciones, y evitaba en quanto podia las dis-

cordias entre los vecinos. En todo el año no se vió un pleyto, porque procuraba transar y componer. En quanto llegaba á su noticia indisposicion en los matrimonios, corria á meter paz. No se pasó semana sin que por sí mismo no cotejase los pesos y medidas; y en hallando defecto, no perdonaba lo mas leve. No se oyó decir de ningun robo; y para el efecto rondaba todas las noches; y si encontraba alguno en la calle, con mucha suavidad y dulzura le reconvenia diciendo que aquellas no eran horas de que ningun hombre de bien estuviese fuera de su casa, porque si sucediese alguna cosa le echarian la culpa. Como sabian el rigor con que zelaba los juegos de naypes, nadie osaba exponerse: sin embargo se alegraba al ver que se juntaban las familias, y que ar-

maban sus diversiones. En los dias de fiesta estableció un bayle para la juventud en medio de la plaza: empezaba á la una del dia en invierno, y á las tres en verano: pero con la condicion de que debian asistir las madres con sus hijas. Hizo que todos los dias de fiesta se barrieran las calles en invierno; y en verano todos los demas dias. Nadie podia admitir huesped en su casa sin avisárselo, ni consentir que pobre alguno estuviese mas que un dia en el Lugar. Tenia mandado que si se pegaba fuego en alguna casa, acudieran á apagarlo todos, sin exceptuar persona ni sexô; porque, decia, si acontece en dia de trabajo, podrá arder toda la Aldea ántes que vengan los hombres de su labor. No permitia que los niños se juntasen en la plaza ni en las calles, y mucho ménos á las